

916

VICTOR H. ESCALA

Paliques de Ayer

(Crónicas)



EDITORIAL "ELITE"
LIT. Y TIP. VARGAS
CARACAS
1931

OBRAS PUBLICADAS

Motivos Galantes (versos), Valparaíso, 1915.

Kaleidoscopio (prosa) Yokohama, 1922—Caracas, 1928.

Medallones (historia) Roma, 1924.

La Sandalia del Peregrino (prosa) Caracas, 1925—1928.

Mosaico (prosa) Caracas, 1929.

Glosario Sentimental (versos) Caracas, 1930.

EN PREPARACION

Chagra y Montuvio (Aspectos de la vida rural ecuatoriana).

DEDICATORIA:

A la asociación literaria "Grupo
América" de Quito.

Muy cordialmente,

V. H. E.

PALIQUES DE AYER ⁽¹⁾

Rebeldías!

Acababa de aprobar mi segundo año de Jurisprudencia, y ya, el maldito pulpo de la política—presintiendo en mí al abogadito enredador—me había alcanzado con uno de sus babosos tentáculos...

La prensa diaria, aquella libérrima prensa ecuatoriana, hablaba solamente del régimen despótico, de los peculados, de la venta de la Pa-

(^o) Al cabo de veintiún años se publican, por la primera vez, en forma sintética, estos apuntes ó remembranzas que el autor fué consignando en su "diario" de viaje. Naturalmente los sucesos, las personas y los lugares mencionados en estos "paliques", han cambiado por completo, al escaso correr de cuatro lustros!



Copyright 1931.

Droits de traduction et reproduction réservés.

Propiedad del autor.

PALIQUES DE AYER

tria a los Charnacés, de la pérdida de las fronteras del sur en manos de la diplomacia del Rímac, de la garra yanqui tendida sobre las Galápagos!

Yo tenía veinte años, yo tenía la pedantería libresca de un joven bachiller, yo tenía el ademán agresivo del imberbe perdonavidas, yo estaba empapado de Historia Romana y oía en las sobremesas de mi padre—recto y honorable liberal—las torturas de Juan Borja, la heroicidad de Santiago Viola, el valor de Vargas Torres, acervo veraz e informativo gracias al cual creía en todo lo que propalaban los diarios de oposición y en todo lo que escribía, con exquisita galanura, el gran panfletista Manuel J. Calle.

Además de los códigos de estudio y de ciertas novelas pornográficas, gasté los sucses que ganaba como empleado de escritorio de don Luis Adriano Dillon, en adquirir un buen revólver "Colt", que me fué vendido en el almacén de González Rubio, por mi amigo Ricardo, socio de aquella importante casa comercial. Y fué debido a las malas digestiones literarias y al magnífico revólver "Colt", que me entregué de lleno a la política, poniendo mi firma en las "protestas" que, como programas de circo, se distribuían casi todas las tardes en las plazas

y en las cantinas de la animada calle de Luque; y fué, así como pronuncié discursos incoherentes, pero revolucionarios, al pie de las estatuas del Libertador Bolívar y del gran civilista, Vicente Rocafuerte. Claro está que mi fama de rebelde, de joven matoide político, fué creciendo con rapidez hasta el punto de que Eduardo Ribadeneira Andrade, propietario y director de "La Dictadura" me invitara a colaborar en su diario, conocida catapulta de improperios contra la segunda administración del general Eloy Alfaro.

Escribí, ya lo creo! Escribí algo sobre lo saludable de la rebeldía, y me sirvió de tema nada menos que el emperador Juliano, el Apóstata. Me reservé los Gracos para más adelante, cuyas virtudes cívicas exploté de lo lindo.

Medio olvidé mis estudios universitarios, pues mi rebeldía llegaba a encontrar a mis profesores—unas excelentes y pacíficas personas de calaña esbirrista, por el hecho de percibir salarios de la *dictadura*. Uno de ellos, el más bondadoso de todos, se atrevió un día a recomendarme más puntualidad y aplicación en el curso. Recuerdo haberle respondido: "Señor doctor de Calixto (se llamaba don Manuel de Calixto), prefiero la pérdida de mi carrera,

prefiero la ignorancia científica, a recibir favores de un gobierno despótico, como el que sufrimos hoy los ecuatorianos”.

Mi compañero de escritorio y mi superior en la oficina, el cultísimo César Borja Cordero, me proporcionó, en aquellos días, uno de los goces más intensos y estúpidos de que yo pueda hacer memoria. Me advirtió que la policía me vigilaba porque se me sabía autor de artículos tremendos y de unas versainas sangrientas, publicados, con seudónimo, en el diario conservador “El Ecuatoriano” donde a la sombra de un cruzado de Cristo y gran señor de las letras, don Ricardo Cornejo, se habían refugiado el maestro Calle, Miguel E. Neira, Alberto Guerrero Martínez y el autor de estas remembranzas. Ah, cómo recuerdo, al correr de cuatro lustros, el goce infantil de aquellos días! De manera que era cierto que el gran caudillo liberal, Eloy Alfaro, se había fijado en mis ataques, anotando mi nombre en la lista de sus enemigos políticos?...

En mi casa, en el seno de mi familia, las inquietudes crecían por momentos. Mi padre, aunque disgustado con algunos errores de la segunda administración alfarista, no dejaba de ser liberal convencido y, por ende, alfarista en cierto modo. Cuando yo, respondiéndole, censura-

ba la *tiranía* reinante, él sonreía y me contaba de sus largas prisiones y de los destierros, sufridos en tiempos de la "argolla progresista". Mis hermanas padecían continuados sustos; en cambio mis hermanos menores, Cristóbal y Arturo, secundaban mi fobia política a maravilla, engrosando los mítines en que, por quitame esas pajas, el universitario, Víctor Hugo Escala, alentado por otros bachilleres y agresivos manifestantes, encabezaba aquellos desfiles, que hoy me parecen tan insulsos como grotescos...

Cayo Graco en acción!

Se acercaban las elecciones para senadores y diputados, y del claustro de la Universidad había salido una lista en la que figuraban guayaquileños de independencia y honradez indiscutibles. Dos caballeros, de aquella famosa lista, ocuparon después el solio presidencial: los doctores Alfredo Baquerizo Moreno y José Luis Tamayo.

Era menester llevar al Congreso hombres patriotas, que impidiesen la "venta del país" a los Charnacés y a los arbitristas yanquis: tal era nuestra consigna, y manos a la obra!

Nuestra hermosa tierra ecuatoriana, nuestra ardiente y entusiasta tierra guayaquileña

tiene—desde tiempos inmemoriales—el prurito de las juntas y los comités. Nada podemos hacer nosotros sin la breve ilusión de un congreso, de un ambiente propicio a las discusiones, al ambiente estéril de Bizancio. Para sacar adelante nuestra famosa lista de virtuosos Congresales hubimos, pues, de reunirnos y formar un Comité Universitario, paradigma de honestidad y patriotismo.

Cierta noche, bajo un cielo tropical cargado de lluvias y de electricidad, nos reunimos en el estudio del doctor Francisco de Paula Avilés Zerda, antiguo profesor universitario. Nos reunimos en una casa opuesta al Cuartel de Policía, “fatídico bastión de la dictadura”; nos reunimos nada lejos del Palacio de la Gobernación, residencia habitual del Presidente Alfaro, en sus repetidos viajes a la ciudad de Guayaquil. Se habló hasta más no poder; menudearon los discursos subversivos y, finalmente, logramos lo que tanto ansiábamos, debido sin duda a esa inexorable ley de atavismo: formar el Comité!

Resultó Presidente Alberto Guerrero Martínez, quien hace seis años ejerció las altas funciones de Encargado del Poder Ejecutivo; fueron vocales, entre otros que tal vez escapan a

mi memoria, Ernesto Jaramillo Avilés, Alejo Mateus, José B. Neira, Leonardo Benedetti, José Monroy Spencer, Guillermo Pareja y Pareja; y secretario de aquel famoso Comité de Estudiantes, nada menos que don Víctor Hugo Escala!...

A las 11 de la noche, sentada el acta y satisfechos nuestros espíritus con los desahogos oratorios habidos en la instalación, descendimos del bufete del doctor Avilés Zerda para desembocar en la amplia calle de Aguirre cuando, entre la lluvia y el ruido de los truenos, irrumpió contra nosotros una veintena de garroteros al servicio del famoso matón, apodado el "ñato Vega"; y al grito de, viva el Gobierno! descargaron los esbirros sus bastonazos contra toda la directiva del recién formado Comité. Casi todos andábamos armados; pero con justo acierto nuestro Presidente, Guerrero Martínez, nos había advertido no emplear las armas, pues cualquier detonación daría pábulo para que presumasen un ataque a la Policía, desde cuyo vecino cuartel la guardia de prevención podría barrernos con sus descargas.

Rechazamos el columbrado ataque como pudimos, hasta poner distancia entre los garrotazos y nuestros cuerpos. Yo, con el libro de

actas bajo el brazo, volé como un gamo; tomé la amplia avenida del Malecón y más raudo que el viento, fui a tenerlas en casa de mi querido amigo, Diego Maruri, sita frente al muelle del ferrocarril. Toda mi rebeldía ingenua, toda mi agresividad veinteañera, explotó de golpe, en casa de Maruri—alfarista sincero y convencido;—pero cuya esposa, vehemente lamartiniana dotada de talento y seducción, secundó mi huracán de amenazas revolucionarias. Menos manifestaciones callejeras, menos protestas impresas, a cambio de acción efectiva que diese al traste con un Gobierno que a nosotros nos parecía insufrible y que hoy, a la distancia, invierte los conceptos, puesto que éramos nosotros, los gobernados, los verdaderamente insufribles, con nuestra retahíla de protestas, de obstrucciones, de hablar mucho y no dejar hacer nada!

Abandoné, pues, los campos de la ideología actuante para afiliarme, como efectivamente lo hice, al grupo de los conjurados que ansiaban adueñarse—por sorpresa—de la persona del general Alfaro, para exigirle la renuncia del Poder.

Mis amigos, aquellos jovencitos alegres con quienes ocupaba noche a noche, dos mesas

de la terraza del salón Maulme, habían ingresado a la conjuración, más que por sincera rebeldía, por espíritu de aventura, por necesidad de acción plena de riesgos... Vicente Barriga Marín hablaba del golpe como si se tratara de una próxima función de cine; Luis Antonio Medina y mi hermano Cristóbal opinaban públicamente porque nos dirigiese, en el proyectado ataque, el alocado de Carlos Eugenio Pareja, en lugar del Mayor Mejía, recientemente llegado de Chile, en cuyo disciplinado Ejército había servido con eficiencia.

Por fin, las personalidades que ansiaban el caldo gordo de la conspiración, lograron ponerse de acuerdo y fijar, para una noche del mes de julio, el asalto al Palacio de la Gobernación, donde demoraba por aquellos días el general Alfaro.

Naturalmente, el Gobierno no desconocía ninguna de nuestras infantiles maniobras, cuyo desarrollo seguía cuidadosamente hasta poder ubicar nuestros propósitos. Se había logrado sobornar gente del cuartel de Policía, lo mismo que algunos soldados de los varios cuerpos de guarnición. El Gobierno lo sabía todo, y quiso atraparnos con las manos en la masa. Anunció el general Alfaro una excursión al vecino burgo

de Pascuales, acompañado de todos sus comilitones, y así nos dejó la ciudad como para que operásemos y pudiésemos fijar la hora del asalto. En efecto, los dirigentes del complot pasaron al medio día la orden secreta e indicaron, a cada uno de nosotros, el puesto de ataque y la persona a quien debíamos obedecer y seguir como jefe. El Presidente Alfaro regresaría de Pascuales a las 7 de la noche, y cansado sin duda de la excursión, se recogería temprano, sin tener su acostumbrada tertulia. Al sonar las doce de la noche, los policías y soldados comprometidos sublevarían las prevenciones, permitiendo así el acceso de nosotros, los asaltantes...

Como a las cuatro de la tarde de aquel famoso día, las autoridades de Guayaquil localizaron el plan, y procedieron en el acto a arrestar a los comprometidos. Yo me hallaba poniendo en limpio unas facturas, cuando mi compañero de oficina, César Borja Cordero, me dió la voz, avisándome que en la puerta me buscaban dos hombres. Sin sospecharlo siquiera salí a ver de qué se trataba, cuando cayendo sobre mí los agentes de pesquisa, me dejaron sin acción de brazos y me obligaron a seguirles a la Policía.

Rápidamente puesto en prisión, metido en uno de aquellos calabozos que habían dado ingrata fama al Intendente Esteves, me di cuenta de que el golpe había sido descubierto; pues los arrestos se sucedían unos tras de otros y gran cantidad de gente armada, que no era de la Policía, ocupaba los patios del cuartel. Quise dar aviso a mi familia, para librar a mi hermano Cristóbal de una segura prisión, quise hablar con alguien; pero no me fué posible; yo, como los otros, estaba rigurosamente incomunicado!

Al sucederse las primeras horas de la noche me tranquilicé, pensando que el golpe no podría darse de ninguna manera, pues de hacerlo se iría a un fracaso evidente. Sin haber comido, ni bebido un vaso de agua, esperé hasta las doce de la noche; y como en esa hora (la convenida!) no sintiera el menor movimiento, ni escuchara el menor ruido, me preparé a dormir, pensando con delectación en la importancia de mi persona, convertida ya en factor político!

El asalto.

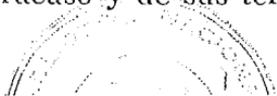
Dormía, dormía sobre el duro entablado del estrecho calabozo; dormía sin más ropa que el

mameluco B.V.D., sirviéndome de almohada el pantalón y el saco hábilmente enrollados; dormía soñando sin duda con mis Gracos, mi Giordano Bruno y mi Andrés Chenier cuando un ruido espantoso, una avalancha de maldiciones y de ajos, un traqueteo penetrante y persistente me pusieron de pies, como impulsado por un fuerte resorte. Al través de los barrotes del calabozo ví, asustado, la variedad de igneas culebrinas con que en la madrugada rasgaban los fogonazos de los málingchers la espesura de las sombras...

Descarga tras descarga; lucha cruenta en las mismas cuadras del cuartel y, sin duda, a la misma hora, asalto armado a las guardias de la "Artillería", del "Vencedores", del "Manabí"... Frente a mi reja, cuerpos tendidos, calmos, muertos definitivamente; otros, contorsionándose, entre ayes y maldiciones. Silbido de balas, gritería estridente, carreras por los corredores del edificio; y, de repente, un grito vigoroso de: muera Alfaro! me saca de mi inacción y estupor. Creo cercano a mis compañeros, los creo en vías del triunfo, y me doy en llamar a gritos a Juan Francisco Morales y a Eloy Borrero, ambos comprometidos para el ataque a la Policía. Descargas y más descar-

gas; en los patios, mayor cantidad de cuerpos caídos... Una leve claridad celeste asoma por la enorme boca de los aleros... Los gritos van disminuyendo; pero siguen las descargas y prueban que la tropa ya lucha fuera del cuartel, rechazando abiertamente a los asaltantes. De repente, del calabozo vecino, casi a ras del suelo siento una voz que me dice: "Escala, ¿eres tú? ¿No estás herido? Te habla Bustos; a mí me prendieron a las 9 de la noche, y yo vine sabiendo que se había cambiado la hora y que se daría el golpe a las cuatro de la mañana. Han sido exactos; pero creo que la hemos perdido! Tu hermano Cristóbal, con el "gato" Pareja, los Medina, Vicente Barriga y Murillo Maldonado deben haber ido al "Manabi", en el Astillero... Aunque hayan tenido suerte en algún cuartel, fracasado esto y la toma de la Gobernación, estamos perdidos. Si no nos matan ahora mismo, nos liquidarán más tarde!"

Un estridente, viva Alfaro!, seguido de un tremendo carajo, sordo y retumbante, como el trueno conque empieza el Canto de Olmedo; un terno másculo del Comandante Camilo Landín, un carajo oliente a mayorca, a pólvora y a sangre, nos puso frente a la amarga realidad del fracaso y de sus terribles consecuencias.



—Mayor Moncayo, sáqueme a todos estos canallas, hágalos registrar hasta dejarlos desnudos, y si alguno se resiste, pártale el pecho de un balazo. Méталos a todos en la barra, hasta el momento de cobrar cuentas y vengar las vidas de nuestros compañeros. Ya lo saben, hemos ganado en todas partes, a pesar de la sorpresa y la traición!

Cuando, conforme a la orden del Comandante Landín, me sacaron, como a todos los demás, para el minucioso y humillante registro, me quedé sorprendido al ver la cantidad de presos que éramos, entre los que ya estaban don José Eleodoro Avilés, don Enrique Valenzuela Reyna, don Belisario Luque y, con estos personajes, todos mis compañeros del famoso Comité Universitario.

A medida que avanzaba la mañana y que la luz iba apaciguando los rencores de la cruenta lucha, pudimos irnos informando, no obstante la rigurosa incomunicación y la amenazadora vigilancia, de que en el seno de la Policía se había luchado terriblemente; pues los soldados comprometidos, habían empezado el golpe abaleando al refuerzo de los doscientos hombres, a los que dominaron en el primer momento, con el concurso de los atacantes de

afuera. Hubo realmente una lucha entre dos fuegos que permitió, a algunos conjurados, correr hacia la Gobernación por el pasadizo de ésta con la Policía; y ese fué el momento en que yo oí el grito de: muera Alfaro!, y que me hizo llamar a mis amigos, Morales y Borrero, confundiendo, en mi afiebrada fantasía, a éstos, con los policías sobornados.

En los cuarteles de la plaza las guardias de prevención respondieron débilmente a su compromiso, reaccionando luego en favor del Gobierno y consumando el cruento rechazo de los asaltantes. A las cinco y media de la mañana pelotones de tropa recorrían la ciudad, persiguiendo y apresando a cuantas personas les parecieran sospechosas. Muchos, muchos domicilios fueron allanados, y ya, para las nueve de la mañana, más de 300 personas guardaban severa prisión en la Policía y en la Cárcel de Piedra. Mi hermano Cristóbal y sus compañeros, refugiados en casa de unas damiselas criollas, fueron fácilmente cogidos, maltratados a cintarazos y encerrados en las mazmorras de mampostería...

El Presidente Alfaro había triunfado una vez más de sus incautos enemigos, y muy pron-

to iba a empezar, para desgracia ecuatoriana, la hora de retaliaciones...

A las once de aquel trágico día, había cumplido yo diez y ocho horas de no haber probado bocado, cuando de repente se acercó a mi celda mi buen amigo, Jerónimo Avilés Aguirre, hijo político del general Eloy Alfaro, persona caballerosa y de reconocido valor cívico.

—Ya sabía que estabas aquí. Tu complicidad está perfectamente comprobada, y dos días antes de este bárbaro asalto, el mismo General se lo había hecho saber a tu jefe, don Luis Adriano Dillon. He telefoneado a tu madre y hermanas avisándoles que estás sin novedad, lo mismo que tu hermano Cristóbal, a quien apresaron con el arma en la mano. Ya sé que no has comido; un sargento va a traerte unos sandwiches y un poco de coñac. Tómalos porque te los mando yo. Cuando te pidan declaración confiesa tu culpabilidad, para facilitar tu destierro, que ya estamos trabajando don Luis Adriano Dillon, Leopoldo Rugel y yo. Ojalá podamos verte embarcado pasado mañana, en el vapor que sale para el Perú. Has hecho una locura, cuya gravedad y peso apreciarás a la distancia!

—Mil gracias, Jerónimo, por tu nobleza y generosidad; pero quiero advertirte, por lo mismo que eres de la familia Alfaro, que me adherí al movimiento desinteresadamente, sin odio personal, convencido de que servía y me sacrificaba por la mejor ventura de nuestro Ecuador.

Exilio

El coronel Leopoldo Rugel, Intendente de Policía, condiscípulo de mi hermano Augusto en el afamado colegio de don Tomás Martínez, tuvo la gentileza de mandarme a decir, con uno de sus amanuenses, que a las cuatro de la tarde sería embarcado en el vapor inglés "Victoria", con rumbo al Callao, y que se me iba a conceder una hora (de dos a tres) para que me pudiese despedir de mis padres y hermanas.

Un placer raro, un cosquilleo exótico, un orgullo pavorrealesco se adueñaron, estúpidamente, de mi sér. Con que había cobrado ciudadanía de importancia, con que ya era un hombre notable, con que me echaban del país, desterrado, como a temible enemigo político!... Sobre el pavés de mis veinte años sentía que se me alargaban las piernas y que iba adquiriendo talla de gigante!

Cuando, entre dos agentes de la secreta, abandoné la puerta de la Policía para encaminarme a mi casa, una regular cantidad de curiosos me observaba desde los portales del frente. No ví caras conocidas, ni era posible que las viese. Por sobre mis noveleros amigos, mucha gente se había comprometido en la fracasada conjuración, y los que no estaban presos, ya andaban de huída por esos ríos afluentes del Guayas!

Al tomar la esquina para seguir por la calle de Clemente Ballén, una señora, arropada en la clásica manta de burato, exclamó: "Con jóvenes como éste el país no puede perecer", elogio que fué anulado por la voz grave de un hombre maduro: "Qué juventud, ni qué pampinas, señora. Estos son unos tunantes, consentidos y malcriados, a quienes la Policía debiera mandar al casajo. Ridículo, soberamente ridículo es que un Gobierno honrado y fuerte embarque a mozalbetes como éste".

Yo, para ratificar mis humos de valiente, volví la cara al hombre severo, y le dije con abierto rencor: "Canalla!, cuando regrese del destierro te cobraré esta cuenta".

En la puerta de mi casa me esperaban mi madre y mis hermanas. Entre abrazos y be-

sos me llevaron hasta donde estaba mi padre. Creyendo ingenuamente hallarlo sereno y orgulloso de su hijo, lo hallé sombrío y muy apesadumbrado. “Veo casi perdida tu carrera y mucho temo por tu salud y tu futuro. Eres casi un niño—díjome—para irte solo, a tierras lejanas; pero he preferido ésto, a los riesgos inmediatos que ya amenazan a tu hermano y a tí, y los cuales acabarían con la vida de tu madre. Cristóbal te seguirá muy pronto, pues el Intendente Rugel así me lo tiene prometido”.

Estas palabras de mi padre, que eran el reflejo exacto de la realidad, me llenaron de honda melancolía. Empecé a comprender que yo no era el hombrecito político que yo mismo me pensaba; que el destierro que iba a sufrir no era la pena o castigo de mis rebeldías sino más bien una medida de “seguridad personal”; que aquellas palabras duras, del hombre de la esquina, no estaban lejos de la justicia, ni de la verdad...

En el momento de la despedida mi madre me anudó al cuello una medallita de plata; mis hermanas casi me asfixiaron con sus abrazos y mi padre, al entregarme algún dinero y unas cuantas cartas de presentación para sus amigos de Linia, me recomendó ingresar a la Universi-

dad de San Marcos y ayudarme, trabajando en alguna cosa. Mi madre me advirtió que un baúl-camarote había sido entregado al agente de la Compañía Inglesa; me dió las llaves, y me aclaró que también iba la ropa de Cristóbal.

Sali con los pesquisas para la casa de mi bondadoso jefe, el señor Dillon; me despedí de su familia y seguí a casa de mi querido amigo, Diego Maruri, a darle un abrazo de despedida a su inteligente esposa, que había sabido alentar, en todo momento, mis actitudes de joven revolucionario.

Cuando la falúa del Resguardo se amarró a la escalera del "Victoria", todo el pasaje destinado al Perú y Chile estaba en la borda de estribor, para ver subir al *revolucionario Escala*, periodista, orador y conjurado en el asalto al Palacio de la Gobernación. Ya habían visto llegar, desde temprano, a otros condenados al destierro; pero sin duda el más interesante debería ser yo, traído especialmente en un bote oficial, separado de los otros... Ignoraban aquellas buenas gentes que la "separación" se debía a la hora de gracia que se me había concedido, para poderme despedir de mi familia!

Agrupando ahora las imágenes y representaciones de aquel momento; reconstruyendo las

asociaciones de aquella tarde memorable, creo que mi presencia, entre infantil y desmedrada, desilusionó por completo al pasaje del "Victoria". Yo no parecía ni tenía el tipo curtido de un auténtico revolucionario... Indudablemente, yo empezaba a sentirme el "tunante", consentido y malcriado de aquel hombre de la esquina!...

A bordo del "Victoria"

Al segundo día de viaje, lejos del tranquilo Paita, años antes centro de mis correrías infantiles, ya estaba yo en amistosa comunicación con todos los pasajeros.

El contador Fernández, hombre voluminoso y cordial, me manifestaba una admiración entre seria y bromista, menudeando sus presentaciones acompañadas de hipérbolos y superlativos criollos: "Mi amigo Escala, estudiante y joven tigre del Guayas. Encerrado en un calabozo, bajo un diluvio de balas, presencié el asalto al Presidente Alfaro". Mis otros compañeros, el abogado Manuel San Miguel, el periodista Ezequiel Calle, el universitario José Cayetano Bustos y un teniente Moscoso, iban casi indignados con las exageraciones ironizantes

del gordo Fernández, que mi inexperiencia juvenil tomaba por el lado serio, y nó por el festivo, que sin duda tenían.

Hasta el Callao viajé en amena charla con un peruano distinguido, gran señor en toda la línea, con relaciones en la sociedad de Guayaquil. Era don Alfonso Pezet, Ministro del Perú en Panamá, quien, en goce de licencia, retornaba a su país, acompañado de su bella y distinguida esposa.

Como por aquel tiempo eran vivas y manifiestas las ambiciones de ciertos elementos peruanos a la vasta Hoya del Amazonas, cuyos territorios al norte del Marañón pertenecen legítimamente al Ecuador, yo vivía en guardia con el excelente y culto señor Pezet; pues veía en él a un factor activo de la que hemos estado llamando "astuta diplomacia del Rimac", desde los días, ya lejanos, de O'Leary, Ibarra, Sucre y Mosquera hasta los presentes del pintoresco doctor Mariano H. Cornejo... Al señor Pezet le interesaba enormemente la figura del general Alfaro, gran caudillo liberal, hombre dotado de especiales energías. En el ambiente panameño, el diplomático peruano se había estado documentando sobre la vida, austera y silenciosa,

del Jefe del Estado, que acababa de escapar a un golpe audaz y peligroso.

—¿Por qué—me preguntaba el señor Pezet—le combaten ustedes con tanta saña? Es un liberal, un reformista, un valiente. Se ha empeñado en transformar al Ecuador, en empujarlo por la vía del progreso. Pronto, según parece, estará unida Quito a Guayaquil por un famoso ferrocarril, que no pudo realizar el enérgico García Moreno. ¿Por qué le combaten con tanta saña?

—Porque ya no es el hombre de otros tiempos. Hoy es un personalista de molde centroamericano; un nepotista, un amigo íntimo de Harmann, un absorbente que todo lo quiere para sí y para los suyos. Fijese usted que le están combatiendo los hombres más destacados del Ecuador, sean liberales o conservadores. Ultrajó nuestras leyes derribando al Presidente Lizardo García; y, sin duda, ya piensa en reelegirse al término de este periodo... Al luchar contra él, luchamos contra la inmoralidad del continuismo!

Aunque ya empezaba a invadirme cierto desengaño, cierto escozor de duda ante la admisión tan vehemente y espontánea del diplomático Pezet por el general Alfaro, no dejaba

yo—para mostrarme consecuente con mi rebeldía y mi *heroicidad* juvenil—de abundar, durante los paseos de cubierta, en argumentos parecidos a los anteriores. Naturalmente, yo exageraba los sucesos, los derroches, las persecuciones a los periodistas, el auge del militarismo y cuanto más servía de combustible a la hoguera de nuestra oposición. Mis compañeros de exilio secundaban algunas veces, con exageraciones de su cosecha, todo el falso amargor de mis quejas.

Rompiendo una espesa *cananchaca*, el “Victoria” largó una tarde sus anclas frente a la dársena del Callao. La bruma no me dejaba ver el caserío del puerto. Borrosos, como deshilachándose de tedio, se balanceaban en el agua viscosa los barcos veleros. Un maullido de sirenas taladraba mis oídos, cuando de pronto una pena infinita, una pena de niño que ha perdido su juguete, empezó a invadir mi corazón. Nó, este no era el cielo diáfano del Guayas; nó, esta humedad rastrera y esta bruma mendaz, no eran el aire claro, trasparente y tiépido de mi gran río y su cordial ciudad del Santa Ana. Ahora, abandonados los salones del “Victoria”, iba a empezar para mí una vida distinta, en un medio completamente diferente. ¿Qué me reser-

vaba Lima, cuna de una abuela mía? ¿De nuevo, el aula universitaria; el escritorio de trabajo; la redacción de algún periódico, o tal vez un campo inédito y amplio para el desarrollo de las rebeldías que, prematuramente, ya me lanzaban al exilio?...

Esta meditación angustiosa, este penoso soliloquio, fué interrumpido por voces que, desde un bote, lanzaban amigos y compatriotas míos. Eran Wenceslao Pareja, Eduardo Ribadeneira, Miguel García Morales y Luis Ribadeneira, quienes venían a recibir a los nuevos compañeros de ostracismo.

El señor Alfonso Pezet, su distinguida esposa, los jóvenes y amigos, Peral y Boggio, se pusieron a mi entera disposición en la señorial Ciudad de los Reyes. Dí, entre ceremonioso y taciturno, mis gracias a todos; entregué la ficha de mi equipaje al fletero Saldarriaga, antiguo conocido de Guayaquil, y bajé al bote "Huáscar", para caer en brazos de otros revolucionarios, tan ingenuos y tan fracasados como yo.

Lima, ciudad de gola y espadín

Al pararse el tranvía eléctrico en la Plaza de San Juan de Dios, una media docena

de compatriotas, entre los que sobresalía por su recia contextura el doctor Luis Antonio Chacón, me dió la bienvenida, como si se tratase de recibir a un héroe! Ya, muy lejos del campo de acción y medio escéptico por el frío análisis de la realidad, dije a Wenceslao Pareja—en un sincero aparte—que la cosa no era para tanto, y que había sido obra de la casualidad y de la buena suerte el que yo hubiese presenciado el asalto de aquella memorable madrugada.

—Ah, nó—me replicó Eduardo Ribadeneira—tú no debes ni puedes quitarle importancia a ese hecho, tan útil a nuestra causa. Ese ataque se malogró, pero el que estamos *preparando* desde aquí, logrará un éxito completo. Ahora vamos a ir a la redacción de “El Comercio”, donde esperan al valiente estudiante Escala, para hacerle un reportaje. Tú hablarás de la grandiosa oposición, de los recursos de dinero y gente con que contamos para derribar a la tiranía...

Yo, apenas si escuchaba los consejos de Ribadeneira. Todo el girón de la Unión, desde Boza hasta la Plaza de Armas, se me acababa de entrar luminoso en el espíritu, como entra una mano cariciosa y turgente en la cabellera hirsuta de un poeta. Me dí cuenta exacta del

fenómeno. Lima, la ciudad de gola y espadín, acaba de captarme con su gracia dieciochesca. En su arteria principal, frente al templo plateesco de la Merced, me tendía su brazo redondo, de gran señora bondadosa y complaciente. . .

Después de una larga sobremesa en que todo fueron preguntas y más preguntas; conjeturas favorables y proyectos ridículamente absurdos, el doctor Chacón y el barbudo Ribadeneira me encaminaron a "El Comercio", en cuya sala de recibo me esperaba nada menos que don Antonio Miró Quesada, Senador por Lima, propietario y redactor principal del gran rotativo peruano. Creo le hice al señor Miró Quesada la misma impresión de sorpresa que antes le había causado a los curiosos pasajeros del "Victoria". . .

—¿De manera que usted es el señor Victor Hugo Escala, anunciado por el cable como testigo presencial de aquel audaz ataque al Presidente Alfaro? . . .

—Sí, señor, yo soy la persona de quien se han ocupado, en tal forma, los hilos del cable!

Se hizo la charla, especialmente con quien habría de convertirse más adelante en un grande amigo mío: Luis Varela y Orbegoso; y salió publicado un reportaje en el cual, a despecho de

las advertencias del barbón Ribadeneira, reduje a lo veraz y razonable mis informaciones, moderando mucho mis juicios contra el Gobierno del Presidente Alfaro, así como respecto a la fuerza y capacidad de nuestra oposición. Cuantas veces pude, escapé al interrogatorio de Varela Orbegoso para referirme a Lima, urbe señorial; a los progresos del Perú y al deseo vehemente de muchos ecuatorianos, para que un arreglo justiciero y amistoso—un arreglo directo entre los dos países hermanos—pusiese término definitivo a sus viejas diferencias territoriales.

Estas derivaciones o desvíos procurados en aquel famoso reportaje político-revolucionario, me fueron sumamente provechosos más tarde, a medida que iba haciendo amistades entre los jóvenes limeños, contemporáneos míos en estudios de la Universidad y en las inquietudes de la primera veintena.

Me instalé en el "Hotel Europa", casona enorme, entre sombría y complaciente. Tomé libreta de abonado en el famoso restaurante "Grand Cardinal", sito en la calle de Mercaderes, donde día a día los ecuatorianos en exilio ocupaban tres mesas redondas...

Pensando siempre en la llegada de mi hermano Cristóbal, menor que yo dos años, nada

hice referente a mis estudios y a mis planes de trabajo. Me entregué a Lima; la recorrí día y noche por todos sus rincones; la hallé encantadora, despreocupada, alegre, entre mística y sensual. Fué, durante mis correrías de mozuelo atrevido e infatigable, la urbe que yo me había imaginado, conforme a mis lecturas de Ricardo Palma y al pintoresco "Diario de Marie Graham": ciudad risueña, olorosa a azahar, a heliotropo, a mistura de pétalos; ciudad de aslucias y de encrucijadas, ciudad andaluza, de goce y de pecado, de rosario y carcajadas!

El naufragio del "Colombia"

A los diez días de hallarme en Lima los diarios publicaban, entre varias noticias ecuatorianas, el fusilamiento, en la sabana de Guayaquil, de ocho sargentos, a quienes diz que se había comprobado complicidad en el asalto al Palacio de la Gobernación. También anunciaban el exilio, a bordo del "Colombia", de veinte jóvenes guayaquileños, comprometidos en la conjuración fracasada.

La noticia de las ejecuciones nos agrupó a todos los ecuatorianos en los jardines del Café Estrasburgo. De manera que se había alzado

el cadalso político en nuestro desventurado país! De manera que el general Alfaro había renunciado a su divisa de "perdón y olvido", empleada siempre por él en sus ajetrios revolucionarios, hasta el punto de merecerle el calificativo de "corazón de madre"! De manera que habiéndose abolido la pena de muerte (gloria del Partido Liberal) se mataba, con inícuas formalidades, a indefensos ecuatorianos?... De aquella reunión famosa, en que todos juramos proseguir la lucha en cuanto campo fuese posible realizarla, salió indignado nuestro gran poeta y fecundo escritor, Nicolás Augusto González. Al día siguiente, en "El Comercio", aparecía un magnífico poema, de admonición y protesta, por la fría matanza de los sargentos ecuatorianos. Los apóstrofes quemantes, vaciados en versos esdrújulos de rara maestría, evidenciaban la Musa del eximio *Huancavilca*, del escritor desafortunado, a quien años más tarde habría de encontrar en Buenos Aires, como redactor principal de "La Prensa", el famoso diario de la gran ciudad del Plata.

Pero si fué mucha la indignación que nos causó la noticia de los fusilamientos, mucha fué también la atribulación y dolor que nos produjo la noticia del naufragio del "Colombia",

trasatlántico inglés en que creíamos venían mi hermano Cristóbal y los demás compañeros. Una espesa *camanchaca*, de esas que son muy corrientes en las costas del Perú, había causado el choque del vapor con los arrecifes de las islas de Lobitos. Los embates de la mar gruesa apenas si habían dado tiempo a los pasajeros y tripulantes para arriar los botes. El vapor "Colombia", nave de 5.000 toneladas, había sido tragada raudamente por las fauces del Pacífico...

—¿Y los exilados ecuatorianos?...

—Pues no estaban a bordo del "Colombia". Debido a la conmoción popular, que produjo en Guayaquil el bárbaro e inútil fusilamiento de los ocho sargentos, las autoridades juzgaron conveniente no sacar de la cárcel a los jóvenes condenados al destierro; pues su embarque podría servir de pretexto para algún acto público de nueva protesta. Se dejó partir al "Colombia" y el embarque de mi hermano Cristóbal y demás compañeros se verificó en el vapor "Palena", de la Compañía Sud-Americana de Vapores.

Con la nueva remesa de exilados y otras que fueron llegando después, se formó una apreciable colonia ecuatoriana, en la capital del Perú. El personaje más destacado de ella era el doc-

tor José Luis Tamayo, quien al correr de tres lustros fué Presidente Constitucional de la República. Seguían en relieve, al demócrata doctor Tamayo, los siguientes caballeros: Martín Avilés, Francisco de Paula Avilés Zerda (en cuyo estudio se había instalado el Comité Universitario!), Gabriel Pino Roca, Belisario J. Luque, Eduardo Valenzuela Yller, Luis Antonio Chacón y otros más que, como yo y mis compañeros de aquella lejana aventura, han debido arrepentirse de haber actuado en ella.

Creí que la llegada de mi hermano y demás compañeros me decidiría a ocuparme seriamente de mis estudios, y hasta llegué a hablar del asunto con mis amigos Luis Varela Orbegoso y José Gálvez, éste último, laureado poeta de la juventud limeña de aquel entonces; mas sucedió lo contrario, porque Lima embrujó a todos mis compañeros ofreciéndoles idilios, parrandas, goces incnarrables, propicios a borrar definitivamente el riesgo pasado y el rudo amargor de los días de prisión.

Teníamos dinero, éramos todos casi unos muchachos, nuestros padres en Guayaquil sólo pensaban en ponernos a buen recaudo de las presuntas necesidades. Cada correo traía, con la carta familiar, el consabido chequecito de

libras peruanas. Además, en Lima habíamos hallado muchos amigos tan jóvenes, tan locos y tan parrandistas como nosotros. Las damiselas del Rímac, todas hechas de condescendencias, de mimos y de suavidades, secundaban a maravilla ese ambiente de vida libre y feliz, que caracteriza a los seres irresponsables...

Además, a medida que el tiempo corría y que los meses volaban, nuestra popularidad crecía en las salas de billares y en las casas de diversión criolla. Todos éramos unos ases de las carambolas, todos sabíamos tocar la guitarra, cantar un pasillo melancólico, tirar unos cabezasos tumbadores y también poner los pies en polvorosa cuando el caso se ponía muy apretado... La aventura que no la ganábamos, seguramente la empatábamos!

Para fines de año, en las cercanías de la Pasqua, endeudados con los zambos cocheros del Portal de Escribanos y con los interminables convites a las mesas del Cardinal y del Café Berlín, decidimos, con los hermanos Medina, abandonar el "Hotel Europa" y trasladarnos a una casa en el Callao, donde un matón guayaquileño, apodado "el cuadrado", se comprometía a servirnos de cocinero y sirviente, por el raro placer de estar cerca de nosotros.

La verdad era que el dinero ya no lo recibíamos con mucha frecuencia, y que las noticias fidedignas de nuestros familiares eran que la situación del Gobierno se había solidificado y que el general Alfaro, más enérgico que nunca, se había propuesto hacer llegar, para el año centenario de nuestra Independencia, para Agosto de 1909, el ferrocarril a Quito, es decir, para dentro de un año y medio!

La cosa iba para larga. No habían asomos de amnistía y los proyectos revolucionarios, que se fraguaban en Lima, iban de fracaso en fracaso, por falta de un jefe militar de prestigio.

En el Callao moderamos un poco nuestros ímpetus. Yo empecé a trabajar como agente de la revista "Variedades" del fotógrafo, señor Moral, y logré amistar con el Cónsul General de Chile, señor Enrique Paut y Vergara, quien nos facilitó más tarde la marcha a Valparaíso.

Ambiente cultural

Siempre fué Lima ciudad afecta a cosas del espíritu, y siempre campeó en ella una actitud bizarra, proclive al estudio y la meditación. Si su influencia no fué honda y palpable en centros culturales como Quito y Cuenca;

ella se dejó sentir en cambio, desde los días coloniales, en la ciudad de Guayaquil, y gracias, sin duda, a esta simpatía mental fué que el Protector San Martín halló factibles sus planes anexionistas, culminados en el fracaso que él llamara, en sus memorias, las "pellejerías" de Guayaquil!

Lima, ciudad de goces y de estudios, ejerció, con su casona de San Marcos, una especie de atracción espiritual para algunos estudiantes guayaquileños; y es fácil de explicarse aquella pasada influencia debido a que hace sesenta años, cuando aún no se terminaba la gran carretera de García Moreno, era mucho más fácil y menos costoso viajar de Guayaquil a Lima, que de la ciudad de Olmedo a la hermosa Quito. Además, tampoco dejaba de influir el factor físico, sensible siempre a la simpatía del termómetro. La vida universitaria en Quito, frente a los fríos e imponentes nevados del Cayambe, el Antisana, el Pichincha y el Ylliniza, exigía a los estudiantes de la costa la amplia capa de Castilla y, más tarde, por la evolución de la moda, el sajonzante sobre todo. La ciudad de los Reyes, tibia, sin aguaceros y sin granizadas, parecía propiciar mejor la vida bohemia de mis jóvenes paisanos,

que la pétrea y artística ciudad de Atahualpa. Hasta hace cuatro lustros—en que el general Alfaro inauguró el ferrocarril a Quito—le sucedía a los muchachos de Guayaquil lo que a los panameños con Bogotá: preferían estudiar los del Istmo en la amurallada Cartagena o en universidades yanquis, que en la docta e inaccesible ciudad del Funza!

Mi querido amigo y compañero, Wenceslao Pareja y Pareja, creo fué el último guayaquileño que se puso la muceta de doctor en el plateresco paraninfo de la Universidad de San Marcos. Poco antes le habían precedido, en tan solemne ceremonia, los cultísimos paisanos, José Ramón Boloña y José Payeze Gault. Wenceslao, estudiante entonces del quinto año de Medicina, tomó grande empeño por mi ingreso a la Universidad; pero seis meses de locas correrías y más que todo un deseo dominante de partir a Chile, no me dejaron secundar con entusiasmo, los generosos empeños de mi buen amigo Pareja.

Me relacioné, sí, con algunos destacados estudiantes, de bella inteligencia y exquisita camaradería como Carlos Aubry, José Gálvez (poeta inspiradísimo), Antonio Garland Sánchez, Julio Tenaud, Oscar Miró Quesada, Ricardo

Palma (hijo del insigne autor de las "Tradiciones Peruanas"), José Félix Aramburu y otros más, de mucho brillo cultural. En la tertulia de Luis Varela y Orbegoso, para ese tiempo, joven doctor con cátedra en San Marcos, conocí a otros universitarios ya "hechos", como Víctor Andrés Belaúnde (de amplia y diáfana cultura), el doctor Riva Agüero, el cuentista Bedoya, los poetas Leonidas Yerovi (hijo de ecuatoriano), Felipe Sassone y Jorge Miotta; el músico Otayza, el pintor Cosío Pomar, el humorista Gastañeta, alias "Doña Caro" y el Brummel limeño de aquellos felices años: Miguelito Miró Quesada, quien se cambiaba de trajes cuatro veces al día, usaba fraques azul marino y marrón, pretendiendo imponer el saco sin solapas y adelantándose a la moda, con el uso de americana ribeteada, detalle exclusivo del chaquet cola de pato!

Además de *dandy*, en la acepción inglesa del vocablo, Miguelito era un consumado *sportman*, buen jinete, buen tennista, buen bailarín, amateur de la escena (solía representar en el teatro!) perito en cosas de arte y en antigüedades coloniales, medio espadachín, lector del marqués de Cabriñana y, en sus correrías de la media noche, caballerito *bien*, con arrestos de matoide....

Miguelito, cuya familia de origen panameño tiene lejanos entronques con familias de Guayaquil, fué, desde el primer momento, buen amigo de los "desterrados" del Ecuador; y el gran diario "El Comercio", donde escribía nuestro poeta, Nicolás Augusto González, y del cual era Miguelito uno de los accionistas, siempre tuvo a la orden de nuestras críticas políticas y devaneos del espíritu, sus autorizadas columnas.

Lima era por aquel entonces, lo que siempre había sido y seguramente será en lo porvenir: un centro cultural, pleno de cordialidades para todos los hombres de la gran patria americana.

Ambiente político

El llamado Partido Civilista gobernaba, a sus anchas, en el Perú y ejercía las funciones presidenciales uno de sus más destacados miembros: don José Pardo y Barreda, señor de ilustre prosapia, hombre de aspecto agradable, bien vestido, ceremonioso, correctísimo, siempre enguantado, en una palabra, culminación humana del caballero limeño. Los altos funcionarios, la gran máquina administrativa

del Perú, acusaba una concentración entre nepotista y capitalina. Los antiguos apellidos ocupaban los mejores cargos, con raras excepciones en el renglón diplomático; pues, en aquellos días, era más activa que nunca, la volitaria "Diplomacia del Rímac", en cuyo seno agitaba sus argucias el pintoresco doctor Cornejo... y actuaba, con ceremoniosos misterios de fakir, el hábil doctor Maúrtua.

En el fondo de un vivir muelle, de un oficialismo dieciochesco que conservaba, a la distancia, la tradición del Virrey Amat, sueños imperialistas, verdadera fiebre bélica determinados por la codicia y la sed de fausto, agitaban a la Nación Peruana. Se miraba rencorosamente al sur, buscando en las aguas del Pacífico, la audaz estela del Almirante Grau; se miraba aviesamente al norte, marcando en mapas oficiales, con un lápiz de injusticia y escondida agresión, los *avances* de la llamada "conquista de la montaña"—nuevo El Dorado, por los altísimos precios de la goma—en tanto que el doctor Cornejo suscribía Protocolos y ofrecía, por la centésima vez, respetar el *statu quo!*

El país estaba rico o iba camino de estarlo. Iquitos, ciudad levantada hace unos lus-

tros en territorio ecuatoriano, producía millones de millones; las vetas del Cerro de Pasco daban cobre y plata por miles de toneladas; los valles de Trujillo y Lambayeque endulzaban, quieras que nó, el mate amargo de los desayunos y onces chilenos; de los áridos arenales de Piura surgía el oro blanco de los algodones. El Perú estaba rico; le gobernaba un tradicionalista, como don José Pardo y Barrera—gran señor, ciertamente;—el país tenía su Misión Francesa, *revanchista*; en el Callao, dos flamantes cruceros, amén de otros barcos y sub-marinos ordenados a los astilleros de Inglaterra. Elementos alocados, chauvinistas empedernidos, de esos que convierten en plátaforma de política interna, los asuntos internacionales, mantenían furente—en una Lima señorial, bondadosa y cautivante—la llama del incendio bélico!

Nuestros amigos, excelentes muchachos de la sociedad limeña, se esforzaban por ocultarnos, por disimular este ambiente de la vida capitalina, aguijoneado por el altísimo precio del caucho y por el resurgimiento agrícola y minero del Perú que, como a niño grande y consentido, le daba caudales para despilfarrarlos en cruceros y en cañones. La Hoya Amazónica

por el norte, controlada por la pulposa organización de la Casa Arana; y por el sur, las ricas salitreras de Tarapacá, de las que habían sido dueños algunos caballeros de Lima, constituían el incentivo económico y *revanchista* de aquel tiempo, ya lejano...

En el fondo, sinceramente, nosotros no temíamos los arrestos y aprestos del Perú. Cier­to que estábamos pobres, desorganizados, divi­didos; cierto que año tras año enterrábamos, con nuestros propios torpes brazos, centenares de hermanos caídos en las luchas de ambicio­nes, que no cesaban desde los días "Chihua­huas" (1832). Un deseo de paz internacional, divisa perenne de la Nación Ecuatoriana; un sereno optimismo basado en el valor, espíritu de sacrificio y sobriedad del soldadito nues­tro, cuyos brazos búdicos le saben *crecer* al em­puñar el machete; cierta convicción diplomáti­ca de que la América toda no dejaría surgir un "conflicto de hermanos", reducían nuestras inquietudes a llamar, en mente, "gallinas" a nues­tros vecinos, de la misma manera que ellos nos llamaban "monos rabudos" a los ecuatoria­nos!...

El Ministro Aguirre Aparicio

Un diplomático dotado de finisimas cualidades, un hombre serio, de conducta irreprochable y de máscula discreción; un hombre sin arrequives melosos—boya de los diplomáticos cursis—nos representaba en Lima, en esas horas carnavalescas, preñadas de inquietudes, entre el tintineo de cascabeles y el reír, despreocupado y gozoso, del ambiente capitalino. Aquel señor, magnífico funcionario y orgullo de la diplomacia ecuatoriana, era don Augusto Aguirre Aparicio, a quien secundaban admirablemente sus cultísimas hermanas, las señoritas Carmen y Ana Luisa Aguirre Aparicio, ambas apreciadísimas en el mundo aristocrático limeño. (°)

Nunca fuimos nosotros para el señor Aguirre Aparicio, “enemigos del Gobierno Ecuatoriano”, ni tampoco “desterrados políticos”, en la amarga acepción de esta frase. Eramos solamente unos jóvenes levantiscos, ansiosos de aventura y de fama localista; éramos una es-

(°) Nuevamente se halla en Lima, representando dignamente al Ecuador, el señor Augusto Aguirre Aparicio, hoy, en un ambiente completamente distinto, de franco acercamiento y cordialidad, vecino a la solución definitiva del secular pleito de Límites.

pecie de niños grandes, todavía engreídos por los mimos y condescendencias paternas, a quienes había precisado alejar para amarrarnos corto los arrestos. Correctísimamente, como cumple a un caballero consciente de la buena urbanidad, nos fué dando don Augusto, la bienvenida personal a cada uno. Más tarde, con hábil tacto nos fué invitando, de grupo en grupo, a los magníficos recibos de la Legación, en su elegante sede de la calle León de Andrade. Ahí, entre el reflejo de lunas venecianas y de grandes vasos de Sévres, pudimos conocer y admirar a lo más destacado de la gran sociedad limeña, toda hecha de distinción y buen tono seculares. Ahí pudimos convencernos, con íntimo orgullo, del enorme prestigio y merecido respeto que dispensaba Lina al Ministro Plenipotenciario del Ecuador. Damas bellísimas, regiamente ataviadas, realizaban esos famosos saraos, a los que más de una vez asistió Su Excelencia, Don José Pardo y Barreda, Presidente Constitucional del Perú.

Bien nos guardábamos nosotros, en las generosas invitaciones de nuestro Ministro, de comentar la política ecuatoriana. A la distancia, serenado un tanto el ímpetu juvenil, más bien hablábamos favorablemente del general Alfaro,



relatando sus cualidades de gran Caudillo, de magnífico soldado, de admirable jefe de hogar, cosas éstas que no le negaban ni sus más encarnados enemigos *curuchupas*. La política nuestra, hecha de personalismo y odios injustificados, contaba poco en Lima; y a la verdad, todo nuestro goce social se contraía a admirar, en los salones de la Legación Ecuatoriana, a las reinas de belleza de aquel tiempo: las Alvarez Calderón, las Panizo, las López Aldana, las Elmore, las Blaker, las Moreira Paz Soldán, las Venn, las Barreda, las Olavegoya, las Garland Roel y tántas, tántas más que formaban un grandísimo *bouquet* de aristocracia y buen tono.

De regreso al Callao, en nuestra casa que daba al mar ilustrado por Cochrane, Méndez Núñez y Miguel Grau, pensábamos y creíamos ingenuamente que tal vez no estaba perdida la tradición de los Cancilleres pacifistas, como José Fabio Melgar, Manuel Dorado, Arturo García y Alberto Elmore; mas al pronto surgían los mástiles de los nuevos cruceritos y los pantalones fondilludos de la oficialidad afrancesada y *revanchista*.

Una tarde, una tarde limeña de esas que se terminaban en el Paseo Colón, de esas que se

terminaban mirando mujeres bonitas y pensando en las apetitosas ventas de *antlcuchos*; una tarde, mientras se desarrollaban las carreras en el Hipódromo de Santa Beatriz, se acercó a nosotros, en la *pelouse*, el querido Ministro Aguirre Aparicio. Venga—me dijo—a la tribuna presidencial, que lo voy a presentar a don José Pardo. Rodeaban al Mandatario Peruano altos funcionarios, sus Edecanes, Alfageme y de la Jara, su secretario, el joven y cultísimo doctor Carlos Concha, don Federico Elguera, Alcalde de Lima. Me incliné ante el doctor Pardo, con el mayor respeto, y él allanó mi situación alargándome su noble mano. Mientras conversaba Su Excelencia con don Augusto Aguirre Aparicio, yo observaba la correctísima figura del Presidente Peruano: vestido a la Morny, con pantalones grises, levita rodillera, sombrero de pelo y bastón de puño recto, en marfil. Cara más bien redonda, frente despejada, color mate de aristocracia limeña, ojos negros, grandes e inteligentes; todo, todo reclamaba para el Señor Presidente del Perú una casaca de seda con galones, fino encaje de Flandes en la gorguera y bocamangas, pantalón corto de hebillas, medias de seda, zapatos de tacón rojo, fino espadín y... nada, nada de Hipódromo ni de carreras: salones, dorados salones del Palacio Torre-

Tagle, de la mansión veneciana Astete y Concha, de la quinta plateresca de "La Presa", trono realengo de la deliciosa Perricholi!

Viaje a Chile

En la tertulia de "Broggi" solíamos vernos, de vez en cuando, con nuestros buenos amigos, Hernán Zañartu y Caveró, Agregado a la Legación de Chile, y con Enrique Paut y Vergara, Cónsul General de Chile en el Callao. Ambos funcionarios secundaban, con finísimo tacto, la delicada misión de don Rafael Balmaceda, gran señor santiaguino, investido con el cargo de Plenipotenciario chileno en el Perú. Ellos, como nosotros, los exilados ecuatorianos, reconocían la hospitalidad y señoriales maneras del ambiente limeño; pero sentían también, en lo íntimo del sér, esa desconfianza, esa inquietud, esa arrogancia nacional con humos *revanchistas*, determinada por el oro, cada vez más creciente, de los cauchales amazónicos...

Zañartu Caveró, hermano político de don José Ortiz de Zevallos, mayorazgo del Marquesado de Torre Tagle, solía hablarnos con un desenfado que chocaba al Cónsul; y sin duda que lo hacía porque era tan joven o muchacho

cual nosotros. Estamos sobre un volcán cubierto de jazmines—decía Zañartu—que explotará primeramente contra el norte. Si tal llega suceder, nosotros, los del sur, vendremos a apagarlo!

En el fondo, estas conjeturas no nos inquietaban muy en serio. Lo que nos tenía francamente preocupados era la escasez, cada día más creciente, de recursos. . . Metidos en el tren de vida que llevábamos, nos resultaba difícil, casi imposible, buscar trabajo sencillo, como dependientes o colectores de planillas. Descábamos vivamente ir a Chile para trabajar allá “en lo que se presentase”; teníamos mucha fe en unas cartas de mi padre para sus amigos Carlos Soublotte y Alfredo López Wilson, el primero magnate de las Salitreras, y el segundo, hombre de comercio, vinculado a negocios en Valparaíso y en Antofogasta.

Echando cuentas, reuniendo todo lo posible y pignorando objetos de lujo como relojes, revólveres y cámaras fotográficas, había con qué comprar cuatro pasajes (éramos dos Escala y dos Medina) hasta Valparaíso; pero cuatro pasajes de tercera, y nosotros queríamos viajar como cumple hacerlo a señoritos *bien*: en cá-

mara, durmiendo y comiendo opíparamente y hasta bailando con las señoritas viajantes.

Decidimos contarle nuestros apuros y apreturas al Cónsul Paut y Vergara, a quien fuimos a ver en su oficina, dos días antes del arribo del vapor del norte. "Si hay dinero para comprar cuatro pasajes—nos dijo el amable Cónsul—creo todo podrá arreglarse satisfactoriamente; porque lo difícil, lo verdaderamente difícil, es querer viajar de *pavo*, esto es, sin boleto. El contador Novoa, del vapor "Limari", es mi grande amigo. Yo conseguiré que los haga tratar como a pasajeros de primera clase, visto que ustedes son "desterrados políticos". Arreglen sus equipajes y vengan al Consulado dentro de dos días, a las diez de la mañana, hora en que ya sabré si accede o nó, el contador Novoa".

Cuando nos despedimos del caballeroso Cónsul, lo hicimos con el convencimiento de que el adiós era largo y definitivo, hasta las costas risueñas del gran puerto de Valparaíso. A los dos días volvimos al Consulado, y tras los abrazos y protestas de gratitud, volamos a la Compañía Sud Americana de Vapores, en cuyas ventanillas pagamos el valor de los cuatro billetes de tercera...

Nuestro *valet*, el zambo "cuadrado", y el fletero chalaco Saldarriaga—a quienes dimos en pago nuestros enseres de cocina y comedor bohemios—nos trasportaron hasta el "Limarí", donde el mayordomo Buoy, por encargo del gentilísimo señor Novoa, nos acomodó en los dos camarotes de proa, cercanos a los rollos de cadena de las anclas!

Charlas pintorescas, aventuras exageradas de nuestro asunto de Guayaquil, amoríos y pendencias en los largos meses de vida limeña, tesonera alabanza para los nobles amigos Paut Vergara y Zañartu Cavero, fué la moneda espiritual conque pagamos al contador Novoa su generosa y fraterna concesión. Viajamos rumbo al sur, en un ambiente de franca simpatía; nos divertimos y hasta lucimos, en las veladas de a bordo, nuestras habilidades de bailarines y cantores de pasillos. En el *fumoir*, nuestro brujo camarada, Pedro Pablo Medina, logró asegurarse un diario de dos o tres libras esterlinas, maniobrando el naípe en un *pocker* de familia. Al llegar a Valparaíso, y saldar las cuentas de cantina y juego, una veintena de libras inglesas, bien ganadas por Pedro Pablo, nos sirvió para dar los primeros pasos en aquella ciudad laboriosa y cordialísima, especialmente

hospita para los perseguidos por la fobia política...

Otra vez al norte!

Por brevísimos días gozamos los encantos de Valparaíso, puerto cosmopolita, cordial, trabajador y divertido. Salvando las distancias de unos paralelos y por magia de una aleación mental de lo tórrido con lo templado, descubrimos que existían, entre el puerto chileno y nuestro amado Guayaquil, muchas similitudes y puntos de contacto: vibración del trabajo, rumor gangoso de grúas, carcajada de fuerza, de salud y derroche!...

Nuestros compatriotas, aquéllos que han de formar siempre, en los países del Pacífico, la *colonia* heteróclita y difícil, nos recibieron con exagerado entusiasmo, echando las pestes de rigor contra nuestro Ministro y nuestro Cónsul. Nos prometieron el oro y el moro; pero, aunque muchachos, nosotros habíamos aprendido lo bastante, en los largos meses de vida limeña, para no tomar en serio tanto empeño y generosidad.

Visitamos al señor Carlos Soubllette, descendiente del prócer venezolano que figura con

tánta gloria en las guerras de la Independencia. “Pero si yo, al tener mucho de venezolano soy también ecuatoriano—nos dijo el señor Soubllette—y la mejor respuesta que voy a dar a estas cartas es llevármelos ya mismo a trabajar en el norte. Prepárense, que nos embarcaremos para Iquique dentro de cuatro días. Usted irá a la oficina “San José”, su hermano a la “Mapocho”, don Luis A. Medina, a los almacenes de Iquique y usted”...

No pudo terminar el ejecutivo don Carlos porque Pedro Pablo Medina, al darle las más cumplidas gracias, le dijo: “señor, yo me quedaré en Valparaíso; ya tengo trabajo en los Ferrocarriles del Estado”.

—¿Y qué va a hacer usted, caballerito, en los Ferrocarriles del Estado?

—Me acaban de ofrecer un puesto de dibujante, en el departamento técnico. Entiendo algo de eso, pues mi profesor, el venezolano Francisco Manrique Pacanins, me auguraba un seguro porvenir como ingeniero-arquitecto. Desgraciadamente, la *política* ha truncado mi carrera!...

Pocos días después, recorriamos, de regreso hacia el norte, las costas chilenas, siempre de mar gruesa y agitada. En Antofogasta fuimos

banqueteados por nuestro viejo amigo y compatriota, Manuel González Yllescas, Mayor de Ejército Ecuatoriano y valiente defensor del régimen constitucional, arrebatado a don Lizardo García. Nuestro inteligente y juvenil Mayor González arbitraba, en Antofogasta, varios negocios, y le secundaban a maravilla tres jóvenes de la mejor sociedad de Lima: Genaro Silva Rodríguez, Carlos Guerra Miró Quesada y Santiago Mac Mahon. Todos eran expertos contabilistas, liquidadores, agentes de despacho y, al invitarnos González para que le secundáramos, nos dió a entender que ganaban mucho dinero (eran los días áureos de Antofogasta); pero que también resultaba poco para gastarlo...

Ibamos comprometidos, llevábamos cartas credenciales y gastos pagados por la Compañía Chilena de Salitres; íbamos hacia lo ignoto y, por lo mismo, atrayente: las pampas de Tarapacá; y mal podíamos romper nuestro compromiso de honor a cambio de engrosar un grupo de jóvenes alegres, en período de bonanza, pero de situación realmente precaria, incierta.

Volvimos, por la tarde, al "Cachapoal" y seguimos hacia el norte, en demanda de Iquique, la ciudad del salitre, del oro, de los mariscos y de las poncheras de a cien pesos...

Cavancha, Cavancha!

La rada de Iquique, apenas abierta en los acantilados tarapaqueños, producía al visitante, en aquellos años de auge, una gratisima impresión. Al rededor de cien veleros de tres y cuatro mástiles, amén de muchos vapores venidos de los siete mares del mundo, agitaban un profuso bosque de cuerdas y banderas, esperando, sin esas prisas de la vida mercantil, llenar sus calas de nitrato de sodio, espermatozoide químico para fecundar tierras viejas y renuentes.

Entre dos peñascos—amígdalas hipertrofiadas de una garganta marina—pasan los botes empujados por el rollo de las olas. El singular y audaz envión los echa hasta las escalas mismas del muelle de pasajeros que, por una especie de jardín anémico sale a una calle ancha, de tierra pegajosa, todavía ayuna de asfaltado. En el coche que nos conduce al hotel emitimos dos curiosas observaciones, sin duda las primeras que asaltaban a todo visitante: ¿Cómo es que siendo Iquique la tierra del mejor fertilizante no puedan medrar en sus calles y plazas los arbolillos de jardinería? ¿Cómo es que siendo Iquique la ciudad que actualmente

produce más riqueza en Sud América, no tenga pavimento y use aceras de tablitas en sus calles?...

Del "Hotel Bristol" pasamos a la oficina, a recibir instrucciones y, posiblemente, algún adelanto por cuenta de las futuras labores... Tienen dos días—nos dijo el cajero—para recorrer la ciudad. Aquí están los pasajes del ferrocarril: esté para Pozo Almonte, donde será usted recibido por el propio de la oficina "San José" (las minas de salitre se llaman "oficinas"); este para Huara, donde el propio de la oficina "Mapocho" recibirá a su hermano. Y a usted, señor Medina, pasado mañana lo espera el guarda-almacén para instruirlo y posesionarlo de sus funciones. Aquí hay un adelanto de doscientos pesos para cada uno.

Salimos encantados, volando hacia el paseo de "Cavanca", corniche marinera, orgullo de la ciudad del salitre. Por la amplia calle "Baquedano", coquetonas casitas de pino, con terrazas protegidas del sol por techados de madera, nos dieron a entender que dentro de ellas habían chiquillas guapas, hijas de mineros ricos, decididas tal vez a orientar nuestro porvenir... Pero, a qué hacer proyectos, con una vacación de dos

días y unos cuantos pesos chilenos, de siete peniques cada uno!

Al dejar la calle "Baquedano" y enfrentarnos al primer restaurante de "Cavanca"—el chalet Suizo—la famosa avenida iquiqueña nos conquistó por entero. Qué maravillosa reventazón de olas, qué perfume tan penetrante a yodo, a salud, a renovada fuerza genésica; qué arena tan fina y blanca, qué rocas tan filudas y tan negras; qué profusión de algas, como cabelleras de ondinias decapitadas por delfines celosos, de aletas relucientes y cortantes!

En el último de la serie de los chalets, que ya corresponde propiamente al caserío de "Cavanca", hicimos el alto de rigor para observar, en unos baños encajonados, a unas sirenas tarapaqueñas. Recorrimos luego un proyecto de jardín zoológico donde gozaban de gran popularidad nuestros queridos paisanos, el loro y el *titi* de Naranjal; tomamos el cocktail, sentados al borde del *skating-ring* (furor de la época) donde unas cuantas pantorrillas quinceañeras pusieron, en nuestro destierro y marcha al "trabajo forzado", un hondo goce interior, de juventud y de optimismo. Después de un rato pasamos a los criaderos de mariscos, y ahí mismo escogimos nuestras víctimas para el almuer-

zo, que ya columbrábamos digno de Lúculo. Volvimos al cocktail y medio melancolizados recordamos, entonces, a la patria lejana... Aquéllas ostras gordas y caldudas de Puerto Duarte, comidas casi a la madrugada, con damiselas de rojo coturno; aquellos cangrejos de mano gorda; aquel seviche de concha, condimentado por Balseca, el antiguo bar-man de Lacasagne; aquellos escabeches de corvina del Salón Blanco, que el espléndido Enrique Gallardo solía obsequiarnos con vino del Rhin y, finalmente, el seco de chivo de Piura y los *llapingachos* serranos del Mercado, los mejores del mundo, los más sabrosos, los más nutritivos y los más baratos!

Vísperas saturnianas!

No nos acostamos la víspera de partir para las oficinas salitreras. Un amigo tarapaqueño, el joven y deportista Nicolás Zanelli, nos despidió con una buena comida, seguida de baile en un *salón* muy afamado, concurrido generalmente por empleados de las salitreras y por los capitanes de barca, que esperan, sin prisa, los cargamentos del mineral fertilizante.

A la salida del teatro nos encaminamos hacia la calle de "Eleuterio Ramírez", a debutar

como bailarines de la entusiasta cueca chilena. Nos franquearon una puerta amplia que daba a un vestíbulo muy bien alumbrado; atravesamos luego el patio de mosaicos; penetramos a un pequeño salón decorado en azul, y ya, desde ahí, sentimos el piano, que desgranaba las melancolías del valse "Amoureuse", de gran hoga por aquel año.

Una celestina muy adecentada—en lento retiro de batallas placenteras—nos recibió con cierta desconfianza. Dijole a Zanelli que el salón estaba lleno de pampinos y de gente de a bordo, ambas muy pendencieras; pero sumamente gastadoras... Apenas ha empezado la media noche—agregó con tono burderil—y ya tengo pedidas catorce poncheras de a veinte congrios! Entren, bailen, beban todo lo que quieran; pero eviten cualquier *sanbardo* con esta gente, que amanecerá toda borracha, debajo de los divanes!

Un gran salón de cortinajes rojos, una verdadera sala de ceremonias mucho más grande que aquellas tan afamadas del Almendral, nos echó su bocanada de alcohol, de humo, de espejos y dorados, de música crapulosa, de perceptibles humores venusinos, inútilmente ahogados en "L'Origan" de Coty; y nos echó también al

rostro las sonrisas y cordial acogida de algunas damiselas, forzadas a soportar los arrestos absolutistas de los *panizos* de la pampa y de las barcas.

Discreta y diplomáticamente nos ubicamos en un ángulo, un poco alejado del bar y del tinglado en que un Pleyel vertical y un arpa, rútila de oros, dominaban el ambiente. No transcurrirían diez minutos cuando un fámulo, con trazas de invertido, nos acomodó una mesita y al poco rato la ponchera plateada, con vasitos que disparaban sus aristas de cristal contra el mango del cucharón.

—Bébanse esta de a cien, que nada les va a costar; pero sin atravesarse con las parejas ni armarme bulla con los pampinos. Más tarde bailarán y podrán seguir bebiendo, porque ya cada quien me lleva pagadas dos o tres poncheras por delante.

Así nos habló la celestina, regenta del salón y amiga protectora—según pudimos columbrar—de nuestro joven y musculoso deportista, Nicolás Zanelli...

La cueca, la alegre cueca chilena con breves intervalos de vales cursis, como uno muy coreado que decía "la primera vez que yo te ví", dominó la concurrencia hasta el amanecer. El

piano y el arpa, con el experto tamboreo de algunas mesalinas sobre el costado de ésta y sobre la tapa de aquél, se adueñaron de nosotros y nos decidieron a tomar parte en el baile popular de la brava Araucanía.

Una larga hilera de hombres, frente a otra hilera de alegres damiselas (cada quien con la suya!), agitando el pañuelo y haciendo arabescos con los talones o con todo el pie, avanzaba hacia la otra hilera, donde las mujeres también agitaban sus pañuelos, hacían mohines picarescos con la boca, cimbreaban las caderas y volvían a retirarse en un ademán de cercana promesa. Se repetía el movimiento, y al dar la cantante el tono alto de la copla y agitarse más que nunca el hábil tamboreo (tamboreo y huí-fa!) había que dar la vuelta para cambiar la posición de las hileras. Era el momento en que los ases de la cueca, encogiéndose diestramente en su propia conversión, lograban atisbar un buen trozo de pantorrilla, enfundado en media de seda color rosa-té, tono favorito en la ropa interior de aquellas casas iquiqueñas!

Al amanecer, cuando empezó a oírse el clarín de los gallos alertistas, habíamos estrechado buena amistad con algunos de los pampinos y capitanes fiesteros. La celestina y gerente de

la casa alababa nuestra espontánea alegría y nuestra corrección. Ciertamente—musitaba la simpática lumia— estos *tropicales* saben conducirse como caballeros...

Un señor, que se llamaba el Ingeniero Renovales y que nos aseguraba haber trabajado en las minas de oro de Zaruma, demostró prácticamente su amor a la tierra ecuatoriana, invitándonos a un banquete de amanecida, con caldo *valdiviano* y jugosos bistecques de “a caballo”. Lo primero, una sopa espesada con charqui, cebollas y yemas de huevo, nos trajo el patriótico recuerdo de aquellos “caldos de patas”, preparados por el *maitre* Andino, en su figón de la calle de Boyacá. Lo segundo, gruesos trozos de carne con salsa de cebollas y dos huevos fritos encima, nos hizo suspirar por los ricos *churrascos* del valenciano, José Claverol.

Al abandonar el restaurante del mercado iquiqueño y proseguir al hotel, en busca de nuestras maletas, agradecemos mucho al anfitrión Renovales su banquete auroral, no sin exclamar a coro: “Ciertamente que no se lleva la Patria en las suelas de los zapatos”.

Pampa del Tamarugal

A medida que el tren subía y penetraba en la aridísima plataforma arenosa en que están diseminadas las minas de salitre, un cuadro de insospechada soledad surgió a nuestra vista. Ni en las estaciones del trayecto, separadas por distancias regulares, se descubría el menor asomo de la vida vegetal. Por todas partes del horizonte visible, contemplábanse las pampas yermas, polvosas, aridecidas, de fragoroso calor africano... De vez en cuando, sobre los declives de la llanura la reverberación solar parecía concentrarse para culminar en espejismos de agua, que, como en el africano desierto, engañan a los viajeros extraviados, acelerándoles la muerte por causa de sed... En algunos sitios una especie de mano sarmentosa, como de caminante que implora auxilio, levantaba hacia el cielo sus largos dedos abiertos: era el *tamarugal*, especie de algarrobo, el arbolillo magro y torturado de la pampa!

Naturalmente, en presencia de un medio tan ingrato y ayuno de naturales atractivos, nos explicamos—mi hermano y yo—la facilidad de hallar empleos y de colocarse en las minas de salitre; nos explicamos también que, sin cono-

cer nada de ese género de trabajo, fuéramos cobrando cada uno setecientos pesos chilenos, casa, comida, vinos y cigarrillos! Ciertamente que los pesos valían siete peniques, con tendencias a la baja; pues las grandes minas salitreras, aquellas que tienen su personal de mil hombres para arriba, son inglesas, y por lo tanto, interesadas directamente en que la esterlina produzca más pesos-papel, para pagar con menos plata a sus empleados...

Como a la hora de almuerzo, llegamos a Pozo-Almonte, pueblecillo astroso, edificado con caña de Guayaquil, techadas con planchas de hierro galvanizado, que en las pampas salitreras llaman *calamina*. Me despedí, sin aspavientos, de mi hermano Cristóbal para ver de inculcarle resignación en esta nueva faz del ostracismo...

Afuera, bajo un sol de justicia que me hizo pensar en el calorazo de aquellas casas techadas de zinc, me esperaba la calesita de la oficina "San José", a cuyo tiro había un percherón magro y taciturno. El propio, un pampino de cara futurista, me saludó con muestras de alguna cordialidad.

—Tan niño el patroncito, y ya viene a reventarse en la pampa... Sin duda que va a to-

mar el puesto del *fichero*. Ah, pije pa diablo! Ha dejao como cien clavos en Pozo-Almonte; pues era tan gallo que ni a las *chuzcas* las pagaba... Yo soy Pedro Núñez, de Coquimbo, su roto pa lo que quiera mandarme!

—Gracias, Núñez. Desearía que me dijese algunas cosas más. ¿Cuántos somos en “San José”; qué tal es nuestro jefe; cómo tratan a los empleados; qué es eso de *fichero* y qué cosa tendré yo qué hacer en esa ocupación?

—Patrón, usted, como los ótros, viene nuevecito, sin saber ná. Desde el gallo grande, Mr. von Schmelling, hasta el último barretero, somos 800 los empleados de “San José”. En la casa de los *futres* son ustedes cerca de treinta. Mr. von Schmelling es bravazo; pero le gusta mucho el trago y cuando bebe se vuelve un *compañusa*. Su trabajo de usted—si a eso le llama trabajar—consiste en examinar las libretas del *pasatiempo*, y si hay conformidad, pagar diariamente las fichas (dinero de las minas) a los empleados. Los habemos de toas clases: maquinistas, cachucheros, barreteros, tiradores de dinamita, carreros y hasta “güevones”, como servidor, al manejo de esta mugre de calesa!

—¿Y de fiestas, qué tal en este ramo?

—Pues si usted es listo y sabe sacarle man-teca a las fichas, lo primero que debe hacer es comprarse un caballo. Así podrá templarse de alguna pampina, de esas buenazas del sur o de alguna cholita dulce del norte; podrá con su manco ir a remoler a Pozo-Almonte, toos los sábados por la noche y acostarse con *chuzcas* más buenas que un caldillo de congrio. Para eso, patroncito, necesita de hartos pesos pa poderle quitar las yeguas a los gallos grandes, como Mr. von Schmelling. Dicen en Pozo-Almonte que el gringo bota, en cada remolienda, cinco mil pesos!

Medio ahogado por el calor y el polvo pegajoso de la pampa, llegué por fin a la oficina "San José", un enorme galpón pintado de abes-tina ocre, con grandes ventanales de vidrios opacos. Me recibió en la puerta el contador, señor Cortés, un tacneño muy amanerado, quien me puso en manos del señor Casares, español, pulpero de la oficina, hombre conversador, y encargado de instalarme en mi cuarto, celda de una nueva prisión...

Ambiente oficinesco

Fuera de la vida de escritorio, la lectura de revistas, la diaria agrupación de todos los em-

pleados poco antes de las comidas y el fabricarse castillos en el aire, en las horas del retiro nocturno a las respectivas celdas, ningún aliciente espiritual o material me ofrecía el vivir de la pampa, donde sólo podían medrar los instintos bestiales de la carne, el alcohol y la baraja...

Ciertamente que la vida de las salitreras estaba rodeada de relativo confort: buena mesa, abundantes bebidas en las horas reglamentarias del *cocktail* y el bajativo; baños (verdadero lujo de la pampa) billar, gramófono, libros insulsos y magazines cosmopolitas. El régimen doméstico era como el de un vapor o un hotel de relativa categoría: almuerzo a la inglesa, con avena, tostadas, dulce y los consabidos huevos con jamón; lonche con la familiar ensalada de patas (producto de Magallanes) o centollas, sopa-carbonada, costillas con papas, frutas del sur o de Guayaquil; comida, con el consomé, las callampas al jugo, silla de cordero con ensalada y, los domingos, pavo, pollo o ganso, que en la jerga culinaria chilena se designan con el solo nombre de "ave". Vinos a discreción; los domingos champaña y siempre, sobre las comidas, el cognac-bajativo y el cigarro habano de "La Corona". Para halagar a los pobres desterrados y darles una efímera ilusión de vida

social, era obligatorio, en las oficinas de más de veinte *futres* de mesa, el *smoking* y las zapatillas de hule, felizmente venidas a menos en los modernos estrados de la moda.

Los días sábados por la tarde, los que no tenían sus amoríos cercanos a la oficina, volaban a los *salones* del pueblo, a bailar cuecas, a refocilarse con alguna Mesalina de romanticismo fingido y a emborracharse para tener cierta ilusión de vida y de placer. La bacanal semana duraba hasta el domingo por la noche, y ella también alcanzaba a los capataces que podían cobrar buen jornal. Yo recuerdo, en mi oficio de fichero pagador, haber abonado a más de un carretero 300 y 400 pesos en una semana!

Los gastos de oficina eran enormes, y en presentarlos así beneficiábanse el gerente, el contador y el pulpero o ecónomo de la trinca. Se afirmaba, por aquellos años, que los empleados salitreros de cualesquiera de las tres categorías, tenían que "hacer fortuna" al cabo de dos años, no obstante el derroche a que los empujaba la triste vida de la pampa.

Yo trabajaba duro, y a disgusto, que iba creciendo de semana en semana. Mi hermano Cristóbal, con quien me comunicaba a menudo por teléfono, se mostraba, en cambio, muy con-

tento de haber ido a la "Mapocho", oficina netamente chilena, en cuya casa principal vivían las distinguidas familias porteñas, Soubllette-García y Lecaros-García, en cuyo seno había sido bien recibido mi afortunado hermano. Años más tarde, tendría la oportunidad de amistar, en Valparaíso, con ambas familias.

El sueldo de setecientos pesos, que al principio me pareció fabuloso, visto que también me daban casa y comida, resultó una miseria que se iba en el lavado, en una que otra prenda de ropa (de precios exorbitantes) y en pagar de vez en cuando los fuertes alquileres del caballo; pues para adquirir un mal jamelgo y poderlo alimentar con pasto importado, precisaba tener "hartos pesos", como ya me lo había advertido el astuto roto Núñez, quien solía llamarse a sí mismo, "el güevón de la calesa".

Al principiar el cuarto mes de trabajo fui víctima de una intriga planeada por el tacneño-contador y el español-pulpero, ambos interesados en colocar a un cierto amigo que tenían en una mina de Negreiros. El gerente von Schmelling, ardido por la clásica "bola de fuego" (así llaman en Chile a lo que sigue después de una borrachera), me llamó a su escritorio, y me habló en tono descompuesto, sobre si yo le daba

la vuelta y molestaba mucho a la hija del mecánico Seymour, chilena-inglesa veinteañera, que torturaba con sus gracias nuestras noches y nuestras soledades de prisioneros de la pampa.

Sin darme cuenta del alcance de la intriga, contesté a Mr. von Schmelling que, en tanto yo cumpliese en la oficina con mis deberes, era muy dueño de hacer, fuera de ella, las amistades que quisiese.

—Ah, nó *cagamba*, me dijo el gerente: entre usted, que apenas sabe lo que *jase*, y Mr. Seymour, mecánico de la maquinaria, prefiero perderlo a usted. Puede cobrar en la caja todo el mes entero; su pasaje para Iquique, y quince días de desahucio. *Auf wiedersehen!*

Más bien alegre que descorazonado, recibí el exabrupto de mi despedida. Arreglé con el cajero cuentas y avisé al calesero Núñez que al día siguiente bajaría a Iquique, encantado de abandonar el infierno de la pampa.

—De manera, patroncito, que el gringo le largó la gran patáa! Como le gusta el trago, no puede ver a los futres, y yo comprendí, desde la primer semana, que usted no duraría. ¿Y pa onde va arrancar ahora el patroncito?...

—Me embarcaré para Antofogasta, donde me espera una buena colocación comercial. Si por allá veo algo para ti, prometo escribirte, llamándote con un empleo mejor que éste, de calesero.

—Dios se lo pague, patroncito! Yo puedo ir con usted a cualquier parte, al infierno, pero nó a ese Antofogasta, donde el Juez del Crimen, señor Anguita, me anda buscando para cobrar-me una cuenta. Ni se le ocurra mentarme por allá, no sea que a los Carabineros se les meta venir en mi busca...

Antofagasta

La salida de los minerales bolivianos por el ferrocarril que une a Oruro con Antofogasta, aseguraba para este puerto una vida comercial muy importante, la cual llegó a intensificarse con la explotación de ricas salitreras. De todas partes de Chile, Bolivia, Perú afluían trabajadores a Antofogasta, y en esos momentos de vigor cosmopolita la ciudad del yodo y la potasa, constató su abandono, su primitivismo y su fealdad. Edificios de pino y cañas de Guayaquil, techos de calamina, calles de tierra con aceras de tablas, alumbrado mísero, sucios y

caros hoteles, a cambio de mucho comercio, de muchos bancos, de productiva Aduana; a cambio de veinte casas de juegos y de un centenar de afamados prostibulos, donde una vuelta de cueca, refrescada con un vaso de malta de Valdivia, costaba treinta pesos!

Aparte del gran movimiento mercantil y de la visión de un mar siempre grueso y bramador; aparte de la Quinta Casale y de la musiquita dominguera en la Plaza de la Intendencia, Antofagasta me pareció, en aquel tiempo, una prolongación de Pozo-Almonte, en cuyos "salones" el estúpido alemán von Schmelling solía gastar cada sábado cinco mil pesos!...

Los primeros días de mi nueva residencia fueron, pues, colmados de inquietud e íntimo disgusto. El incentivo de las comparaciones me hacía recordar a Iquique y a considerarlo como una especie de París chiquito con su gran paseo de Cavancha, su aristocrática calle Baquedano, su Teatro Municipal, sus carreras de caballos, sus quinientas damiselas de la calle de Eleuterio Ramírez... Y más cercano, en lo íntimo y lo personal, recordaba también mi última, deliciosa semana de Iquique, con versos míos publicados en "El Tarapacá", del caballeroso santiaguino, señor Vergara (versos inspirados por Ali-

cia Seymour!); y, de manera especial, a mi antiguo amigo y casi paisano, don Ramón Vallarino, quien se hallaba en el puerto del salitre arreglando unos asuntos de la casa E. Rohde & C^o de Guayaquil. Vallarino, caballero panameño de alta credencial, me dió noticias veraces de mi familia. A mi padre le había afectado seriamente nuestro destierro, pues daba como perdidas (así fué) las carreras de Medicina para Cristóbal y de Leyes para mí; sus negocios habían disminuído y, preocupado siempre por nuestra suerte y regreso, apenas si luchaba para recobrar la actividad anterior. En política las cosas marchaban con franca solidez: el ferrocarril a Quito, programa vial con que el general Alfaro pretendía justificar el derrocamiento de don Lizardo García, ya llegaba a la capital ecuatoriana. El día 10 de Agosto de 1909, centenario de nuestra Independencia, Alfaro inauguraría el ferrocarril y una Exposición Nacional. Vallarino, buen alfarista y excelente amigo nuestro, censuró más de una vez nuestra "locura revolucionaria", que sólo contribuía a favorecer—en su odio y fanatismo—a los retrógrados *curuchupas!* La víspera de embarcarme para Antofagasta me aseguró, con carácter confidencial, que el general Alfaro, en homenaje a los próceres

de la Independencia, decretaría la amnistía general, a fin de que los ecuatorianos que así lo quisiesen pudieran hallarse en el país, para el primer centenario de nuestra Independencia.

Era a fines de Abril, y con la revelación del amigo Vallarino pensé que al cabo de tres meses más podría hallarme de regreso al Ecuador.

De mi hermano recibí varias cartas, con quejas del señor Soubllette por mi "choque" con el señor von Schmelling. Ignoraba el excelente *gentleman* chileno que yo había sido víctima de una intriga oficinesca, tramada por el meloso tacneño y por el rata del pulpero. Era absolutamente falso que yo me hubiese alzado contra el gerente, en su propio escritorio, como era falso también que yo hubiese pretendido meterme de noche, por una ventana, a casa de la hermosa Alicia Seymour. Ella era mi amiguita, mi *flirt*, la dueña de mis versos mediocres y de mis pasillos ecuatorianos. Todo este romanticismo infantil fué lo que sirvió de pretexto a la intriga que habría de costarme el empleo de fichero en "San José", y por causa de la cual me hallaba desilusionado y con mucho tedio en la polvosa ciudad de Antofagasta.

González y sus expertos!

Mi apreciado compatriota, el Mayor Manuel González Yllescas, se había separado de sus socios y amigos, los jóvenes limeños con quienes arreglaba libros de contabilidad, despachos de aduana, liquidaciones de cuentas y colocación de frutos del sur (carnes de Punta Arenas, papas, orejones, pasto, etc.). Mejor averiguado el asunto, eran los amigos de Lima quienes habían roto con González, porque este hábil, pero incorregible compatriota, había dilapidado en el verde tapete todas las utilidades del negocio, comprometiendo además a cada uno de los socios con los embarcadores del sur! No hallé, pues, la colocación que yo había columbrado como fácil y halagüeña, y hube de gestionarme una, de escribiente planillero, en la firma inglesa W. G. Paton & C^o.

Ganaba la miseria de quinientos pesos, ya descendidos casi a seis peniques, y de esta suma tenía que pagar a la Pensión Valenciana de la Plaza del Brasil la cantidad de trescientos cincuenta, no quedándome materialmente nada para ropa, ni mucho menos para la vida nocturna de Antofagasta, ni para penetrar, de vez en cuando, al célebre salón de "la Maggi", donde

treinta beldades argentinas y bolivianas constituían, por aquel tiempo, el mayor atractivo de la ciudad de la potasa...

Nadie sabe el bien que tiene sino cuando lo pierde, reza el proverbio castizo, y tal me sucedió en Antofagasta, donde empecé a extrañar la oficina de "San José", y con ella al dipsómano alemán von Schmelling, al meloso tacneño Cortés, a Felipe Núñez, el rotito calesero; y, sobre todo, a la cautivante Alicia Seymour, por cuyos remotos e imposibles encantos me veía ahora reducido a llenar bloques de planillas, bajo la dirección de Mr. Loutty, un inglés más flemático y frío que el polo norte...

Afortunadamente para alivio de mis necesidades y de mi aburrimiento, pasó por Antofagasta, con rumbo al Ecuador, don Alfredo López Wilson, caballero chileno muy amigo de mi padre, vastamente relacionado en Guayaquil por su matrimonio con la distinguida señora Ugarte, hermana del coronel alfarista Wenceslao Ugarte, natural de Machala (Provincia de El Oro) y, por cierto, amigo el señor López Wilson del General Alfaro.

Al distinguido viajero chileno le abrí mi pecho, como quien abre generosamente una piltilla.

—A Iquique no podré regresar, debido al disgusto que, injustificadamente, tiene el señor Soubllette conmigo, por mi brusco abandono de la mina "San José"; aquí, en Antofagasta, estoy aburridísimo, trabajando mucho para comer muy mal y dormir escasamente, en la Pensión Valenciana, con su formidable garito de la planta baja, y con la bulliciosa vecindad de varias casas de "remolienda"... Lo que yo deseo es que se me permita volver a mi tierra, pues el amigo, Ramón Vallarino, me dijo hace tres meses que el General Alfaro estaba dispuesto a decretar la amnistía, en homenaje al primer centenario de nuestra Independencia.

—Te prometo hablar con tu padre en Guayaquil y, según lo que Miceno me diga, veré si es posible hablarle al General Alfaro y pedirle te conceda regresar. No olvides que soy extranjero y que ustedes, muchachos revoltosos, pretendieron "amarrarlo" en su propio Palacio. Si algo se consigue, te lo avisaré por cable, para que te embarques en seguida; pues ciertamente, con lo que cobras en ciudad tan dura y tan cara como ésta, apenas si tendrás para los porotos y una cobija muy "ñecla"!

Más tarde, cuando entre el amarillo anaranjado del crepúsculo, el vapor "Quillota" puso

proa al norte, sentí como un baño sedante de esperanza y optimismo, como una seguridad de futuro regreso a los patrios lares, a mi querida y hermosa ciudad de Guayaquil, que tiende sobre el Océano Pacífico sus dos brazos cristalinos del caudaloso Guayas y del glauco Estero Salado. Sentía que acababa de experimentar mi alma la trasfusión de una fe nueva que me hacía creer, con firmeza, en la revelación del amigo Vallarino y en el cercano éxito del noble camarada de mi padre, don Alfredo López Wilson.

Al dejar el muelle, sin desearlo, pero sin rechazarlo tampoco, me reuní con los "ex-socios" de mi compatriota González, a quienes hallé menos taciturnos que de costumbre.

—Sabes—me dijo Genaro Silva Rodríguez— recibí dinero de Lima. Mac Mahon y yo embarcamos pronto para Valparaíso, donde hay vida. Esto es insoportable; esto de las salitre-ras y de su cacareada riqueza es un *bluff*. Aquí sólo prosperan los "gallos" grandes; a los demás se nos explota de la manera más inicua. ¿A que tú no sabes cuánto ganaba el inglesito que hacía, donde Paton, el trabajo que ahora haces tú?... Pues mil doscientos del ala. De

allá, si vemos algo conveniente, te escribiremos llamándote.

—Gracias, y buen viaje. Yo también espero embarcarme dentro de poco, tal vez, a comienzos de julio. Me vuelvo a mi tierra, positivamente “la mejor del Mundo Nuevo”, según reza en los versos del Padre Aguirre y según lo comprueba todo el que viva en ella.

Al escaso correr de un mes recibí el ansiado cablegrama que, firmado por mi padre, sólo decía estas palabras: “Decretada amnistía puedes regresar”.

Contento y poseído estúpidamente por cierto ademán agresor, dije a Mr. Loutty, el jefe de la casa W. G. Paton, que dentro de una semana abandonaría el trabajo porque me embarcaría de regreso a mi país. Bien recuerdo la inesperada sorpresa, que habría de servirme de lección para toda la vida. El inglés Mr. Loutty se quitó en el acto la pipa que fumaba, me tendió la mano derecha y me dijo: *All right, I congratulate you, Mr. Escala.* Después de una breve pausa me dijo: como el viaje implica para usted un gasto extra, la casa tiene mucho gusto en ayudarlo y le acuerda un sobresueldo *and many thanks for your services!*

No supe qué contestar, ni cómo agradecer tanta generosidad. Pensé, pensé en mi tierra, pensé en el enorme libro de la vida, en sus mil sorpresas y en el gran servicio que nos había prestado el General Alfaro, dándonos la oportunidad de conocer un poco de mundo y un montón de cosas, más bien buenas que malas.

Guayaquil

El 25 de julio tomé pasaje en el magnífico vapor "Aysén", con rumbo a mi querida tierra ecuatoriana. Regresaba al cabo de dos años; regresaba de los balcones del mundo, donde había estado viendo diversidad de gentes y de cosas, con muchos días de vida alegre y despreocupada, y con muchos otros de vida amarga, triste, sin fortuna, sin ilusiones...

Mi hermano Cristóbal, a quien se dió también aviso de la amnistía, contestó a la familia manifestándole que "no tenía deseos de regresar", pues que se hallaba muy bien en las pañapas de Tarapacá, entregado a sus labores oficinescas y a su deporte favorito: el caballo.

En Lima, donde estuve las breves horas que me permitía el vapor, encontré a varios compatriotas, eternamente descontentos y descon-

fiados. No creas—me decían—en la sinceridad del Gobierno. En cuanto pasen los festejos del centenario los amnistiados volverán a ser encarcelados... Nosotros, para evitarnos nuevos vejámenes y nuevo viaje, seguiremos bebiendo las aguas del Rímac!

Cuando entramos al golfo, dejando a la izquierda la isla del Amortajado y el rojo atisbo de su fanal, decidí quedarme en cubierta para ver surgir, entre las sombras de la madrugada, el faro de Punta Arenas y luego, toda verde de galanuras y toda perfumada de chirimoyos, a la hermosa isla de Puná, atalaya de mi adorada Guayaquil.

El mar, tibio y fosforescente del golfo; el viento, más bien caricioso que arrogante y marinero; el millón de estrellas verticales y encendidas (cocuyos del jardín ecuatorial); las ondulaciones venusinas del agua y su leve perfume de algas maceradas, me dieron la bienvenida y gritaron a mi corazón, con voz de alegría familiar: “ya estás de regreso en tu tierra, la mejor del mundo nuevo”.

Fondeado en espera del “práctico puneño”, me entregué a detallar el caserío de Puná, en cuya playa había pasado tantas horas felices y despreocupadas. Aquel mirador correspondía

a la casa de don Jacinto Caamaño; aquel bosquecillo de chirimoyos era el del Faro; la vasta sierpe amarilla, sombreada de copudas ceibas, era el camino para Punta-Española, cuyos cocos morados contenían tanta agua fresca y sabrosa que bien alcanzaba cada uno para dos personas sitibundas. La casa blanca, de amplio corredor, era la de Augusto Barreiro, donde tantas veces habíamos bailado cuadrillas francesas, a los acordes de un pianito de manubrio! Y el playón, aquel magnífico playón que se tendía rumbo a la hacienda "El Limbo" y hasta donde llegábamos para poder conversar con los pasajeros que, en aquellos días de la peste bubónica, hacían cuarentena en una enorme lancha rectangular. Bien recordaba ahora que ahí fué donde conocí a la rubia María Teresa, a su regreso de Lima. Acababa de salir del "Sacre Coeur", y la traían de la capital peruana su madre y su hermano Jorge, a quien llamaba yo, con juvenil desfachatez, "mi cuñado".

Al virar con rumbo a Motorrillos, en demanda de la "canal grande", sentí también que el corazón se me viraba de entusiasmo. Ya no me preocupé más de mis cosas ni de persona alguna. Quería estar arriba, en el puente, junto al cholo puneño que con experta mano ma-

nejaba la rueda del timón para conducir al "Aysen" por la ruta más honda y más secreta de nuestro gran Río Guayas. De lado y lado los altos manglares, apretados y espesos, nos saludaban con el verdor lustroso de sus copas y con las parrillas ocres de sus largas raíces, donde grandes cangrejos de ojos como guairuros y de gruesa mano gorda, nos daban la cordial bienvenida.

Las aguas del gran río, amarillentas o grises, arrastraban hacia el flanco glauco del mar cien despojos de la selva, curiosas disgregaciones del rico organismo tropical. Grandes y pesados troncos, sobre los que agitaban sus alitas policromas las vivaces gallaretas; calabázos blancos o amarillos como flotantes globos de goma, guirnaldas de lechuga de "agua", restos de canoas, cadáveres de caimanes victimados por los deportistas del fusil, pedazos enteros de barranco, tajados por la dentadura fuerte y cristalina del río.

Balandras mangleras, balsas de leñateros, canoas de pescadores, película desenvuelta de la bella vida huancavilca se proyectaba sobre el estaño raudo de mi gran río. Toda, toda la orgullosa porción huancavilca que vive en mi sér de guayaquileño, surgía entre melancólica

y audaz, tendiendo sus hilos de simpatía hacia el cholito piloto de la balandra que, entre dormido y despierto guía, con los dedos del pie, el timón de su nao y con sus brazos delgados y nervudos, el cordaje de sus lonas; con el montuvio canoero, alegre y optimista hijo de las cabeceiras, gran señor con el machete y la guitarra, azote en la maraña del jaguar, azote en las aguas del cocodrilo, azote de la cascabel y de la chinita bronceada y lampiña, que baña sus encantos en las márgenes de mi gran río; con el zambo fletero, valiente y audaz, nieto de aquellos cimarrones que siguieron a sus amos, nadando lanza en boca, a tomarse por asalto las naves del Comodoro Brown (1816) y a hostigar en la alta noche, entre gritos y zambullos, las naves del peruano Botarín (1829).

Doblamos Punta de Piedra, divisamos el Cerrito y de pronto, tendida en las faldas del Santa Ana, descubrimos a la bella y brava ciudad del 9 de Octubre y del 6 de Marzo. Ahí estaba, sugerente e intacta, la blanca herradura de su Malecón; ahí, la torre del Público; las de Catedral, San Francisco, la Merced, la Victoria; el observatorio de mi colegio "Vicente Rocafuerte" y el gran mástil de la Capitania, exornado de señales y banderas.

Ah, qué placer, qué orgullo de sentirme huancavilca, indio neto del Guayas, señor de su gran Río, enemigo contumaz de invasores, fuesen Huayna-Capac, Atahualpa, Pizarro, el argentino Brown, San Martín, el gran Libertador, el inglés Guise; fuesen quienes fueran; ah, qué orgullo saber que nuestros herimanos, los atalayas de la Puná, habían sabido quemar vivo al Obispo Valverde, asesino del grande Inca Quitteño!

Mientras de una gasolinera me llamaban y saludaban queridos miembros de mi familia, yo recorría con la vista de un experto "paviola", los sitios conocidos y hermosos de mi gran río: al frente, los mangales de la hacienda "Luque"; más arriba, el palmar de Aragóné; al sur, los potreros de "El Guasmo", los algarrobales de la "Josefina", vasto campo de nuestras cacerías de gordas torcazas; por allá, los canales de "Santay", viajados mil veces, en bote, con los amigos Wright, descendientes del vencedor de Malpelo; con los Pareja, descendientes de quien disparó el mortal cañonazo contra el Almirante Guise; con los Gómez Gault, descendientes de un prócer del 2 de Mayo...

Bajé presuroso a la lancha, caí en brazos de mis hermanos mayores, y a éstos y a los ami-

V I C T O R H . E S C A L A

gos que habian venido a recibirme, les dije, con el dogmatismo de un Simbad el marino: os aseguro que a lo largo del Pacífico no hay mejor tierra que ésta, bañada por el Guayas!...

MEDARDO ANGEL SILVA

Cuando en Octubre del año 1911 me embarqué para Buenos Aires, con mi nombramiento honorario de corresponsal de "El Telégrafo" en la gran cosmópolis del sur, entre los amigos que me despedían se hallaba un jovencito mucho más muchacho que todos nosotros, casi un niño. Era Medardo Angel Silva, un elegido de los dioses, un delicado orfebre del ritmo y del vocablo.

Ya sobresalía como estudiante, libertado de rutinarias especulaciones, de ese memorialismo inútil que el antiguo profesorado juzgaba como genio o excelencia de los educandos. Silva, al igual de unos tantos que jamás figurábamos en las altas calificaciones ni en los churriguereños

“cuadros de honor”, del algebraico y absolutista doctor Gómez Rendón, leía en textos renovadores y aprendía en la Biblioteca Municipal lo que no podían enseñarle Profesores herrumbrosos, amarrados a la tradición por el cordón umbilical de unas gafas ahumadas y una tocsilla senecta...

—Te vas, me dijo Medardo Angel Silva, y quiera Dios que volvamos a vernos... Presiento que tu ausencia va a ser larga en esas tierras planas de la Argentina. Te harás ciudadano de ese país de libertad y de belleza. Escribe, mándame libros y buena música, sobre todo ésto, tan caro y difícil de obtenerse entre nosotros. Ya sabes, me interesan mucho los nuevos: Debussy, Stravinsky, Falla, Granados... Toma—añadió—y ve tú si me haces publicar esas estancias...

Unas horas más tarde, cuando el alfange luminoso del malecón de Guayaquil había entrado en su vaina de sombras y distancia, me interné en mi camarote, a acomodar los últimos recuerdos, en mi maleta de exilado voluntario. Desdoblé algunas cuartillas de mi amigo Silva, y me encontré con esta gema, anticipo de veinte años, a las innovaciones de Torres Bo-

P A L I Q U E S D E A Y E R

det, Sabat Ercasty, Pellicer, Vidales, Neruda y otros zapadores de la poesía contemporánea:

El día!...

Y una vez más el vocablo sonoro
hace rodar, sobre la faz sombría
de la noche, su lágrima de oro.

Fiat lux! Y la divina algarabía
que predice las horas bellas
trueno bajo la cúpula dorada
y apaga, con su soplo, las últimas estrellas...

Y todo es una claridad rosada
que anuncia el día...

El día!...

Y como este poema, en el legajo de cuartillas otros más, plenos de pulcritud, de noble elevación, de cierta audacia personal en sus combinaciones métricas. Poemas de juventud fresca, ricos de esa altanería elegante con que hace algunos años supimos darle la espalda a los cánones fríos y marmóreos del parnasianismo criollo, ayuno de emoción.

Primeramente en Santiago y luego en Buenos Aires, fui haciendo publicar las "estancias" de Medardo Angel Silva, espíritu tierno, honda-

mente atormentado entre la pulcritud y la originalidad de la estrofa, y la gracia alada de un arpegio. Con mayor precisión podría decirse, que el joven poeta guayaquileño fué un ahijado espiritual de Chopin y de Musset.

Han pasado los años! Qué remotas las tardes bonaerenses del viejo café bohemio llamado "Los Inmortales"; qué borrosas las noches del "Café Guaraní", con su rubia ronda de *cívicos*, y su negra y aromática danza de tazas paulistas. Ahora, ni cerveza ni café! Estamos en el Asia milenaria, en el Imperio del Sol Naciente, donde acuchillamos nostalgias con sorbos de té verde y vasos anglicanos de whisky and soda.

Periódicos de la tierra lejana, paquetes olorosos a cacao, a dulce de guayaba, a tabaco de Esmeraldas. Vistas de la patria con fragancias de ausencia... Rompo las fajas, se desgranán los periódicos y... aquí está uno que mira desde el suelo con sus líneas anchas y negras de tinta. En el centro una foto de Medardo Angel Silva, con sus típicos quevedos, abajo una cruccecita y una fecha! Leo: "el poeta, a seguidas de un disgusto con su novia, encerróse en su casa, y empezó a tocar en el piano a sus maestros favoritos, Debussy y Granados. No llamó

la atención el encierro porque solía hacerlo cuando se entregaba a la música; pero al cabo de una hora se sintió una detonación, y no se oyó más el piano. Alarmadísima la madre del poeta hizo forzar la puerta, y entonces sus ojos se encontraron con el cuerpo de su hijo, tendido en tierra. Un chorro de sangre le salía de la sien derecha. Cerca de su mano diestra estaba caído un revólver. Medardo Angel Silva, inspirado poeta, que ya era segura promesa de gloria literaria para el país, acababa de suicidarse, cuando aún no cumplía los 23 años de edad”.

En un apolonida, tan rico de perspectivas espirituales y de renovaciones que hoy son la bandera libre del arte, nadie podría barruntar un fin tan romántico, tan propicio a un soneto de Leopardi; pero con todo, Medardo Angel Silva fué un “elegido de los dioses”, un fervoroso enamorado del misterio, de lo desconocido, de la Muerte, a la que él llamó en sus famosas *estancias* “dulce Hermana Tornera”. El embrujamiento del piano, que lo aislaba por horas y por días de la actividad urbana, las devotas comuniones de su espíritu, que culminaban en poemas de factura depurada; pero marcados con el signo del propio dolor; la indiferencia o brutalidad del medio comercial, con

V I C T O R H . E S C A L A

su barahunda de grúas y sus malecones abarrotados de sacos *Havre option*, justifican hoy, verificada la tragedia de Silva, sus mensajes líricos a la muerte, como en aquellas estancias que dicen:

Oh, vida inútil, vida triste
que no sabemos en qué emplear!
Nos cansa todo lo que existe
por conocido y por vulgar.

Un palimpsesto es nuestra vida:
Dios en él borra, escribe y altera...
mas la última hoja es conocida:
una cruz y una calavera.

Señor, cual Goethe no te pido
la luz celeste con que asombras:
dáme la noche del olvido:
yo quiero sombras, sombras, sombras!

Dicen que a raíz del suicidio, registrados los papeles, se encontró escrita con lápiz, entre las páginas de la Sinfonía Apasionada de Beethoven, su composición "El Alma en los Labios", con cuyos versos la música ecuatoriana ha hecho una romanza muy popular. Yo me inclino a creer en la veracidad de esta referencia, porque las estrofas de este poema—casi póstu-

mo—si hondamente melancólicas, no revelan ese cuidado lírico, ese preciosismo, esa elevada depuración singular, que caracteriza a las poesías de Medardo Angel Silva.

Muerte muy temprana, pérdida ciertamente valiosa la del joven poeta guayaquileño, hermano por la aristocracia del espíritu de aquel gran señor del verso, del magnífico autor de los “Nocturnos”. Como el ilustre bogotano, Medardo Angel Silva, cultivaba sus excentricidades. En su cara de bellas y finas facciones dominaban sus grandes quevedos; en su cabeza, pequeña y redonda, se alborotaban—como en las de Lord Byron y Juan Montalvo—negras y enloquecidas sierpes capilares. Vestía caprichosamente, como el gran lírico y suicida bogotano; gustaba de los amuletos, de los perfumes exóticos y, sin ser estudiante de anatomía, guardaba respetuosamente en su alcoba una calavera y la cruz griega de dos fémures...

Al cumplirse un lustro de su suicidio, el destacado crítico ecuatoriano, Gonzalo Zaldumbide, recogió en París, en un pequeño tomo, algunas *estancias* de las muchas que escribiera Medardo Angel Silva. Pero, por referencias de la madre del poeta, se sabe que Silva, a pedido del ilustre escritor, Rufino Blanco-Fombona,

había arreglado muchos trabajos—la mayor parte inéditos—para la edición de un tomo que debió aparecer en Madrid, precedido de un estudio crítico del gran escritor venezolano. Hasta hoy, nada ha podido saberse de esos originales que, positivamente, Silva no alcanzó a enviar a Blanco-Fombona. Si algún día ellos aparecen, la fama literaria de Medardo Angel Silva alcanzará una altura insospechada; pues fué poeta de alto vuelo, de aristocracia espiritual, logrando adelantarse al movimiento de renovación que rige en nuestros días.

LA FIESTA DE LA LENGUA

Cuando se habla de la "Fiesta de la Raza", yo, en un curioso soliloquio espiritual, me digo: Fiesta de la Lengua! Pues, como lo apuntó genialmente Bolívar, la misma España, con su dominación mora de siete siglos, resultaba un arabesco de razas con apreciables residuos de sangre berebere y la variedad efectiva de dialectos.

Solamente desde el día de la toma de Granada, empresa que España acrece luego con el descubrimiento de las Américas; solamente a partir de estos sucesos, de verdadera unificación social, la lengua de Castilla impone sus dictados a casi toda la Península, empezando su gobierno en todas las relaciones del espíritu.

El predominio árabe y el regionalismo arraigado de los iberos no habían permitido—

a la Universidad fundada en Salamanca por don Alfonso el Sabio—una apreciable expansión de la recia fabla castellana; pero el exilio del moro y la unidad política determinada por la derrota de Boabdil y por el espíritu de aventura colectiva que despertara, en toda la Península, el descubrimiento de las Américas, dieron a la lengua de Castilla el cetro espiritual que todavía tiene.

Extremeños, vascos, andaluces y asturianos; todos aquellos aventureros que, asomados a las bordas de las carabelas “veían nuevas estrellas sobre las rutas de Cipango”, se contaban sus ansias y proyectos en lengua castellana, en el recio romance popular que, al simple correr de una centuria, habría de absorber las viejas lenguas quechua, maya y aymará, correspondientes a los núcleos más civilizados del Nuevo Mundo.

Es el idioma de Cervantes con el que rezamos cuando niños y nos ilustramos cuando hombres, el verdadero nexo entre España y sus veinte hijas de América. Festejemos, pues, con más veracidad, el día del idioma que el día de la Raza. ¿Acaso la tenemos perfectamente depurada?... Los grandes núcleos autóctonos, abatidos todavía por la pasada humillación de

tres siglos, por ahí se andan ocultos en las selvas y mirados con desdén por nosotros mismos, criollos presuntuosos que no somos Hurtados, sin ser de Mendoza, ni Guevaras sin ser Ladrones, ni simples Pérez, sin añadirles de Velasco, de Montalván o de Tudela! Ríos de ébano africano enturbiaron las aguas límpidas del Plata, del Orinoco y del Amazonas; y por más que durante tres siglos España entregase la carne indígena al reclamo genésico de sus tercios y sus segundones, gentes de otros reinos europeos lograron penetrar en las Colonias y formar familias que habrían de mantener sus características ancestrales. ¿Qué raza, ni qué ocho cuartos, amigos míos? Si al menos hubiese realizado el teutón Alfinger una *melting-pot* de carne rubia, como esas de la linchadora Yanqui-landia!...

Es la lengua la que nos une fuertemente; la lengua castellana que América ha sabido amar y embellecer con altos espíritus como Bolívar, Olmedo, Bello, Baralt, Montalvo, Martí, Cuervo, Rodó y Rubén Darío, la lengua de la Doctora de Avila contra la que nada pudo ni podrá la conjuración argentinista, iniciada y sostenida por el ilustre pensador Domingo Faustino Sarmiento, quien se sirvió del caste-

llano para combatir al idioma de Castilla. Poco antes el grande y valiente pensador Alberdi había exclamado erróneamente: "El castellano es una lengua que nuestra patria no necesita hablar", lo que dió pábulo al autor de "Facundo" para irse lejos e idear una ortografía grotesca: *gerra, instrucción, ambre, adquirir, bibir, ber, etc.*, por guerra, instrucción, hambre, adquirir, vivir, ver, etc., voces que el gran escritor Sarmiento se cuidó muy bien de emplear en sus obras literarias y en los mil documentos oficiales que él subscribiera como Presidente de la República Argentina.

¿Y qué decir de Juan Manuel Gutiérrez, celebrado autor de "La América Poética", escrita, naturalmente, en muy buen castellano? La Real Academia de la Lengua deseosa de elogiar a Gutiérrez, le envió un diploma de Miembro Correspondiente, que el escritor argentino—remoto campeón del *lunfardismo*—rechazó con destemplanzas para España y su nobilísimo idioma.

Por fortuna hoy rige, en la gran República del Plata, una sana reacción espiritual, de amor y cultivo de nuestro idioma. Prueba de ello es la pléyade de buenos escritores argentinos que, con el autor feliz de "La Gloria de Don Ramiro";

con el excelso cantor de "Los Crepúsculos del Jardín" (yo admiro a Lugones, el poeta; pero nó a Lugones el periodista del absolutismo!) y con Manuel Ugarte, campeón espiritual de Indo-América, se agrupan a las banderas de las inquietudes contemporáneas que piden prosa ágil, sin hojarasca y versos libres, sugerentes y personales, ayunos de dulzomanía...

La fiesta grandiosa de la vieja España y de las nuevas Españas la constituye nuestro nexó espiritual, determinado por la comunidad del idioma. En cualesquiera asamblea, banquete, tribuna popular en que se agrupen el páli-do criollo, el indio, el mestizo y el mulato; en cuálquiera reunión de esas, en que no pueda existir "unidad de raza", si las ideas de los congregados se exponen en la lengua de Lope y de Cervantes, habrá verdadera unidad de la Hispania Máxima, unidad impuesta por el imperativo ontológico del idioma.

Por lo que a mí respecta, la "Fiesta de la Lengua" prima por sobre la llamada "Fiesta de la Raza".

EL CALLAO HISTORICO

El autor de esta hermosa obra es un militar venezolano de larga y brillante carrera, muy apreciado por su rectitud, urbanidad e inteligencia. Su sencillez y el amor a su profesión le inclinan al estudio del pasado, por lo mismo que el guerrero venezolano recorrió—en épica marcha de triunfos—más llanuras y montañas que Alejandro y sus falanges macedónicas.

Con íntima satisfacción leí, pues, el libro del general López Contreras, en cuyas páginas se ve la pluma del soldado, del técnico que presta más interés a la concatenación de la lucha que al carácter episódico de la misma.

De la sinopsis que el autor dedica a las Fortificaciones españolas en América, se sigue

a un estudio esquemático de los ejércitos patriotas que con Bolívar al norte y con San Martín al sur, venían bregando por dar al traste con el dominio de España. Es en estos capítulos donde el general López Contreras se revela muy conocedor de la historia y apto para narrar las causas que determinaron la negativa de Rodil y el consiguiente y largo sitio del Callao.

Precisa recordar que la síntesis es cosa muy difícil en el género histórico. Por lo mismo que la veracidad se afirma a fuerza de documentos y de narraciones generalmente imprescindibles, la reducción del tema desfigura, muchas veces, los hechos que se anhela afirmar.

Desde que el General San Martín se retira del Perú, negado por jefes como Lord Cochrane, y por los generales argentinos Las Heras, Lavalle y Alvarado; desde que Torre Tagle, Riva Agüero y Berindoaga traicionan la causa de la libertad, culminando, el delito, en la doble traición de los sargentos Moyano y Olivo; desde que Bolívar abre sus maravillosa campaña de la sierra, puede decirse que comienza el duro y largo sitio del Callao. Vemos que a raíz del triunfo de Junín dispuso el Libertador que el coronel Luis Urdaneta amagase los bastiones del Callao, hasta poder formalizar debidamente el

sitio con las tropas colombianas que venían al Perú comandadas por el general Valero. El joven Urdaneta, prócer de Guayaquil que habría de pagar más tarde, en el cadalso santanderista de Panamá, su afecto por Bolívar, excedióse en sus poderes y presentó batalla en La Laguna, donde la guarnición del Callao le infligió, el 3 de noviembre de 1824, una amarga derrota. Este desgraciado suceso dió al Genio de América la clave de la resistencia futura, y puede decirse que desde ese día trazó sus planes para el formal asedio del Callao, operación que le precisaba confiar a tropas colombianas, aguerridas en los sitios de Cartagena y Puerto Cabello, a tropas incapaces de tolerar en su seno traidores como los sargentos Moyano y Olivo.

Ganada la batalla de Ayacucho, "cumbre de la gloria americana", la entrega de las Fortalezas del Callao quedó estipulada en la Capitulación que firmó el Virrey del Perú, don José de Laserna. Pero aquí viene lo bueno, porque aquí es donde se cumple la previsión de Bolívar. El general José Ramón Rodil, Gobernador del Callao y Jefe de las Fortalezas, declaró, con arrogancia propia del Cid Campeador, que él no *capitulaba* porque no era de

los derrotados en Ayacucho! Rodil se veía fuerte, con municiones y víveres para más de un año; con una regular escuadra española capitaneada por los poderosos navíos "Asia" y "Aquiles"; en contacto con los españoles, amos del sur de Chile; dueño de la plaza más fuerte del Pacífico, situada en país eminentemente realista, y muy seguro de que el brigadier Baldomero Espartero llegaría al Perú, en pocos meses, con una expedición de 10.000 hombres.

Bolívar, el vidente de Jamaica, columbró todas estas expectativas del general Rodil; calculó sitio sangriento para más de un año, y en el acto hizo venir al Perú al Jefe del Departamento de Guayaquil, al austero y valiente venezolano general Bartolomé Salom, a quien confió el asedio de las Fortalezas del Callao.

Bartolomé Salom, hijo insigne de Puerto Cabello, es uno de los más grandes soldados de la libertad americana. El forma, con Sucre y Rafael Urdaneta, el triángulo de virtudes sobre el que se alza, para admiración de los siglos, el acervo histórico de Simón Bolívar. Valiente, virtuoso, modesto, desprendido y leal, así vieron vivir, más tarde, las desatadas ambiciones, al Benemérito General Bartolomé Salom, vencedor del Callao. Sólo le tentó la libertad

de su patria y sólo ambicionó la independencia de América. En su vida no escuchó a otras sirenas que a las dianas de la gloria.

Quisiera salirme de esta nota bibliográfica y describir, con cariño y admiración, la estructura moral de este gran venezolano, que en mala hora salió del Ecuador, donde con Sucre y Pedro Gual, pudo tal vez imprimir noble rumbo de virtudes a una tierra que él supo amar con sinceridad.

En "El Callao Histórico" de mi culto amigo, el general López Contreras, está narrado con precisión el largo sitio del puerto peruano, en cuyas diarias incidencias sobresalen el talento y la tenacidad del general Salom. Abunda el asedio en combates singulares, donde leones como Lucas Carvajal y José Camacaro son Patroclos bajo los muros de la Troya americana. En el mes de agosto de 1825 el general Salom celebra, bajo el fuego de las Fortalezas, los aniversarios de las victorias de Boyacá y Junín. Al saberlo, Bolívar le escribe estas hermosas palabras: "Dichoso usted que presidió ese festín digno de los campos troyanos".

Aunque el valiente Rodil había tomado sus medidas para prolongar todo lo posible la resistencia, llegó el momento en que los sitiados



tuvieron que comer perros, gatos, ratones y cuanta sabandija caía por sus manos. El escorbuto azotaba los bastiones del Real Felipe y víctima de este mal habían muerto el Marqués de Torre Tagle y muchos otros peruanos realistas. Al enterarse el general Salom de las penurias de los sitiados, escribió a Rodil manifestándole que por humanidad se rendiera a las tropas libertadoras. Rodil contestó más bien con grosería que con arrogancia, por lo que Salom escribió a Bolívar pidiéndole plena autorización para castigar al jefe español, así que las Fortalezas cayesen en manos de los sitiadores. Este incidente sirvió de ocasión para revelar, una vez más, el alma grande y noble del Libertador, quien en contestando a Salom le dijo lo siguiente, digno de grabarse en bronce: "El heroísmo no merece castigo, y al vencedor le sienta muy bien la generosidad".

La resistencia hispánica hubo de doblegarse ante la tenacidad de Bartolomé Salom. Nada pudieron, contra este gran soldado, ni la diaria lucha, ni la perpetua vigilia, ni los mil disgustos que culminaron en el desafío a que quiso arrastrarle el general Figueredo. Salom entró a las Fortalezas del Callao el 23 de enero de 1826, concediendo a los valientes sitiados honores dignos de su larga resistencia.

He dicho que la obra del general López Contreras es la de un técnico. Abundan los planos que explican el desarrollo de las operaciones. La documentación es valiosa y bien ordenada; las citas, justas y oportunas; y plenos de hermosura heroica presenta los cuadros de las bajas, que corresponden casi todas a los hijos de Venezuela, Colombia y Ecuador, verdaderos libertadores de la bella Nación Peruana.

UN CENTENARIO GLORIOSO

La nefanda lucha que hace un siglo culminó en la grandiosa victoria de Tarqui, estuvo preparada, en Lima, desde el comienzo del año 1827, a raíz de haberse elaborado el sublevamiento de la Tercera División Auxiliar de Colombia, cuya vergonzosa deslealtad quiso impedir la insigne quiteña doña Manuelita Sáenz, a quien la historia bautizaría, después del atentado atroz de Bogotá, con el nombre de la Libertadora del Libertador!

Los generales Agustín Gamarra y Andrés Santa Cruz, animados de un maquiavelismo que más tarde les haría completamente infelices, lograron corromper, con halagadoras promesas de dinero y de inmediatos ascensos al Coman-

dante colombiano don José Bustamante, quien en enero de 1827, se puso en Lima a la cabeza de las tropas sublevadas. Simultáneamente operaban en Guayaquil, secundando los planes anexionistas del Perú, el Mariscal don José de la Mar, el general Jesús M. Barreto y el coronel Juan Francisco Elizalde, de tal suerte que, cuando la Tercera División Auxiliar de Colombia desembarcó en las costas de Manabí, les fué imposible al benemérito general don Manuel Valdez, jefe militar de Guayaquil, y al coronel don Tomás Cipriano de Mosquera, intendente de la misma plaza, impedir el motín que estalló el día 16 de abril de 1827 en el puerto ecuatoriano y gracias a cuyo cuartelazo se puso frente al gobierno de tan importante como codiciado territorio el Mariscal La Mar, futuro jefe de la poderosa invasión que vendría el siguiente año en busca de castigo y de una aplastante derrota...

* * *

El general Juan José Flores, a la sazón jefe del Departamento del Ecuador, reuniendo escasas fuerzas contuvo a los colombianos sublevados e hizo prisionero, en Cuenca, al traidor José Bustamante, quien declaró bajo juramento ante el Fiscal, señor de la Guerra, y el Se-

cretario del Juzgado, señor Ortega: *que sublevó las tropas debido a que el interés del Gobierno del Perú estaba por la salida de la División, agregando el traidor Bustamante que era efectivo que días antes de partir se le indicó que dando ese paso a favor del Perú, podía recibir en retribución la suma de 50.000 pesos, y que para esto no debía hacer más que no oponerse a la anexión de Guayaquil a la República Peruana.*

La valiosa oferta de dinero, hecha en Lima al infeliz Bustamante, estaba respaldada por varios ascensos en blanco, debidamente firmados por Gamarra y Santa Cruz. Estos documentos fueron ocupados por el capitán Bravo, que tuvo el honor de aprisionar al comandante José Bustamante.

* * *

La segunda parte de esta ingratísima agresión ocupa un radio mucho más amplio, pues comprendía también a Bolivia, donde su Presidente, el Mariscal Sucre, al tener conocimiento de los poderosos planes invasores, logró postergarlos con sólo estas palabras: *No temo las amenazas de una guerra por parte del Perú, debido a que mis contendores serán para mí baraja marcada.* Al correr de dos lustros, los hi-

jos de Bolivia comprobarían la verdad de esta sentencia, desbaratando a Gamarra en Ingavi y cobrándole, en el banquillo de la muerte, las injurias que este hombre nefasto irrogara a las señoritas Ballivián.

Por el norte, donde la indebida retención de las provincias colombianas de Jaén y Mainas y la misión mendaz confiada a don José Villa, habían exasperado ya los ánimos, el plan se ejecutó con mayor precisión y con redoblados elementos, como paso a demostrarlo en forma muy sucinta. No bien hubo salido de Bogotá el ingrato Ministro Villa, cuando la poderosa corbeta peruana "Libertad", armada de 22 cañones de 24, empezó, en los primeros días de agosto de 1828, un activísimo bloqueo contra Guayaquil. Como pasaran los días y no se recibiese comunicación alguna que explicara tan insólita agresión, el intendente de Guayaquil, general Juan Illingworth armó y despachó a las goletas "Guayaquileña" y "Pichincha", con la orden de romper el bloqueo y restablecer el tráfico marítimo. El 28 de setiembre las dos goletas colombianas al mando del general Tomás C. Wright, encontraron en Punta de Malpelo a la poderosa nave enemiga, a la que batieron con todo arrojo, librándose la goleta peruana

del abordaje, debido a una errónea maniobra de la "Pichincha", gracias a la cual la nave enemiga tuvo tiempo de cortar las amarras y aumentar sus lonas para la fuga...

Según el parte de esta arrojada acción naval, firmado el 1º de setiembre de 1828, en Punta de Centinela, por el general Wright, "la tripulación de la corbeta peruana fué de tal modo destrozada que a fines del combate se hallaba su cubierta abandonada, desde el palo mayor hasta la popa y, debido a un principio de incendio en "La Guayaquileña" y a que su escasa tripulación tenía 60 bajas, entre muertos y heridos, no pude—agrega el austero Wright—ultimar el inmediato abordaje, lo que fué aprovechado por la corbeta enemiga "La Libertad", para cortar las espías que ya le habíamos amarrado".

Es cosa indudable que si la pequeña goleta "Pichincha" hubiese obedecido estrictamente las órdenes de Wright, este glorioso combate naval se habría terminado, por la parte ecuatoriana, con la posesión de la poderosa corbeta peruana "La Libertad".

* * *

Naturalmente, golpe tan certero como el de Punta Malpelo, no pudo menos que irritar

a los anexionistas de Lima, quienes despacharon una poderosa escuadra con la orden de bombardear a la cuasi indefensa ciudad de Guayaquil. Esta flota, compuesta de seis navíos, bien artillados, fué confiada al audaz marino inglés Martín Jorge Guise, enemigo acérrimo del Libertador, enemigo declarado de Guayaquil y enemigo personal del Intendente Illingworth, desde el memorable sitio y toma del Callao (1826).

El 22 de noviembre de 1828 la escuadra enemiga logró cortar la cadena o barra de entrada, y acallando luego a la débil batería de "Las Cruces", el Almirante Guise colocó a las recias naves "Macedonia", "Libertad", "Prueba" y "Protector", frente a la ciudad, contra la que derramó nutrida metralla. El coronel Sandes, con el batallón Caracas, secundado por gente del pueblo, resistió estoicamente el mortífero ataque, que fué renovado el día 23 con mayor saña, pues logró incendiar algunas casas. El día 24 prosiguió el terrible bombardeo; pero en ese día, de gloria inmarcesible para el Ecuador, se había montado una buena pieza en el cruce de las actuales calles 10 de Agosto y Malecón; y en el álgido momento en que Guise se solazaba viendo caer a los soldados del coronel O'Leary, el

comandante Juan Ignacio Pareja disparó la pieza doblemente cargada, haciendo blanco en la nave, llevándose a la eternidad la cabeza de Martín Jorge Guise y haciendo destrozos en algunos de sus oficiales. Media hora más tarde marchaban, río abajo, con bandera a media asta, las seis naves enemigas...

Rechazada heroicamente la escuadra del sur, y ya forzado el Ecuador a una guerra, inesperada, con su vecino, el Perú, la guarnición de Guayaquil se redujo al mínimo para realizar la concentración de fuerzas en el Azuay. Dos compañías del "Ayacucho" y un batallón en Daule, eran los únicos sostenes con que contaba Illingworth, a quien unas semanas más tarde intimó rendición el Almirante José Botarín, sucesor del difunto Guise... El general Illingworth no hizo caso a las amenazas de Botarín; pero cuando se preparaba para repetir otro heroico rechazo, fué asesinado el comandante Dávalos, jefe del batallón acantonado en Daule, donde el soborno del partido peruano había logrado éxito, dejando a Illingworth sin retaguardia. Al día siguiente del cuartelazo en Daule se presentó frente a Guayaquil la escuadra enemiga; y entonces, para salvar a la ciudad de una segura destrucción, Illingworth firmó el 19 de enero de

1829 un Convenio con el Almirante Botarín, estipulándose que, *si hasta diez días no se tuviese noticias de una batalla decisiva que estaba al darse entre los ejércitos que obraban en tierra (el Azuay), las tropas y las autoridades colombianas, desocuparían la ciudad; pero, a condición de que ni las lanchas, cañones y pertrechos de guerra pudiesen ser empleados contra Colombia.*

Como la batalla de Tarqui sólo vino a darse el 27 de febrero, es decir, después de un mes de lo estipulado entre Illingworth y Botarín, la poderosa escuadra peruana se adueñó de Guayaquil, sin haber disparado un tiro de cañón!

* * *

Otro preliminar importantísimo de esta guerra fratricida fué la traición realizada en el Cauca, en favor del anexionismo peruano! José María Obando, que entraría más tarde a la eternidad por su ignominia de Berruecos, se alzó en armas en unión de su compinche José Hilario López. El 12 de diciembre de 1828, Obando se adueñó de Popayán, ocupó en seguida Pasto; y amo ya de esa valiosa llave de comunicación, que obstruía todo auxilio para los valientes que se enfrentaban en Guayaquil y Azuay contra

las fuerzas invasoras, el traidor Obando dirigió cartas a otro de su calaña, el comandante Vicente Micolta, a quien decía la futura hiena de la selva pastusa: *yá puedo evitar que Flores tenga retirada, al tiempo que apoyo las operaciones del ejército del Perú, al que contemplo ya muy cerca de Quito.* Esto lo escribía a mediados de noviembre; pero sintiéndose más tarde dueño absoluto del Cauca, el 14 de diciembre de 1828 dirige desde Pasto al invasor La Mar una larga carta en la que entre cien serviles profecías, augura este fácil resultado: *Actualmente puede marchar su ejército hacia la capital (Bogotá!!!) sin encontrar más obstáculo que el miserable ejército que tiene usted al frente, mandado por el insignificante Flores. La guarnición de Bogotá apenas si alcanza para custodiar la persona de Bolívar.*

Con esta serie de preliminares favorables, iniciada por el traidor José Bustamante en Lima y afianzada en el nudo de Pasto por José María Obando, no es de extrañarse que el Mariscal La Mar, Presidente del Perú y jefe de las fuerzas invasoras, en su proclama del 30 de agosto de 1828 dijera, con enfática seguridad, al pueblo de Lima: *Soldados!, corramos a un triunfo fácil y glorioso, en tanto que más al sur,*

otro ex-Presidente peruano, don José de la Riva Agüero, habría de replicar en otra proclama, fechada en Santiago de Chile el 12 de setiembre de 1828: *Peruanos!, os habéis empeñado en una lucha nefanda contra una nación belicosa (quería decir valerosa). La guerra que hacéis a Colombia es impolítica y os cubrirá de ignominia.*

* * *

De nada sirvieron, al gobierno invasor, los sucesos navales de Guayaquil, ni la generosa gestión que, desde a bordo de la fragata "Porcospín", ofreció al Presidente La Mar el Gran Mariscal de Ayacucho, pues su nota de conciliación fué contestada al día siguiente, con alusiones al honor vulnerado (combate de Malpelo, rechazo y muerte del Almirante Guise), por el Ministro de Estado, don José María Galdeano.

La guerra hubo de ser inevitable. Al Ecuador no le quedaba más recurso que aceptarla con sus escasos medios, agotado como había quedado el país por causa de la campaña libertadora del Perú. Minada gran parte de la nación por las fuerzas que José Bustamante había sublevado en Lima y por la insidia de los anexionistas que operaban secretamente en

Guayaquil; aislado el país del resto de la República por falta de escuadra propia y, sobre todo, por la vil traición del popayanés, general José María Obando, la lucha era completamente desigual; pero por lo mismo sumamente atractiva y gloriosa!

Mientras Sucre se empeñaba en evitar el choque por medio de una transacción fraterna, mientras proseguían las conferencias, que de por sí involucraban una especie de tregua, avanzaron el 10 de febrero 400 soldados enemigos por la vía de Yunquilla y entraron a la desgarrada ciudad de Cuenca, donde los enfermos del hospital militar, comandados por el coronel González, los recibieron a balazos. Se supo, por un enemigo, extraviado de ruta, que en Saraguro habían 1.300 soldados, cuidadores de valiosa impedimenta. Fué entonces que el general Luis de Urdaneta, con veinte lanceros del "Yaguachi", resolvió atacar por sorpresa el campamento de Saraguro; y a la una de la madrugada del 12 de febrero cayeron sobre las fuerzas peruanas, provocando el pánico y poniéndolas en fuga...

Se causaron algunas bajas a las fuerzas invasoras y, según consta del parte firmado por Urdaneta, se quemaron 70 cajas de municiones,

los almacenes de víveres y las tiendas de campaña; se cogieron 200 mulas, número de bestias que los lanceros del "Yaguachi" casi doblaron por efecto de su activa persecución. El Gran Mariscal de Ayacucho, al tener noticia de esta estupenda victoria, firmó un decreto de honores especiales para los veinte héroes del Yaguachi. (°)

El 27 de febrero de 1828 a las 5 de la mañana, dió comienzo a su última partida de insigne ajedrecista el inmortal estratega cumánés Antonio José de Sucre, gloria de todo el continente americano. Sólo le bastaron tres horas para desbaratar, en forma decisiva, a un ejército invasor que le doblaba en soldados y en todo género de recursos. Debido a la oscuridad, la acción se entabló entre nuestras mismas fuerzas, es decir, entre el batallón "Cedeño" y

(°) Los veinte ginetes del Yaguachi, que recibieron el sobrenombre de *Bravos*, en la orden general dada el 13 de febrero de 1829, por el jefe del Estado Mayor General, León de Febres Cordero, en el cuartel general de Oña eran: Sargentos primero, Pedro Peguarde y Manuel Alvarado; Sargentos segundo, Francisco Rueda, y Bonifacio Aguilar; Cabos primero, José Abarcas, Salvador Bravo, Benito Rincón, Gaspar Esparza, Simón Guerrero, Fernando Peñafiel y José Vinuesa; Cabos segundo, Luis Agudo y Juan Muñoz; Soldados, Manuel Montero, Lorenzo Flores, Venancio Estandoque, Pedro Vásquez, Domingo Velandia y Domingo Lima.

el aguerrido "Rifles"; pero generalizada la batalla, nadie pudo contener el empuje y ferocidad de los soldados de la Gran Colombia. Dos mil quinientos enemigos pagaron con la vida las pretensiones de los anexionistas, y gracias a la enorme clemencia de Sucre, no se dobló el número de bajas, porque según la gráfica expresión consignada en el parte del Mariscal, *no quiso abusar de la victoria.*

Tarqui es la más hábil batalla librada en tierras de América. El enemigo se atrincheró en el nudo del Portete, creyendo poder despedazar, fácilmente, al débil ejército de Sucre. Entre la niebla del amanecer y entre las breñas de tan difícil terreno, Sucre, peleando solamente con dos tercios de sus fuerzas, demostró al mundo que sus adversarios eran, para su talento, *baraja marcada.*

El día 28 de febrero, a las diez de la mañana, en el pueblecito de Girón, ganó otra gran victoria moral el virtuoso cumanés. Los generales Gamarra y Orbegoso, pálidos por la emoción, le piden imponga las condiciones de paz. El Mariscal, con la voz serena del hombre superior y sencillo les responde: *la justicia de Colombia es la misma antes que después de la victoria.*

En Girón se firmaron las diez y siete cláusulas del Convenio, estipulándose en la cláusula segunda que el Perú admitiría y respetaría los límites del antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Meses más tarde, esto es, el 22 de setiembre de 1829, se firmó el solemne Tratado de Guayaquil, entre el Plenipotenciario de la Gran Colombia, don Pedro Gual y el Plenipotenciario del Perú, don José Larrea y Loredo. Este Tratado mereció la unánime y jubilosa aprobación del Congreso peruano, que honró a su negociador, señor Larrea y Loredo, con el título de "Benemérito de la Patria en Grado Eminente". Para dar estricto cumplimiento al Solemne Tratado, se firmó en Lima, el 11 de agosto de 1830, el Protocolo de Ejecución Pedemonte-Mosquera, y desde entonces el Ecuador, heredero de la Real Audiencia de Quito y del Sur de la Gran Colombia, viene pidiendo el cumplimiento de dichos pactos, según los cuales deben restablecerse los límites antiguos del Virreinato de la Nueva Granada, cuyo desconocimiento motivó la guerra de 1828-29, terminada con la grandiosa victoria de Tarqui.

En los tiempos que alcanzamos el imperia-
lismo anda tan de capa caída, que es de espe-
rarse no hayan sido estériles los sacrificios de

Tarqui en pro de la concordia y justicia sud-americana. El Ecuador y el Perú son países hermanos, ligados por viejísimos vínculos históricos, y nada se opone a que se respeten mutuamente, dando cumplimiento al Solemne Tratado de Guayaquil de 1829, pacto en el que está comprometido el honor del Perú.

Y para terminar: gloria al virtuoso Sucre, gloria a su sabiduría matemática, gloria a su benevolencia para con el enemigo y gloria para los humildes soldados, casi todos hijos del Guayas y del Azuay, que arrancaron a la Fama sendos gajos de laurel.

SIEMPRE BERRUECOS!

Hoy, 4 de junio, se cumple un siglo de aquella horrorosa mañana, en que Colombia sirvió de escenario a un grande, inicuo crimen, cuyas ignominiosas huellas no han podido borrar tantos años de amarga expiación. En la selva de Berruecos, ubicada en la Provincia de Pasto, (República de Colombia), el plomo asesino se-gó la vida, rútila y virtuosa, del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

¿Cuáles fueron los móviles del crimen?

¿Quiénes instigaron el asesinato del noble Mariscal, del "Abel Americano", según la sen-tida exclamación del Libertador?

"El Demócrata", órgano de la facción san-tanderista, dijo editorialmente en su edición

del 1º de junio de 1830: "Quizás Obando hará con Sucre lo que nosotros no pudimos hacer con Bolívar".

Incuestionablemente los móviles de Berruecos fueron los mismos que habían afilado poco antes, en Bogotá, los puñales de Setiembre. Los culpables, eternamente malditos como Caín y Caifás, fueron los generales colombianos López y Obando; pero concentrándose en el segundo la verdadera ejecución del crimen, según se desprende de una montaña de pruebas y de libros, entre los que se destacan cinco ejemplares, suscritos por escritores de famosa nombradía: el polemista guatemalteco, José Antonio de Irisarri; el investigador chileno, Benjamín Vicuña Mackenna; el pedagogo e historiógrafo norte-americano, Guillermo A. Sherwell; el historiador mejicano, Carlos Pereyra; y el publicista colombiano, Juan B. Pérez y Soto.

Fueron López y Obando, instigados por los facciosos liberales de Bogotá, quienes hicieron ejecutar el atroz asesinato de Berruecos, el 4 de junio de 1830, a las 9 de la mañana, empleando como brazos verdugos a los siguientes chacales: José Erazo, Juan Gregorio Sarría, Juan Gregorio Rodríguez (colombianos); Apolinar

Morillo (venezolano); José Cuzco y Andrés Rodríguez (peruanos).

La justicia tarda, pero al fin llega!

El 28 de noviembre de 1842, Apolinar Morillo confesó detalladamente la tragedia de Berruecos, divulgando al verdadero ordenador, el general José María Obando, sobre quien ya pesaba notoria y contundente sospecha. Dijo Morillo los nombres y las nacionalidades de aquellos que le acompañaron en el crimen, informando que los dos peruanos y el colombiano José Gregorio Rodríguez, habían sido envenenados por mano del pastuso José Erazo, a quien entregara la orden de *ejecución*, escrita y firmada por Obando el 28 de mayo de 1830, en la aldea de Buesaco; advirtió que Erazo, torturado por las tenazas de la conciencia, había muerto también en las mazmorras de la "Boca-Chica", presidio de Chagres. Finalmente, inclinado sobre los Santos Evangelios, Apolinar Morillo ratificó todas sus propias confesiones, dichas a los doce años del crimen de Berruecos. Oh, fuerza decisiva del remordimiento!

Morillo, presa de honda crisis de la conciencia, exigió que fuesen a verle los sacerdotes Antonio Herrán y Antonio Margallo. Se arrojó ante ellos, y entre lágrimas, sollozos y

estertores de dolor, reiteró su revelación del crimen de Berruecos.

Las Facciones

Eran tiempos de fácil medro para los intrigantes de la política y, como en charca removida, habían subido a la superficie verdes espumarajos. . .

Recién entraban al ejercicio de una ignorada *democracia* los pueblos libertados por la espada de Bolívar. La grandeza y elevación de éste, como sol en el cenit, cegaba de envidia a los dirigentes de las facciones, cuyos gratuitos odios forzaban ya los diques de la Prudencia. Muchos de estos hombres—valientes soldados en la campaña de la Independencia—exigían las consagraciones de la gloria absoluta y el inacabable botín conque los romanos de la decadencia premiaban a sus Emperadores.

Bolívar, Sucre, Rafael Urdaneta, Bartolomé Salom, Carlos Soubllette, Mariano Montilla, Andrés y Diego Ibarra eran la valla moral que los detenía, eran “la panoplia de ilustres espadas, prontas para el castigo” . . .

¿Qué hacer? . . .

¿Cómo librarse del gran Libertador y de su noble y fiel Mariscal?...

En los arenales de esas conciencias el crimen levantó su triangulada testa, de sierpe. El atentado de Chuquisaca, abortado en abril de 1828, tuvo pronto eco en Bogotá, en setiembre del mismo año. Los puñales que esa noche no lograron trucidar el cuerpo de Bolívar, debido al temple de la quiteña Manuelita Sáenz, convirtiéronse—para junio de 1830—en las viles descargas de Berruecos...

Ni la ignorancia de los destinos históricos, ni la ciega ambición personalista que muy presto seccionaría a Colombia, la Grande, podrán jamás atenuar, siquiera en un ápice, el asesinato del nobilísimo Gran Mariscal de Ayacucho; como el rojo torbellino de la Revolución Francesa, los siglos de hambre y de dolor sufridos por el pueblo de París, nunca podrán excusar el cruel e inútil asesinato de la Princesa de Lamballe.

El Abel Americano.

Sucre, el más puro y modesto, el más hábil y valiente de los generales de Bolívar; Sucre, personificación misma de la verdad y la hon-

radez, como sufrido coronel de la Guayana y de la isla Margarita; Sucre, el joven general táctico que liberta, en Pichincha, al Ecuador; Sucre, el diplomático eximio, pleno de tacto y ecuanimidad en las difícilísimas negociaciones con Morillo, Guido, Riva Agüero, Gamarra, La Mar y Santiago Mariño; Sucre, el Jenofonte de la hábil retirada de Arequipa y el Alto Perú, ante quien se descubre lleno de asombro el viejo general argentino Alvarez de Arenales; Sucre, brazo y corazón en la muy grande y cabalheresca batalla de Ayacucho, que sella la libertad de Sud-América; Sucre, paradigma de sabiduría y desprendimiento en la Presidencia de Bolivia, reivindicador de Colombia en la muy desigual batalla de Tarqui, modelo de conciliación en las desatadas intrigas de los facciosos de Bogotá y Valencia; Sucre, siempre sencillo y honesto, siempre obediente y desinteresado, siempre recto y leal, merecía la adoración unánime del mundo civilizado, y no la muerte vil y traidora que, desde hace ya un siglo, llora la América, enrojecida de vergüenza!

Maldición, maldición eterna para los asesinos del nobilísimo Gran Mariscal.

El Dedo Acusador

Cuando llegó á Quito el fiel ordenanza guayaquileño, que sólo pudo escapar del crimen por haberse fingido cadáver, tras la primera descarga de Berruecos, era, en la heroica ciudad ecuatoriana, el jueves 10 de junio, e iban a celebrarse las festividades de Corpus.

Dolorida su alma de veterano de Pichincha, descompuesta la faz renegrida por tanta pólvora, tanto sol y tanto cierzo, el sargento Lorenzo Caicedo, ordenanza del Gran Mariscal, atravesó las luminosas calles quiteñas, tirando de una sogá la mula "Ninfa", en cuyo robusto cuello había endurecido un coágulo de sangre.

Lorenzo Caicedo, que asistió a la matanza del segundo "Huachi" y que se había encarado cien veces con la muerte, dijo llorando a doña Mariana Carcelén de Sucre, Marquesa de Solanda, esta desgarradora información:

—Unos bandidos de la Nueva Granada asesinaron, en Berruecos, a mi General; aquí traigo, herida en el pescuezo, a la mula que montaba; sobre la "Ninfa" vienen la montura, las botas y el sombrero de mi General; a mí no me mataron también porque caí como muerto tras la primera descarga... Así que se fueron los

bandidos recogí el cadáver de mi General... Dos balazos en la cabeza (su cabeza! que concibió la batalla de Ayacucho) y otro balazo en el corazón (su corazón! rosa de todos los perdones). Por el traqueteo de las descargas calculo que debieron ser varios los asesinos... Lo he enterrado, envuelto en su capa, debajo de un árbol que yo sólo sé, para traerlo aquí cuando usted, mi Señora Marquesa, me lo ordene...

Lorenzo Caicedo no pudo más!

Como el mensajero de Maratón había caminado sin reposo durante cinco días con sus noches, huyendo de todo el mundo para poder escapar del cubil de las hienas; había caminado por los páramos, precipicios y desiertos, esto es, por sitios no transitados, curando la herida de la mula "Ninfa", padeciendo heroicamente sed y hambre, como no las había sufrido cuando la cruenta derrota del segundo "Huachi", ni en las veloces marchas que precedieron a las victorias de Ayacucho y Tarqui; no se había alimentado ni había dormido al igual del soldado que avisó a la Grecia estupefacta la derrota de los invasores persas!

Lorenzo Caicedo es el relato palpitante del horrible crimen, es el documento humano, el testigo fehaciente, el *dedo acusador* que Dios

dejara sobre la tierra para estigmatizar eternamente a los preparadores y ejecutores del crimen de Berruecos. El ordenanza guayaquileño conduce hasta Quito la mula, las botas y el sombrero del Abel Americano; el fiel ordenanza le ha enterrado debajo de un árbol que solamente él y las dos ramas puestas en cruz, saben...

Desmayado a los pies de la viuda de Sucre, Lorenzo Caicedo es la conciencia americana, el dolor ecuatoriano y la piedad quiteña que ha de recoger más tarde, como cosa propia y hondamente amada, los sagrados huesos de Antonio José de Sucre, el primero entre los grandes hombres de América, el primero entre los generales de Bolívar, el primero por su talento, el primero por su corazón, el primero por su valor, su bondad, su modestia, su honradez y su martirio!

Dolor Cívico

La brutal noticia del crimen corrió en Quito con la velocidad del relámpago. A los pocos minutos el pueblo, que ocho años atrás había presenciado desde sus balcones la batalla liberadora de Pichincha, descolgaba de los mismos

balcones los brocados y tapices ofrecidos por la devoción a las ceremonias de Corpus.

Cestos de flores, listos para ser desparramados al paso de la procesión, empleáronse en tejer coronas y cubrir con ellas los portones de la *casa azul*, mansión solariega de los Marqueses de Solanda y, a la época del crimen, residencia en Quito del Gran Mariscal de Ayacucho.

Doña Mariana Carcelén y Larrea, viuda de Sucre, enciérrase con su huérfana hija, Teresita Sucre y Carcelén, en el más severo mutismo. Comprende la noble dama la poderosa organización del crimen y la vasta red de los asesinos.

Las facciones! . . . Las facciones tienden por todo el territorio granadino sus criminales tentáculos!

—Tú—dice la Marquesa de Solanda al ordenanza guayaquileño—cállala, cálla firmemente y a nadie digas palabra, ni a tu misma mujer. Cállala, cálla y espera el día en que te ordene me traigas aquí los restos de mi amado Antonio.

Lorenzo Caicedo agacha la cabeza, se arrodilla y jura no contar a nadie el lugar de Berruecos donde él ha enterrado al Gran Mariscal de Ayacucho. Sabe, por su patrona, la Señora

Marquesa, que los asesinos son muchos y que si no intentan acabar con Bolívar, es porque el Libertador ya está medio muerto, consumido por las campañas, las vigiliass, las calumnias, las ingraticudes y las cruentas asechanzas; sabe, por su patrona, la Señora Marquesa, que si los criminales desisten de ir a *ultimar* a Bolívar en su inerme vía crucis de Santa Marta, muy luego ultimarán—combinándose en Valencia y Bogotá—a su hija muy amada, la Gran República de Colombia!

La Justicia tarda, pero al fin llega

Hasta el año 1841 la viuda de Sucre guarda bien ocultos, en su hacienda "El Deán", los sagrados restos del Abel Americano. En ese año, junto con los huesitos de Teresita Sucre y Carcelén, los mortales despojos del insigne Mariscal son cristianamente sepultados en la iglesia del Carmen Bajo, ubicada en Quito.

Al año siguiente de esta luctuosa y muy privada ceremonia, un gran Consejo de Guerra, presidido en Bogotá por el general Ramón Espina, condena a muerte a uno de los asesinos, el coronel venezolano Apolinar Morillo, criminal convicto y confeso. Se le pasa por las armas

como a uno de los principales ejecutores de la muerte de Sucre, manifestando el mismo Consejo de Guerra que en la persona de Apolinar Morillo la justicia de América fusila también a los demás chacales, muertos los unos por el veneno del pastuso José Erazo, muertos los otros por las torturas del remordimiento.

Faltó valor moral al gran Consejo de Guerra para decretar también el fusilamiento de José María Obando, heredero de la espada del "hombre de leyes", general Francisco de Paula Santander. Pero, qué importa la debilidad humana, cuando Dios anda ya en busca del ex-Presidente Obando! Dios lo halla, Dios lo sigue y Dios lo estrecha en Cundinamarca, ajusticiándolo en la acción de la Cruz Verde (1860), donde sus mismos subalternos lo hacen picadillo a golpes de lanza. (°)

Al fin Justicia fué hecha!... pues antes, el general don Ramón Castilla, Presidente del

(°) Hé aquí cómo don Felipe Pérez, en los *Anales de la Revolución*, refiere la muerte de Obando: "El general Obando recibió once lanzazos, y después de muerto se le desnudó, enlazó y arrastró por el lodo, y hasta le cortaron los bigotes, canos con el invierno de setenta años, para mostrarlos luego como trofeo de cuerpo en cuerpo del ejército, y pasarlos de mano en mano entre los conservadores. También se acuchilló el rostro a la víctima, después de muerta".

Perú, se había negado a recibir, en el carácter de Ministro Plenipotenciario de Colombia al General José María Obando, señalado por la conciencia de América como cómplice y ordenador del asesinato del Mariscal Sucre.

El General Castilla, dignísimo compatriota del gran Choquehuanca, fué hombre de mediana cultura, pero de muy acertado discernimiento. Gustaba del chiste criollo, mas cuando quería hablar en serio, exclamaba, lleno de orgullo:

—Cara...coles! Mi gloria es haber peleado en Ayacucho bajo las órdenes de Sucre!

Al fin Justicia fué hecha! Pues si Obando sobrevivió seis lustros al horrendo crimen, tén-gase también en cuenta la feroz tortura que involucran treinta años de remordimientos; treinta años de esa diaria agonía, completada al fin por cien golpes de lanza y por una muerte despaciosa, que habría de confortar nada menos que el presbítero Antonio José de Sucre, sobrino del Gran Mariscal de Ayacucho y notablemente parecido al virtuoso Mártir de Berruecos!

*Ofrenda en Caracas, ante la Estatua de Sucre
4 de Junio de 1930*

“Gran Mariscal:

En nombre de la Nación Ecuatoriana, de la que fuistéis—por dos veces—insigne Libertador, os ofrezco esta sencilla corona de inmortales, en el día centenario de vuestro sacrificio.

Gran Mariscal: la luz de vuestras virtudes fué a cegar la luminosidad del sol ecuatoriano. Nada más puro, ni más radiante, ni más vertical que la línea recta de vuestra vida. Estrechos hoy, Venezuela y Ecuador, para contener la grandeza de vuestro nombre, éste llena—al siglo de vuestro asesinato—todo el Nuevo Mundo, en donde es inconmensurable el eco de vuestra fama!

Ya sois ecuatoriano, Gran Mariscal de Ayacucho. Os guardamos y os guardaremos por todo lo que dure nuestra vida de pueblo libre. Hoy, hace un siglo que fuimos a recogeros del charco ensangrentado de Berruecos, para que fuérais—al pie del Pichincha—lámpara votiva de un país agradecido, que sólo pide a Dios le permita seguir por las sendas del honor, la lealtad, la honradez, la justicia y la dignidad; por

P A L I Q U E S D E A Y E R.

las sendas que vos caminásteis, incólume, en vuestra corta, pero ejemplar vida de soldado.

Gran Mariscal: permitid que meditemos por unos segundos, en lo grande de vuestra gloria y en lo magnífico de vuestra noble vida”.

LAS APOSTILLAS DE PASTO ^(*)

Con dedicatoria autógrafa del señor Ignacio Rodríguez Guerrero, recibí de Pasto—cuna del doctor José Rafael Sañudo—el número 37 del “Boletín de Estudios Históricos”, en cuyas páginas, “con la buena intención de hacer un poco de luz en el proceso de Berruecos”, el señor Rodríguez Guerrero me dedica unas curiosas apostillas, que me veo en el caso de anotar

(*) El acucioso historiógrafo colombiano, señor Ignacio Rodríguez Guerrero, trató de refutar las aseveraciones históricas—de conocimiento continental—contenidas en mi trabajo “Siempre Berruecos”. Publicada en la prensa de Caracas esta contra réplica mía, vuelve el mismo señor Rodríguez Guerrero, en los números 41 y 42 del “Boletín de Estudios Históricos de Pasto”, a repetir los conocidos sofismas de errores de fechas en las cartas-órdenes de Obando;

para que no medre cierto método histórico, unilateral, perfectamente de familia (Camacho Carrizosa, Sánchez Núñez, Obando Lombana, Saavedra Galindo, etc., etc.) con el que, empeñosamente, quieren los descendientes del general José María Obando, verle exculpado por lo de Berruecos!

El Método de Familia

Adoptado, en primer término, por los dichos familiares del general Obando y más tarde por una especie de "conciencia histórica", que parece ellos han logrado ir estableciendo en zonas de nativismo e influencia personal;

de juzgar la noble retractación de N. A. González como un caso de hambre, explotado por la familia Flores, y así, mil necedades más, como decir—para empequeñecer a Manuelita Sáenz—que Colombia es la patria de la heroica Policarpa, como si el Ecuador no fuese la patria de la no menos heroica Rosa Zárate de Peña, fusilada en Tumaco—como en Bogotá la bella Policarpa,—pero aún más ferozmente, junto a su esposo y en presencia de su tierno hijo, Francisco de la Peña y Zárate! El señor Gerardo Arrubla, al felicitar, por carta pública, a su paisano, el señor Rodríguez Guerrero, le advierte "que no hay que olvidar que el general Obando ciñó a su pecho la banda presidencial de la Nueva Granada". Después de esta hábil advertencia, huelgan nuevas réplicas a mi contrincante, el laborioso conterráneo del doctor J. R. Sañudo.

el tal método de familia consiste en desechar como malas, falsas, mercenarias y venales todas las fuentes históricas que admiten la verdad del delito, esto es, su preparación en Bogotá, su inmediata realización en las montañas de Berruecos, por orden del general José María Obando, firmada una semana antes de la ejecución de Sucre por los malhechores Erazo, Sarría y Morillo; y comprobado el hecho por las declaraciones juradas de éstos mismos y de Desideria Meléndez, quien supo guardar, durante trece años, la famosa y decisiva carta de Buesaco, escrita por Obando el 25 de mayo de 1830.

Agréguese, como prueba concomitante, que revela la preparación del hecho y la ingerencia de su organizador, la carta del mismo general Obando al general Murgueitio (18 de mayo de 1830) en la que ruega y suplica “que haga que venga Sucre por esta plaza” (Popayán) para diz que impedir “que Sucre sustraiga al Sur de la protección del Perú”. El nobilísimo y leal cumanés, que poco antes había vencido a los peruanos en Tarqui, salvando precisamente a la Gran Colombia de la traición de Obando, aparece calumniado por este peruanófilo, quien le juzga decidido a desmembrar a Colombia en provecho de La Mar y de Gamarra!

Además de estas pruebas contundentes están las dos cartas simultáneas que al día siguiente del crimen escribió Obando para el Prefecto de Popayán y para el general Juan José Flores, Jefe del Sur. En la primera dice Obando "que los agresores han sido desertores del Ejército del Sur". En la segunda, la destinada a Flores, omite por completo esta negra insinuación, semilla de su coartada; pues se contrae a decirle que "todos los indicios están contra la eterna facción de la montaña". Indicios y luego indios, comparsas de su comedia, sin duda amigos de Obando o parientes inmediatos de su antiguo aliado, el indio Agualongo! En Lima habría de inventar más tarde la figura (?) del indio Juan de Dios Nacibar, para ver de escamotearle, a la orden de Buesaco, su evidente valor de acusación!

Las Fuentes del Método

El señor Rodríguez Guerrero, fiel y fanático por el método de *familia*, me señala, con ceño didáctico, errorcillos de narración que en nada afectan a la ya bien probada culpabilidad del crimen de Berruecos. Como esos pequeños canalitos domésticos, que convergen hacia la cloaca máxima, todos los autores o fuentes fa-

miliares convergen a la obra del señor Nicolás Augusto González, escrita por encargo y con miras políticas, cuales fueron combatir, en el Ecuador, la llamada "argolla progresista". No ignora el señor Rodríguez Guerrero que don Nicolás Augusto González, desengañado con el "alfarismo" confesó su invención de la carta de Flores a Gamarra, se retractó públicamente de su obra y declaró haberla escrito con el propósito partidarista de abatir a los Flores, los Caamaños, los Jijones y cuantos más integran la famosa "argolla progresista".

Esta fuente, viciada de por sí, es la fuente matriz al servicio exclusivo de los descendientes del general Obando. El señor Rodríguez Guerrero, con una candorosidad digna de loa, encuentra absurdas, ridículas, mendaces y mercenarias las grandes fuentes históricas que son Irisarri, Vicuña Mac Kenna, Sherwell, Pereyra y Pérez y Soto. Asegura mi contrincante que aquel gran señor de las letras y la diplomacia, el insigne guatemalteco Antonio J. de Irisarri, "fué un simple amanuense del general Mosquera", quien diz que le pagó para que escribiese e inculpase a Obando. Con ayuda de este método *familiar*, el señor Rodríguez Guerrero *deduce* que el chileno Vicuña Mac Kenna siguió la ruta del ama-



nuense Irisarri; y, cuanto al norteamericano Sherwell y al mexicano Carlos Pereyra, ambos —por no haber nacido en Suramérica—“carecen de fuentes históricas que en esta clase de estudios son de necesidad ineludible”. Pobrecitos Sherwell y Pereyra, nacidos sin duda antes de que Gutenberg inventase la imprenta, y con ella, la fácil difusión de los libros!

Quedamos, pues, en que la verdadera fuente es la obra, retractada, de don Nicolás Augusto González, de donde se nutren—como canalitos de aguas servidas—los trabajos especiosos o las defensas empeñosas del núcleo familiar.

Antes de pasar a otras refutaciones, conviene advertir que el señor Rodríguez Guerrero juzga completamente estéril el cuarto de siglo que su paísano, el señor doctor Juan B. Pérez y Soto, dedicó a esclarecer el delito de Obando. También asegura mi contrincante que el doctor Pérez y Soto vendió documentos de gran valía histórica al Gobierno de Venezuela, cosa que, desgraciadamente, no sucedió.

Yo me hallaba en Roma—en 1925—cuando mi amigo, el doctor Pérez y Soto, corregía las pruebas de su obra monumental. Bien recuerdo que una de aquellas tardes, mientras revisaba papeles y arreglaba pliegos ya impresos, el

doctor Pérez y Soto, mostrándome unos legajos depositados en un cofre, me dijo: "mucho, mucho trabajo me costó poder sacar estas cartas de mi país. Si yo las publicase se hundiría cierto personaje de nuestra historia; pero yo no haré tal cosa. Por el buen nombre de mi Patria prefiero sacrificar mis ansias de historiador".

Dos años más tarde encontré en Caracas a la señora viuda del doctor Juan B. Pérez y Soto, a quien fuí a visitar, en el "Hotel América". Ella me contó tenía arreglada la venta, al Gobierno de Venezuela, de todos los archivos históricos de su marido, por la suma de Bs. 120.000, negocio que efectivamente llegó a fijarse, pues el Ministerio de Relaciones Interiores publicó el decreto, botando dicha suma para tal adquisición; mas, por desgracia para las fuentes de la verdadera historia, la negociación se modificó, cercenándose el cofre de las famosas cartas. Lo que la viuda del doctor Pérez y Soto vendió finalmente, por 80.000 bolívares al Gobierno de Venezuela, fueron algunos documentos y reliquias auténticas del Libertador, que su esposo había obtenido (por herencia) de la dama guayaquileña, señora doña Josefa Vivero de González, de quien el doc-

tor Pérez y Soto había sido empleado de confianza.

El General Flores

Siempre servido de una hermosa ingenuidad pastusa, el señor Rodríguez Guerrero afirma "que el verdadero instigador y autor intelectual del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho fué un general *ecuatoriano*, de ambición y audacia, que se llamó Juan José Flores".

Es, en esta afirmación, donde el lobo muestra sus largas orejas! Flores nació en Puerto Cabello, y, como soldado de la Independencia, es realmente de los beneméritos. Las dictaduras militares que siguieron a la muerte de Bolívar, nos deparó—a los ecuatorianos—la del general Flores. Luchas sin tregua, sangre, mucha sangre, nos costó librarnos definitivamente del general Flores. Para los ecuatorianos el 6 de marzo de 1845 es algo así como el 10 de agosto de 1809: una fecha de verdadera liberación!

Esto, por lo que respecta al Flores-político. Cuanto al Flores-militar, que supo proteger al Sur de las hordas de Agualongo; cuanto a Flores, organizador de la grandiosa victoria de Tarqui y colaborador de Bolívar en la campaña de

Buijo (1829); cuanto al Flores-militar, bravo hijo de la brava Venezuela, el Ecuador le debe merecida y franca gratitud.

Como bien lo ve el señor Rodríguez Guerrero, por razones que no escaparían a un demente, yo no soy ni podría ser *floreano*; pero tampoco podría, por servir a mis ideales políticos, inculpar al general venezolano Juan José Flores de un crimen que no cometió. Si don Pedro Moncayo, periodista de "El Quiteño Libre", lo hizo para vengar la muerte del coronel Hall; si don Nicolás Augusto González también lo hizo para servir los planes políticos del general Eloy Alfaro, esto no quiere decir que lo hagan también quienes amen la verdad por sobre todos los intereses personales o de partido.

Por lo de Berruecos!

El singular método de *familia* se sirve de toda circunstancia para procurarle aspectos de verdad a la coartada de Obando. Es muy bien conocido y consta de muchos libros y revistas peruanos, el rechazo irrogado al general Obando, Ministro Plenipotenciario de Colombia en Lima, por don Ramón Castilla, Gran Mariscal y Presidente del Perú. El señor Rodríguez Gue-

rrero aferrado a su candorosidad pastusa, afirma que Obando no fué recibido, ni reconocido en su alta investidura, a causa de un incidente diplomático, de simple protocolo, debido a que Obando—el vehemente partidario de los peruanos, que llamaba desde Pasto a las huestes de La Mar—había *intervenido* en la política de allá... esto es, del Perú!

Mil gestiones, mil súplicas hizo Obando cerca de Castilla para que éste lo recibiera; y el Gran Mariscal, soldado de Ayacucho, cuantas veces le preguntaban por qué se negaba a recibir a Obando, contestaba secamente: *por lo de Berruecos*.

Y que era la causa de tan merecido rechazo el crimen de Berruecos lo prueba el hecho de que fué precisamente en Lima donde Obando escribió y publicó el amasijo de su defensa, con la burda invención del indio Juan de Dios Nacibar!

La Conciencia de América

Por más que el obandismo viviente haga lo que haga, ya la conciencia de América está perfectamente formada sobre el verdadero culpable del crimen de Berruecos. El odio de

Obando para Sucre fué constante y manifiesto desde el día en que el ínclito cumanés, brujo de la estrategia, ganó la batalla de Pichincha, que permitió estrechar con bayonetas republicanas a Pasto, a los Agualongos, Obandos y Erazos. Por odio a Sucre—más que por servir los planes de Santander—Obando traiciona, se subleva en 1829 y llama al general La Mar para que venga con sus “invencibles huestes” a ocupar a Pasto; por odio tesonero a Sucre escribe Obando al general Flores, en abril y mayo de 1830, esa serie de cartas en que dice con insistencia: “Pongámonos de acuerdo, don Juan; dígame si quiere que DETENGA en Pasto al General Sucre o lo que deba hacer con él”; por odio innato de Obando al hombre más honrado, más noble y más rútilo de la Gesta Magna, se cargan los fusiles de Berruecos y se disparan contra el Abel Americano, según consta de la orden auténtica de Buesaco!

Otras Minucias

Dije, cuando afirmó el señor Rodríguez Guerrero que el general Flores era *ecuatoriano*; dije, repito, que el lobo había mostrado sus orejas!

Trata, mi contrincante, de negarle al fiel ordenanza, Lorenzo Caicedo, su nacionalidad ecuatoriana, porque Ecuador es sinónimo de *lealtad*, declarado así por Bolívar y también por un Congreso de la Venezuela contemporánea.

Cuando Sucre realizaba su gran labor diplomática ante los delegados anexionistas del General San Martín; cuando en Guayaquil era el futuro Mariscal de Ayacucho presunto novio de mi linda paisana, Pepita Gainza; cuando asumió el mando para la campaña de Yaguachi y la rota de Huachi tomó como ordenanza al soldado Lorenzo Caicedo, natural del caserío Jenreiro, sito en la provincia del Guayas. Caicedo no se separó nunca más de Sucre, como el caraqueño José Palacios no se separaría jamás de Bolívar. Ambos, aunque humildes hijos del pueblo, nacieron bajo un signo de *lealtad*, imposible de descubrir y comprender para los astrólogos de Pasto!

Manuelita, la quiteña

Manuelita Sáenz, la "libertadora del Libertador", aquella hermosa dama que agarrotó, con el estupor y el silencio las gargantas de los sep-

tembristas González, Azuero, Ospina, Zulaibar y otros fanáticos del “hombre de leyes”, ya no es más, nacida en Quito, sino en Paíta, porque contra cien documentos históricos relativos a su origen de familia, vida escolar, propiedades y hasta el matrimonio de la quiteña con el médico Thorne, un anciano argentino llamado Pedro Agote le dijo a un doctor Carranza y éste diz que se lo escribió a don Eduardo Posada, que Manuelita era paíteña!!!

Además, Rodríguez Guerrero devoto del método *familiar*, se agarra incautamente de la referencia italiana de Garibaldi para sostener el peregrino paíteñismo de nuestra Manuelita; pues que ignora el escritor pastuso que *paese* en italiano no es, literalmente, país, esto es, la nación en conjunto, sino el lugar o sitio de actual residencia de la persona a quien se está úno refiriendo.

Y qué decir de la intencionada ignorancia geográfica del señor Rodríguez Guerrero para birlarnos de nuevo a la ilustre Manuelita?... Cuando los triunfantes septembristas la arrojan de Bogotá y se ve Manuelita forzada a partir para las Antillas, dice en su enérgica protesta del 20 de junio de 1830: “he nacido bajo la línea del Ecuador”, esto es, en Quito, por cuyos ale-

daños norteños pasá, científicamente, la dicha línea.

Pues bien, lectores míos, el señor Rodríguez Guerrero, con donosa escolástica pastusa, se pregunta: "Y por qué decir que ha nacido no *en la línea* del Ecuador sino *bajo* la línea del Ecuador?... A todo el que sepa dónde está Paita no puede quedarle duda al respecto".

Yo he visto muchos casos de audacia desesperada; pero ninguno como éste, tan sofisticado de *en la línea* precisamente, o *bajo* la línea, para quedarse con Paita que, geográficamente, se halla a 300 millas meridionales de la tan argumentada línea terrestre del Ecuador!

En la solicitud que Manuelita hiciera más tarde al Gobierno del Ecuador, ruega se le permita permanecer en su *patria* para ver de arreglar, en la provincia de Pichincha, sus propios intereses, abandonados desde 1822 en que siguió con amor y *lealtad* al Libertador Bolívar. El Presidente ecuatoriano, don Vicente Rocafuerte, temeroso de que Manuelita estuviese en connivencia con el revolucionario quiteño, general Sáenz, no sólo le niega el permiso de permanencia, sino que le ordena abandonar el país. Manuelita obedece sin protesta, para irse al vecino puerto de Paita (en esos tiempos, un mi-

sero villorrio de pescadores, donde no ha existido, ni existe aún, el apellido Sáenz) y ahí se instala en compañía de sus dos criadas negras; ahí se instala para guardarle luto de silencio, veneración y lealtad al Hombre-Sol de América.

Es en Paita donde años más tarde la encuentra el gran soldado Garibaldi. Ahí, el romántico caudillo de los camisas rojas, se inclina ante la ilustre quiteña, *la piú bella signora, la vera amica del Liberatore Bolívar!*

Cuidado si mi contrincante, en una nueva serie de apostillas, desenvuelve unos cuantos silogismos y trata de probarme que Abdón Calderón no nació en Cuenca, sino en la ciudad colombiana de Túquerres!

No hay remedio, mi apreciado señor Rodríguez Guerrero: Lorenzo Caicedo y Manuelita Sáenz nacieron en esa tierra que tiene forma de corazón, siempre ardida de sus volcanes, y que dió a la América el único indio franco, noblote, generoso, confiado y valiente: el Inca Atahualpa!

LA MARQUESA, ALFARO Y OTRAS COSAS

El centenario del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, que sólo debió conmemorarse con profundo recogimiento y alta meditación espiritual, dió pábulo al propalamiento de apreciaciones "obandistas", tendientes a confundir los hechos y a desviar el criterio histórico del crimen, ya sobre la desaparición, absoluta, de los restos de Sucre, ya sobre el honor y honradez cristiana de la nobilísima señora Marquesa de Solanda, viuda del insigne Mariscal.

La interesantísima "Ofrenda" del ilustre Padre Cayetano de Carrocera, recientemente editada en Cumaná, gracias a la protección de mi distinguido amigo y honorable Presidente del

Estado Sucre, señor doctor Antonio Alamo; "Ofrenda" contentiva de valiosísimas cartas inéditas del Gran Marsical, que sus descendientes mantenían guardadas en la ciudad del Manzanares, acaba, acaba totalmente con la patraña de la "mala armonía" que, en vísperas de Berreucos, dicen reinaba entre el Gran Mariscal y su muy digna consorte, la señora Marquesa de Solanda.

Las personas que, irreflexivamente, se han hecho eco de estas bellaquerías, inventadas para enturbiar las agravantes del crimen, no han debido acogerlas sin trasladarse antes al medio y época de las relaciones de Sucre con su dignísima esposa. Sin este requisito no hay crítica honrada, ni posible esclarecimiento de la verdad, que se anhela sacar a toda luz. Las personas a que me estoy refiriendo han debido informarse de la alta calidad, del rigorismo hogareño de aquellas familias quiteñas, de Carcelén y de Larrea, en cuyos antepasados—de vieja y pura cepa castellana—y en cuyos descendientes de hoy, jamás ha habido persona alguna que deslustre, con acciones equívocas, el honor de sus blasones. Nadie respetó y elogio mejor los procederes de dichas familias que el muy noble, muy austero, muy orgulloso y muy

independiente señor Antonio José de Sucre y Alcalá quien, en cuestiones de pundonor y de dignidad personal, no transigió ni con el mismo Libertador!

Gran dama, de vida honorable y austera, fué mi noble compatriota, la señora doña Mariana Carcelén y Larrea de Sucre, Marquesa de Solanda. Con el valor y el orgullo de su rancia estirpe, según lo afirma el veraz historiador venezolano, Laureano Villanueva, ella, cual altísima Reina de Castilla, enciérrase, enloquecida, al recibir del ordenanza Lorenzo Caicedo, la noticia del asesinato de su nobilísimo esposo. Sus familiares temen por la razón de la Marquesa, y en cuanto su ánimo logra serenarse un poco, va a la iglesia, se confiesa, comulga, ora por largo tiempo y de ahí sale a escribirle a José María Obando aquella carta famosa, ya consagrada por la Historia como el documento de una Niobe Americana: “Asesino! Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy, objeto lastimero de conmiseración, nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes, hombre execrable; la que te habla es la viuda desafortunada del Gran Mariscal de Ayacucho”.

El “obandismo”, que ensangrentó varias veces el suelo de Colombia para impedir la re-

visión del Proceso de Berruecos, halló en el matrimonio del general Barriga con la viuda de Sucre, terreno propicio para confeccionar una calunnia y ponerla al servicio del horrendo crimen. Acaso, desde los días épicos de Grecia, pasando por la Roma Imperial y por la Hispania Máxima de Carlos V, se ha considerado delito que las viudas de los héroes vuelvan a casarse?...

Los de la "trama infernal", como los ha llamado el historiador colombiano Juan B. Pérez y Soto, propalaron que las relaciones del Gran Mariscal con su honorable consorte, andaban "muy mal". Nada más falso, ni más calumnioso, como lo prueban las cartas del mismo Sucre que hoy—por la primera vez—publica el Padre Carrocera en su oportuna e interesante "Ofrenda".

El Mariscal, en carta a su hermano Jerónimo, fechada en Bogotá el 9 de enero de 1830, le dice, entre otras cosas cariñosas y familiares: "Te he pedido "varias veces" que me remitas, lo más breve, mil pesos empleados en perlas finas, y que procures escoger de lo mejor, hilos de varias clases y tamaños, que sirvan para gargantillas, pulseras y algunas goteras para zarcillos. En Cumaná y Margarita se conseguirán

estas perlas, que espero sean muy buenas porque mi mujer es muy afecta a buenas perlas, y quiero llevarle éstas de mi propio país. Ojalá vinieran breve para llevarlas “yo mismo, a mi mujer”. Y más tarde, en la “última” carta escrita por el Abel Americano, fechada en Bogotá el 9 de mayo de 1830, vuelve a decirle a su hermano Jerónimo: “Al salir de Cúcuta te escribí, y también de Pamplona. Te avisé que con el señor Bernardo Tovar remití a Lecuna veinticinco onzas, pidiendo a éste te las remitiera; y son para que compres las perlas que te encargué para Mariana, y por las cuales hago “nuevas recomendaciones”. Te he dicho de cuáles deben ser. Te he prevenido los conductos por donde las has de enviar para que lleguen con seguridad a Quito”.

Y todas estas delicadezas, todo este ardoroso empeño se contrae—en vísperas de Berruecos—a halagar a su dignísima compañera y esposa. ¿Dónde, dónde, pues, las malas relaciones inventadas por los miembros de la “trama infernal”?... ¿Y dónde, señores, la posibilidad de deslices femeninos en un medio tan rígido, tan austero y tan controlado—por su breve extensión—como lo era el Quito de hace una centuria?... ¿Existían, acaso, tiendas de modas,

salones de manicure, salas de cine, clubes, restaurantes y las mil facilidades contemporáneas, de que se sirven para sus pecadillos gentes bien calificadas? . . . La casa, la casona solariega, colmada de parientes, servida de treinta criados y guardada por fieros lebreles; y la iglesia, la iglesia sólo abierta hasta la oración, siempre llena de beatas y de las dueñas o chaperonas que acompañaban a las damas aristocráticas en sus deberes religiosos. Eso eran nuestras capitales de hace un siglo!

Y cuanto a los restos del Gran Mariscal, qué empeño, señores, en servir a la trama "obandista" y sostener la desaparición, absoluta, de pruebas materiales y ciertamente acusadoras? . . .

La Marquesa, dama que por su abolengo y gran fortuna era poderosísima en su urbe colonial, envió una comisión de sus fieles servidores para que le trajesen, de las guaridas de Pasto—viajando de noche en lo que fuesen tierras de Colombia—los restos de su amado Antonio. Esta disposición la sabían las altas clases de Quito y lo supuso, en Cumaná, la familia de Sucre, por cartas de la misma Marquesa. Ella recibe y guarda los venerandos restos de Sucre, en su hacienda "El Deán"; y, para verse libre

de interrogatorios y pedidos molestos, lleva a San Francisco de Quito, al Panteón del Marquésado, una urna con el nombre SUCRE, que deposita en ceremonia de familia. Esta caja contiene adobes; pero nó los restos del Gran Mariscal. Pasados unos años aquella gran dama, que no se digna hablar con nadie y que sólo, de vez en cuando, se escribe con sus parientes políticos de Cumaná, traslada secretamente, de la hacienda "El Deán" al Carmen Bajo de Quito, los restos de Sucre con los de Teresita, la hija malograda. Los restos han sido envueltos en un magnífico traje de seda, negro, de la Marquesa, traje con el que vistió luto y fué a llorar, durante todo un día, la muerte de su esposo, en la austera iglesia de San Francisco de Quito, uno de los templos más grandiosos de la América Hispana.

Buscan, buscan los restos del vencedor de Pichincha y Tarquí. Ya los pide la América entera para venerarlos! La orgullosa familia de Larrea continúa impassible, respetando el silencio de la noble Marquesa. Gentes del servicio, gentes ignorantes y medio valetudinarias, ciertamente proclives a la fantasía, dicen muchas cosas que, en sustancia, afirman la existencia, en Quito, de los restos del Gran Mariscal.

Pasan más años, y es una parienta de la fallecida Madre Valdivieso, Superiora del Carmen Bajo, la que da, en 1900, datos sobre el sitio donde se hallan enterrados los restos de Sucre.

El general Eloy Alfaro, grande amigo de Venezuela y, sobre todo, admirador de las glorias bolivarianas, hace verificar, científicamente, las venerandas reliquias. El odio político, que no pierde ocasión para atribuirle planchas al adversario, impugna, especiosamente, la autenticidad de los restos; autenticidad fallada por toda una Facultad de Medicina compuesta de doce miembros!

Al general Alfaro, caudillo del liberalismo ecuatoriano y bien probado amigo de Venezuela, acaba de calificarlo, cierta conocida escritora caraqueña, de "falsificador de documentos", con lo que se sostendrá, en Venezuela, una suplantación histórico-política de don Nicolás Augusto González, quien más tarde se retrató—en Buenos Aires—de las mentiras dichas por él, en su apasionada obra "El Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho". Yo conocí a González y lo traté personalmente, en la capital argentina. A mí me lo dijo más de una vez: "El error más negro de mi vida es haberme servido

de Berruecos para una mala campaña de nuestra mala política”.

Los restos de Sucre existen. Los veneran con unción y respetuoso cariño, tres millones de ecuatorianos. Son, como ya lo dije el 4 de junio frente a la estatua del mártir, lámpara votiva del Ecuador al Pichincha, humillado por un general de treinta años!

Y cuanto a la ilustre viuda de Sucre, la Marquesa de Solanda, ella fué y habrá de ser siempre, grande y virtuosa dama, digna de codearse con aquellas nobles mujeres que la Castilla del Medievo, admiró y respetó por su valor y sus virtudes!

SUCRE DEPORTISTA

Señores:

Viva satisfacción me proporciona el hallarme con vosotros, distinguidos miembros del Club Delicias; pues fué con mucho entusiasmo que accedí a tomar parte en esta ceremonia, tan ejemplar como patriota.

Muy bien, señores socios! Admirable, que la efigie del Gran Mariscal de Ayacucho prestigie los elegantes salones de este Club y sea en todo momento, para la juventud sedienta de nuevos horizontes, espejo humano y moral donde mirarse y donde buscar las normas bizarras del pundonor, la rectitud, la hidalguía y la generosidad.

Fué Sucre un deportista, en la acepción griega y filosófica del vocablo, porque el deporte lo inventó Grecia para servir exclusivamente a la Patria en el aspecto físico de la belleza y en el aspecto moral del valor. La belleza, nobilísima euritmia del barro humano, rechaza lo grotesco, lo deforme, lo mezquino. El valor, exponente de superioridad espiritual, sólo existe en personas rectas y generosas, porque el valor es cosa del alma en tanto que la temeridad—material e irreflexiva—es cosa del instinto.

Sucre, tal como lo vemos en este lienzo, fidelísimo fué un varón apolíneo, de vigoroso aspecto másculo. Mirad su frente despejada, espejo de la verdad y la franqueza; mirad su pelo ensortijado como en deporte de olas contra el viento; mirad esa nariz oteadora de peligros, esa boca fina, de rictus resuelto, esos maxilares angulosos de energía, todo ese perfil hecho para perpetrarse en una acuñación romana. Miradlo bien, señores, porque Sucre fué, en la gesta de la independencia americana, la culminación del verdadero deportista!

Niño aún, le seduce el álgebra, ejercicio griego para el desarrollo de la mente. Apenas púber, ya está, como Aquiles, en los rudos campos de batalla. Cruza varias veces el vasto del-

ta del Orinoco. Igual que un camarada de Ulises, oye, en el tibio mar de las Antillas, la insinuante voz de las sirenas. . . Nada turba su recitividad deportista y cuando al fin naufraga, nada pueden las enojadas diosas contra el protegido de Neptuno, de Marte y de Minerva.

Diplomático, sabe el arte de la palabra precisa, del concepto oportuno, del trato exquisito y de la tesis ganada y protocolizada en el meticoloso pergamino de los Tratados.

General! . . . Señores, mirad al general *más digno* de la Gran Colombia! El Hombre-Sol de Casacoima y Pativilca, el Marte caraqueño, se asombra de su destreza y de su enorme capacidad bélica. No pierde una acción, pues las que parecen perdidas las entabla con su hábil diplomacia, para restablecerlas de nuevo y ganarlas finalmente. Ya cruza el río Guayas, salido de madre; ya recorre los tremedales de Yaguachi y ya se ganó una corona. Lleva un teodolito en las arrugas de su frente; aprecia alturas, precisa distancias y verifica profundidades; ya anda a salto por los volcanes más elevados y activos de la América. Marcha, contramarcha, baja simas profundísimas, sube a las nieves eternas, donde el cóndor de blanca gola saluda el alma blanca del bizarro deportista. En

Riobamba le da una vuelta al Chimborazo y... adiós caballería española. Atraviesa luego los humos del Cotopaxi. Su teodolito mental, su álgebra de la infancia, trabajan sin descanso. En alta noche, como el marino guiado por las estrellas, Sucre salva el terrible desfiladero de la Viudita, y así logra adelantársele a su adversario, el general Aymerich. Nuevas marchas, nuevos maratones deportistas, y en otra noche con cerrazón de truenos y culebrinas, cruza las fumarolas del Ruco-Pichincha y amanece sobre el Panecillo, frente a Quito, cuna del Inca Atahualpa. Después... Pichincha! Las dianas, el júbilo de las banderas y la mano tendida y generosa, para el vencido! Pero no hay reposo; la prueba no ha terminado y a marchar, a marchar hacia Pasto, a salvar otros desfiladeros siniestros, guarida de los Agualongos, donde el crimen le habrá de trucidar ocho años más tarde!

Vedlo, contemplad, jóvenes venezolanos, al insigne deportista de la Gloria. Las Famas se han empinado sobre el Potosí y el Pichincha, para contemplarle sus nuevas hazañas, que va a realizar en la pista de los Andes peruanos, yermos, fríos e inmisericordes. Nueve mil realistas le obseden, doblándole en número. Sus ad-

versarios cuentan con todo, hasta con la simpatía de las piedras... Marchas, marchas y más marchas! Corpahuaico es una finta del *match*. Y ahora *aquí*, dice esta mezcla humana de Epaminondas, Temístocles y Jenofonte.

Ayacucho!... Todavía repercuten y repercutirán siempre las dianas de la victoria y de la libertad continental. Y después, años más tarde... otro triunfo, constreñido por ambiciones de hermanos descarriados!...

Señor Presidente: la figura insigne de Sucre, rebosante de belleza moral, debe presidir todo centro de juventud a fin de que se le imite, siquiera en una centésima parte, su noble deportismo al servicio exclusivo de la Patria.

Amemos y reverenciamos a nuestros libertadores y busquemos en Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins y Artigas, las normas de honradez y pundonor, necesarias a la formación de una América digna de tales próceres.

VITRINA BOLIVARIANA

El Ecuador (°)

De las repúblicas libertadas por el Héroe Epónimo de la América, ninguna tan leal, tan agradecida, tan perseverante y tan hondamente bolivariana como mi patria, el Ecuador.

Desde que el "hijo de Colombia y Marte" pisó en 1822 el noble suelo ecuatoriano, éste se vinculó profundamente a su corazón. Todos comprenden, en Quito, la fuerza de su genio y nadie osa discutir sus vaticinios ni empinarse,

(°) Más que el señor Riva Agüero, peruano, y el coronel Espejo, argentino, ha denigrado recientemente al Libertador, don José Rafael Sañudo, en su libro "Estudios sobre la vida de Bolívar", editado en Pasto (Colombia), 1925.

aviesamente, para disputarle su grandeza. Ni Quito, ni Guayaquil, ni Cuenca le regatean sus hombres y sus dineros. Una ecuatoriana de belleza olímpica y de alma heroica sabrá romper con todos los prejuicios sociales y religiosos para encender, en el corazón de Bolívar, la hoguera de amor apagada por la muerte de la linda Teresita del Toro y Alayza. No sólo su buen nombre sino también la vida se sabrá jugar esta insigne quiteña por el Padre de América. El bandolero Carujo y los demás conjurados de la trágica noche bogotana abatieron sus puñales ante la mirada ignea y desafiante de Manuelita Sáenz!

Libertado el Perú, fué José Joaquín de Olmedo, el Pindaro del Guayas, quien inmortalizó las glorias militares del Libertador, y cuando media América le niega pan y techo a Bolívar, es el oro ecuatoriano, el oro del cariño y la gratitud, el que conduce para Santa Marta el coronel Gómez de la Torre, a efecto de que el Libertador pueda seguir a Francia, caso de que se niegue a aceptar la siguiente invitación que le envían firmada los hombres más notables del Departamento del Ecuador:

“Quito, 18 de mayo de 1830. Excmo. Señor Libertador: Los padres de familia del

Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han atrevido a pedir que V. E. no pueda volver al país, donde vió la luz primera; y por esta razón nos dirigimos a V. E. suplicándole se sirva elegir, para su residencia, esta tierra que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a suspirar con ellos por los males de la Patria. Venga V. E. en fin, a tomar asiento en la cima del Chimborazo, donde no alcanzan los tiros de la maledicencia y donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable”.

Juan José Flores, José María Sáenz, Vicente Aguirre, Fidel Quijano, Pablo Merino, doctor Joaquín Vargas, J. Gutiérrez, Francisco Marcos, Manuel Espinoza, Isidoro Barriga, doctor Pedro José de Arteta general A. Farfán, Manuel M. de Salazar, Juan A. Terán, Nicolás Vásquez, Manuel Larrea, Francisco Montúfar, Miguel Carrión, M. G. de Valdivieso, Eugenio Peyramal, doctor Ramón Miño, Luis Antonio Brizón, Tomás de Velasco, José Mariano Andrade, José

M. Guerrero, Antonio de Moreno, Mauricio José de Echenique, Juan Maldonado, Manuel del Corral, Juan de León Aguirre, Rafael Morales, Pedro Montúfar, R. Aguirre, José Salvador de Valdivieso, José Miguel González, Antonio Vaquero, Rafael Serrano, Antonio Aguirre, José P. Guerrero, David Morales, Manuel Barrera”.

Las facciones que agitaban a Colombia en la mitad del año 30 y que culminaron en el inicu asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, se dieron traza para detener, en Popayán, al coronel Gómez de la Torre, de suerte que no pudiera llegar a manos de Bolívar el oro ecuatoriano que le enviaban de Quito!

Vino por fin el 17 de Diciembre y se hundió para siempre el Sol de Colombia. Su fiel criado, José Palacios, no halló en la maleta camisa con qué amortajar al diez veces noble y diez veces millonario Simón de Bolívar y Palacios, descendiente de Caballeros Cruzados en la Vasconia de la Hispania Máxima, y Libertador de un Continente!

La historia se repite, y ahora, con ocasión de haberse editado en Pasto un libro procaz y virulento contra la augusta memoria del Libertador, un buen ecuatoriano, descendiente precisamente del coronel Gómez de la Torre; un

buen ecuatoriano que es un magnífico historiógrafo y que dirige la Biblioteca Nacional, inicia en Quito, un formidable movimiento de opinión para refutar y pulverizar, con la verdad histórica y el formidable testimonio de la gratitud, la obra del pastuso don José Rafael Sañudo, quien ha hecho de las cositas pequeñas, de los chismes, de las aventuras de alcoba y de todas las falsedades, un libro contra Bolívar, como se hacen hogueras de las malezas y espinos que nacen al pie de las grandes montañas! Bien se ve que olvidó el doctor Sañudo la frase mármorea de José Enrique Rodó: *Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza.*

En Quito, pues, por iniciativa de don Cristóbal de Gangotena Jijón, Director de la Biblioteca Nacional, se va a editar un hermoso libro en desagravio de Bolívar y como protesta del que ha visto la luz en Pasto, República de Colombia. El señor de Gangotena se dirige a los intelectuales del Ecuador en los siguientes términos:

Con este motivo (la obra del señor Sañudo) la Dirección de la Biblioteca Nacional ha resuelto publicar, en desagravio de los Manes del Héroe Epónimo un libro en que, reflejándose el pensamiento de los hombres más sobresalientes del país, en todas las actividades, signifique también cuál es el sentimiento de nuestro pueblo y demuestre a América y al Mundo cómo el Ecuador ama y venera la memoria de Bolívar. Vengo, pues, a pedir a usted se sirva colaborar en esta obra patriótica, remitiendo a esta Biblioteca Nacional un pensamiento, una frase, un artículo o una página en honra del Libertador.

No puede ser más noble y levantada la protesta de los intelectuales ecuatorianos, cuya hermosa iniciativa es toda del señor Director de la Biblioteca Nacional de Quito. Fué, pues, con notable previsión que el General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de Venezuela en 1911, supo hacer aplaudir y venerar la lealtad del Ecuador, con la vibrante declaración que él hizo ante el Congreso de ese año, declaración de la cual copio el siguiente párrafo para rematar, con broche de oro, las presentes líneas:

Sustrayéndose el Ecuador a la reacción de 1829-30, manteniéndose fiel al amor por Bolívar

y ofreciéndole un asilo cuando en las otras secciones de la Gran Colombia se alzaba, airado, el grito de la implacable e injusta condenación, salvó el decoro de la Patria y la delicadeza de los sentimientos humanos, proporcionó al Héroe Mártir una satisfacción intensa y enaltecó la noble virtud del patriotismo. De aquí que la Historia, que es luz y es justicia, asigne al Ecuador el procerato de la Lealtad y de la Hidalguía entre todos los pueblos de América.

El Padre Sisson!

En la "Revue de l'Amérique Latine", que se edita en París, aparecen los párrafos de un artículo publicado en el popular rotativo "Le Figaro", por el Reverendo Padre Sisson, quien por mucho tiempo ha sido director del Colegio Lacordaire, de Buenos Aires.

Este virtuoso hijo de Francia, que ha pasado muchos años de su vida desarrollando labor pedagógica en la capital argentina, acaba de *faire une sottise*, pues parece que el Reverendo de nuestra referencia no conoce otros libros de historia sud-americana que los festinados por cierta escuela de dudosa reputación, con su cultivo de audaces pendolistas, a quienes ha sido

preciso vapulear y reducir al silencio, con la Verdad en la mano.

El fundador de tal sistema, que pretendió serlo todo en una pieza y que, según el austero Alberdi, sólo fué muy poca cosa... creyó que para realzar la figura histórica de San Martín precisaba, ante todo, denigrar al Libertador de América, a Simón Bolívar, al héroe que puede usar, con todo derecho, el título decretado el año 1813 en la iglesia de San Francisco de Caracas y que le ratificaron después cinco naciones independientes.

Desde hace unos lustros ciertos fanáticos del dicho sistema histórico no saben qué hacer con el gran prócer de San Lorenzo, y hoy están dando en llamar a San Martín, nó ya con el bello título de *Protector*, que se le dió en Lima, gracias a los 900 venezolanos del "Numancia", sino por el continental de Libertador!

Pues bien, lectores: el Padre Sisson, seguramente aconsejado por algún astuto historialista, se presentó (1925), al Concejo Municipal de París, rogando se pusiese el nombre de General San Martín a una calle de la "Ville Lumière".

Magnífico! y muy simpático que la calle pedida sea una que enlace con la que, desde

hace un siglo, tiene el Libertador en la urbe del Sena.

Lo malo es que el Reverendo peticionario ha empleado, en los párrafos de su demanda, las ingratas apreciaciones de la enconada escuela *sudista*, ya que para pedir que el Municipio parisién ponga a una de sus calles el nombre del gran soldado de Yapeyú, el Padre Sisson ha creído indispensable denigrar a Bolívar!

Y qué cosas, caros lectores! Sostiene el pedagogo francés que el General San Martín libertó al Perú... Adiós laureles de Junín, Ayacucho y Callao!

Sostiene que Bolívar, para llevar la guerra al Imperio de los Incas, se inspiró en San Martín... Adiós locura sublime de Casacoima, que en julio de 1817, al ser oída por el capitán Martel la promesa bolivarense de llegar hasta el Potosí, exclamó, desesperado:

--Ahora sí que estamos perdidos; el Libertador está loco!

Y adiós Congreso de Angostura (1819), ante el cual expuso el Padre de América su plan de invasión al Perú, justamente en momentos en que San Martín preparaba su hábil paso de los Andes, con la cooperación eficaz de O'Higgins y sus montoneras.

Ah, Reverendó Padre Sisson! Pida usted, para el bravo General San Martín, un sitio en los Inválidos, junto a Bonaparte; pero no denigre al más grande hijo de América, que impuso hasta modas al París napoleónico y fué el ídolo de la Francia liberal, según lo afirman Benjamín Constant y el Abate de Pradt.

Lea usted un poquito más de historia americana; lea usted libros veraces y beba usted la pureza didáctica en buenas fuentes francesas, como son las obras de Jules Mancini, de Marius André, del general Mangin y de Eduardo Herriot.

Recuerde usted, Padre Sisson, que vivando al Libertador de América los liberales franceses de 1830 impusieron la Constitución:

*Le feu sacré des Républiques
jaillit autour de Bolivar:
les rochers de deux Amériques
des peuples sont le boulevard.*

Aunque Bolívar estuviere estatuzado en todas las grandes ciudades del orbe, como Nueva York, París, Madrid, Roma, Londres, Río de Janeiro, Barcelona, Amberes, Buenos Aires y Santiago de Chile, él como bien lo dijo José Enrique Rodó, vive inmortal sobre la alta y neva-

da cumbre del Sorata, y palpita su recuerdo en los cien millones de hombres libres que pueblan la América que va del Río Bravo al extremo de la vasta Patagonia.

La amazona quiteña

Doña Manuelita Sáenz de Thorne, la bella y singular quiteña que por su eficaz ayuda a la causa de la libertad, fuera condecorada en Lima por el General San Martín, con la Orden del Sol, fué desde su niñez muy aficionada al deporte hípico; y, en los alrededores de Quito, en los valles de Chilló y en el llano de Turubamba, Manuelita Sáenz, a horeajadas sobre potros cerriles, luciendo al aire su bien torneada pantorrilla, saltaba anchas acequias y volaba sobre tapias o vallas camperas. Era, por los años de 1819, en vísperas del Congreso de Angostura, una linda Pentesilea del trópico, altos y redondos los senos, angosta la cintura, firmes las piernas, combados los empeines—heraldos de íntimos tesoros—y toda esa magnífica estructura coronada por un rostro bello de piel blanca y aterciopelada, de ojos negros, grandes y rasgados, de cabellera bruna y ondulante, según lo afirma el señor Juan F. Ortiz quien la

conoció personalmente y quien así la pinta en su aplaudida obra "Reminiscencias".

El Libertador no conoció a Manuelita gine-teando potro alguno, pues de haberla visto así mayor habría sido su entusiasmo, ya que Bolívar, como bien lo dice Fernando González dirigiéndose a los americanos del Norte, "fué el hombre que más montó a caballo". El Libertador la conoció en Quito, asomada en un balcón. El venía vencedor de Agualongo, en Bomboná e Ibarra; hacía, en la cuna de Atahualpa, su entrada triunfal, cuando una "bellísima señora le arrojó certeramente, desde un balcón, una corona de laureles". Los ojos de Marte se encontraron con los negrísimos de la Venus quiteña, y de ahí en adelante, hasta el mismo día del ocaso en Santa Marta, esas luminosas y ardientes pupilas estarán viendo las suyas, con amor y absoluta fidelidad...

Fué en la difícil campaña del Perú donde Manuelita se mostró a Bolívar como una auténtica Pentésilea. Los arenales de la costa peruana, las agrias sierras del Imperio de los Incas fueron cruzados por la linda quiteña. Donde estuviese el Libertador estaba su hermosa amazona, la amable loca de los momentos difíciles.

Cuando el alzamiento de José Bustamante, Jefe de la Tercera División Auxiliar de Colombia, Manuelita—armada de pistolas—montó a caballo y se dirigió a las tropas sublevadas con ánimo de someterlas a la obediencia bolivariana. Por desgracia, la sublevación de Lima no fué, como se creyó al principio, fruto exclusivo de las intrigas del general Gamarra. La cosa era grande y había sido preparada, hábilmente, desde Bogotá...

En junio del año de 1830, cuando ya el odio y la envidia habían segado la vida rútila de Sucre y cuando el Libertador, vía de Turbaco, iba hacia el ocaso de su gran vida, los *septembristas* bogotanos, los folicularios de "La Aurora" se sirvieron de la festividad de Corpus para, en un castillo de fuegos artificiales, ultrajar a Bolívar y burlarse también de la "Libertadora del Libertador". Por ventura Manuelita aún se hallaba en Bogotá y al saber que esa noche aparecerían la figura de Bolívar simbolizando el Despotismo y la efigie de la quiteña simbolizando la Tiranía, montó a caballo, se armó de una lanza ilustrada por la victoria de Junín y, seguida de sus dos esclavas negras, fuése a galope tendido sobre la multitud que llenaba la plaza, logró abrirse campo y atacar

a lanzazos el grotesco castillo de los *septembristas*. Fué esa la última hazaña de la Pentesilea quiteña.

El Libertador, al tener noticias de su varonil acción y de los procaces insultos que los *santanderistas* endilgaban a Manuelita, le escribió de Guaduas aquella preciosa carta en que llamando a la quiteña el único amor de su vida, le suplica *mucho juicio*, “ahora más que nunca, mucho juicio”.

Parodiando al ilustre escritor antioqueño, Fernando González, creemos que Manuelita ha sido en América “la mujer que más montó a caballo”, sin perjuicio de su hondo feminismo; pues vale recordar que la mayor rabia de Manuelita fué cuando las mogigatas señoras de Pasto la llamaron “marimacho”. La bella quiteña se quejó amargamente a Bolívar por tan infame calumnia, y éste, para calmarla y no dejarla cometer otra locura, le dijo: “¿Qué importa que esas señoras crean que eres un *hombre*, cuando a mí me consta lo contrario?... Lo que sí no aguantaría—fuera del doctor Thorne—es que otros hombres tuvieran pruebas evidentes de que en realidad eres una perfecta mujer”.

Manuelita, flor encendida de los cármenes quiteños, fuiste una bella y arrogante Pentesi-lea. Que el desprecio y el olvido caigan sobre los Tersites que han pretendido ultrajar tu belleza moral y tus ebúrneas perfecciones físicas!

"mi simón bolívar" (°)

Fernando González, escritor antioqueño de la nueva generación indoespañola, es principalmente un filósofo amable, casi satánico por el hondo cuanto picaresco alcance de sus ironías. Ama la verdad y espera la hora cenital para decirla a gritos, con cara juvenil, m̄efistofélica, de imberbe Keyserling latino, esto es, ayuno de Nibelungos; pero hondo y trasparente como el "mare nostrum" del piloto Eneas. Su ágil y atrevido libro, "Viaje a pie" le colocó, por rápido golpe de catapulta, en el pináculo de nuestra Fama!

(°) Fernando González, aplaudido autor de "mi simón bolívar", se sirvió decirme lo siguiente, en su carta fechada en Medellín el 20 de enero de este año: "Respecto del estudio que usted me consagra le diré que de todos los publicados hasta hoy, es el que más me ha gustado, pues muestra que usted vivió mi libro. Gracias y mil gracias por él".

Desde la Patagonia hasta el Río Bravo, nadie ignora hoy que Fernando González, escritor de gran fuste, es ya verdadera promesa americana, un representante de la "raza", de esa mezcla anímica y biológica que él analiza y fustiga, tomando como ejemplares de su laboratorio experimental, a sus propios conterráneos, "seres enclenques, pequeños, de uñas violadas, tan amigos de los Congresos".

Hoy, en vísperas del primer centenario de la muerte del Libertador, Fernando González sorprende gratamente al mundo americano con su originalísima obra "mi simón bolívar", escrita a manera de diario meditativo por Lucas Ochoa, un hijo espiritual de Rabelais. El libro, jugoso por la apretada enjundia de 309 páginas, lo dedica Fernando González al mayor Santander y al general Páez, los presuntos separatistas de la grandiosa nación soñada en Jamaica, plasmada en Angostura y legalizada, política y geográficamente, con el último disparo de Pichincha. Pues en lo tocante a Juan José Flores, aquel soldado ambicioso, pero siempre obediente y ayuno de deslealtades manifiestas, su obligada acción disolvente fué consecuencia del Congreso de Valencia y de las sediciones seudo civilistas de los antiguos colegiales de San Bar-

tolomé y el Rosario. Obsérvese que el mismo 13 de mayo de 1830 la Asamblea Constituyente de Riobamba se entrega a discutir y aprobar un decreto de honores a Bolívar—honores de orden moral—como no se los han decretado todavía en ningún congreso o asamblea americanos.

Está perfectamente bien, y es el primer acierto de la obra, la dedicatoria puesta por el ático autor de "Viaje a pie".

"mi simón bolívar" puede ser calificado de memorial histórico-filosófico, contraído a rastrear en el mar sociológico de nuestra América, una conciencia de verdad, una conciencia que resuma lo mejor y más elevado de las conciencias colectivas. Lucas Ochoa, hombre curioso, de enorme, de vasta cultura; hombre encanecido en el estudio de los mitos y apóstoles más ilustres de la Humanidad: Buda, Jesucristo, Pablo de Tarso, Tolstoy y Mahatma Gandi, descubre, auxiliado por su método "emocional", que en Santiago de León de Caracas había nacido, a la una de la mañana del veinticuatro de julio de 1783, un español criollo, heredero de toda la energía de los Conquistadores y que en su corta vida de 47 años, cuatro meses y veinti-

cuatro días, había cumplido los siguientes principios en que se resume la actuación de la energía humana, indispensables a la culminación de la conciencia continental:

I.—Saber exactamente lo que se desea;

II.—Desearlo como el que se ahoga desea aire;

III.—Sacrificarse a la realización del deseo.

Ese hombre fué SIMON BOLIVAR, a quien analizará Lucas Ochoa al través de las triples, no igualadas, manifestaciones de su grande espíritu: El manifiesto de Cartagena (1812); La Carta Profética de Jamaica (1815), y El Discurso de Angostura (1819).

El veraz Manifiesto de Cartagena, escrito en el destierro, con la hórrida visión de la ciudad natal hecha escombros y pasada a cuchillo por el cruel Monteverde; con el triste recuerdo de Miranda, el viejo girondino, vencedor de Valmy, capitulando por repugnancia a los “bochinches”, y con el eco desgarrador e insultante de compañeros y homúnculos que desconfiaban del dinamismo del autor y le volvían las espaldas; el Manifiesto es la pieza máscula, inicial, reveladora de la verdadera “conciencia ame-

ricana”, que Lucas Ochoa se complace en localizar, aislar, analizar y presentárnosla como paradigma de futura redención, cuando con el devenir del tiempo, presente nuestra América—cocktelera de espermatozoides—un tipo bastante definido, verdaderamente racial. El Manifiesto, escrito a seguidas de una derrota absoluta, (la pérdida de Venezuela) es un documento bélico, pero de grande alcance político-sociólogo-económico.

Lucas Ochoa, filósofo proteico que escruta con delectación en las nebulosas de la teosofía, encuentra que el Manifiesto de Cartagena y la Carta Profética de Jamaica—verdaderos evangelios de hombre visionario, tocado de la gracia divina—corresponden ontológicamente al tipo ario del “mahatma”, elevación purificada del espíritu, alma grande, cósmica, sustentadora de una “conciencia continental”. Esa conciencia, para orgullo de la humanidad ansiosa de perfeccionamiento, fué SIMON BOLIVAR!

El célebre Discurso de Angostura, documento escrito en las soledades del Orinoco, bajo la cálida inspiración del padre Sol y de esa naturaleza augusta que será—dentro de unos siglos—asiento de una humanidad renovada y superior fué, en cierto modo, génesis de la Consti-

Aristeguieta. Con respecto a las otras beldades, que le siguieron en su viaje proceloso como siguen las raudas aves marinas a los fuertes trasatlánticos, se inclinó Bolívar sobre ellas, se abatió Bolívar sobre ellas como el polen que el viento inclina y derrama sobre la tierra húmeda y fecunda...

“mi simón bolívar” es la obra más original y bella que hasta hoy se haya escrito sobre el Hombre-Sol. Fernando González nos promete un segundo tomo, contraído a pintarnos la vida humana del Libertador, esto es, el sér plasmado en barro perecedero, cofre de su alma, de ese grande espíritu que identifica a Bolívar con el tipo esotérico de un “mahatma”.

Ningún homenaje mejor a la “única conciencia continental”, que habernos presentado al Libertador en un plano espiritual de grandeza y superioridad. Basta, como lo pide Lucas Ochoa, de esa literatura desastrosa “de palabras amplias, huecas, formando andamio tan alto que no se percibe a los actores”. Basta de medallas, estatuas, oleografías grotescas, libracos incunados, verdaderos camiones para la carretera de los lugares comunes... Contemplemos a Bolívar, en el primer centenario de su

muerte, de su vuelo definitivo al karma superior, como lo que fué, es y será:

LA ÚNICA CONCIENCIA CONTINENTAL del mundo de Colón!

No hubo tal inquina...

El valioso y significativo obsequio que el Gobierno de Alemania acaba de hacer a Venezuela, de la carta autógrafa que Vicente Rocafuerte dirigiera desde Londres, el 17 de diciembre de 1824, al sabio Barón Humboldt, trae sobre el tapete de la actualidad centenaria, el tan controvertido punto de la repulsa o animadversión que algunos historiógrafos afirman existió siempre entre el ilustre ecuatoriano y el gran Libertador.

En la citada carta, conservada cuidadosamente por la Biblioteca Nacional de Prusia y hoy propiedad del Gobierno de Venezuela, se refiere Rocafuerte, con grande entusiasmo, al triunfo de Junín, donde los llaneros destrozaron la fuerte caballería de Canterac, empleando la consabida táctica de "vuelvan caras". El prócer guayaquileño, hace en sus párrafos entusiastas elogios de Bolívar, "elevado al rango de los héroes", a quien conocieran Rocafuerte

y Humboldt, "tan atolondrado, tan ligero, tan inconstante". Naturalmente, la exégesis de esta parte del documento corresponde al Bolívar diplomático de 1810, al joven rico y elegante que se presenta al Marqués de Wellesley contrariando un poco el severo protocolo de las Cancillerías y desbordándose en una charla sobre ideas radicales para implantarse en regiones que aún estaban lejos de sacudir el yugo colonial. La referencia de Rocafuerte, veraz por lo que respecta al Bolívar de 24 años uniformado en Londres de diplomático venezolano, no tiene nada de odiosa ni de mordaz, pues en la misma carta, acatando ya Rocafuerte el grandioso evangelio de Jamaica (1815), escribe don Vicente: "Promete libertar el Perú del yugo español durante el corriente año (1824): sus oráculos son más seguros que los de Calcas".

Conviene advertir que Rocafuerte es el criollo rico y aristócrata a quien la fortuna le ha permitido pasearse por toda Europa y alternar en varias Cortes, como lo hiciera Miranda, servido de su audacia, su talento y su *charme* de romántico aventurero. Lo mismo que el Precursor caraqueño, Rocafuerte es comensal de la Emperatriz Catalina, amigo de los reyes de Suecia y Polonia y miembro noble de varios

clubes londinenses. Ha sido diputado por Guayaquil a las Cortes de Cádiz (1812); ha sido compañero de diversiones de Fernando VII, y ha sido escogido por los mejicanos para que represente en Inglaterra, con carácter diplomático, a la Nación Azteca, a la que antes había servido desde Filadelfia, cuando los nefastos días del reinado de Iturbide.

Rocafuerte y su grande amigo, el sabio Barón, supieron con detalles mínimos las gestiones diplomáticas de Bolívar en Londres, hábilmente protocolizadas en las notas que éste y López Méndez entregaron al Foreign Office. El talento de Bolívar resplandece en ellas, pues si su elocuencia juvenil corrió desbordada ante el circunspecto Marqués de Wellesley, en las notas oficiales la precisión de los asuntos y la sobriedad del estilo, revelan al diplomático verdaderamente consciente de su difícil labor.

Además, para poder justificar en cierto modo las expresiones del ilustre guayaquileño, debemos advertir que don Vicente había conocido, en los elegantes salones de París al inquieto joven caraqueño, vigilado por el mismo Fouché, a cuyos oídos llegaban las acerbas y repetidas apreciaciones de Bolívar contra el formidable Corso. Y mirando hacia atrás, recuer-

dese también la actitud desenfadada del futuro Libertador de América ante su anfitrión el Virrey de Méjico, para considerar, como ayunos de todo odio, los epítetos de Rocafuerte para el verdadero hijo de Colombia y Marte.

Aparte de estas consideraciones, no han faltado eruditos que, entresacando frases de las cartas de Fanny du Villars Trobiand Aristequieta a su primo Simón Bolívar, deduzcan que éste tenía celos de Rocafuerte, también íntimo amigo de la bella Fanny, de donde admiten esos escritores, por contra, que el prócer ecuatoriano abrigaba oculta antipatía para su glorioso rival...

Todo esto es posible en el socorrido reino de la fantasía, pero de ninguna manera verdad, porque no resisten tales conjeturas el escalpelo de la crítica. La espiritual Fanny, que cita con frecuencia a su buen amigo Rocafuerte, no es ya la linda musa parisiense de los años 1804 y 1805. Ahora, entre los años de 1825 y 30, es fruta amarillenta, otoñal, con su corteza *d'embonpoint*, y es en este esferoidal período de la vida, cuando Fanny recuerda con mayor frecuencia al ilustre ecuatoriano.

En su carta del 18 de setiembre de 1825, dirigida desde Londres a su glorioso primo, es-

tampa estas cordialísimas palabras: “En medio de mis diligencias de adquiriente, he experimentado la más agradable de las sorpresas: he encontrado a vuestro amigo y también amigo mío Rocafuerte que ha compartido mi entusiasmo y mi placer por nuestro encuentro”. Años más tarde, en carta del 17 de enero de 1830, Fanny vuelve a hablarle a Bolívar de Rocafuerte, “quien por amor propio, por orgullo, no se halla al servicio del Libertador”. Y esto, a los cuatro años de haberle prestado Rocafuerte un valioso servicio de dinero a la Gran Colombia y, por ende, a la causa de la independencia americana.

A ruego de su colega, don Manuel José Hurtado, quien invocaba “el interés que tienen los Estados de América para sostenerse en todo lo que pueda contribuir a su prosperidad”, Rocafuerte prestó a la Gran Colombia—en nombre de Méjico—la suma de 63.000 libras esterlinas, valor de los dividendos atrasados de la Deuda, que la Administración de Santander no podía pagar por haber perdido los fondos en la quiebra dudosa de los judíos Goldschmidt & C^o.

Rocafuerte, comprometiendo de un todo su gran reputación personal, facilitó el dinero, no sin advertir a su Cancillería que “había llegado

el momento de que Méjico extendiese su mano benéfica en favor de una nación hermana". Ni tan nobles sentimientos americanistas, ni la destacada probidad de Rocafuerte, le libraron de los rudos ataques e invectivas conque la Cámara de Diputados de Méjico lo abrumara, en los años de 1826 y 1827. "Ha tomado nuestro dinero para dárselo a su tierra"—exclamaban los furiosos diputados aztecas—ignorando que don Vicente no había nacido en Bogotá, sino en Guayaquil, donde nunca llegarían ni las migajillas de los Santanderes, de los Hurtados y otros financieros de aquella época, cuyas maniobras de dinero causarían tantas bascas al íntegro Libertador.

Por cierto que Bolívar supo apreciar el gesto americanista de Rocafuerte, a quien hace franca justicia en una carta que el Libertador dirigiera en diciembre de 1827 a don José Fernández Madrid. Años antes, en 1821, don Simón le había escrito a su antiguo amigo Rocafuerte, recomendándole consiguiera en Londres buenos compradores para sus minas de Aroa. Todas estas cordiales relaciones y aquel señalado servicio para la causa de la Independencia, prueban que Rocafuerte no abrigó nunca odio

contra Bolívar, sino más bien admiración para su genio incontrastable.

Hay dos hechos muy notorios que han servido a algunos escritores para admitir la supuesta inquina de Rocafuerte contra su presunto rival en amores, el insigne caraqueño. Pero si se ahonda con severa crítica histórica en ambos hechos, claramente se ve que el úno era fruto de las sugerencias que Páez y sus corifeos habían lanzado desde Venezuela, despachando a Lima, como correo de gabinete, a don Antonio Leocadio Guzmán.

Rocafuerte, en nota que desde Londres dirige en setiembre de 1828 a la Cancillería mejicana, advierte las negociaciones de Bolívar con la España para ver "de proclamarse rey o jefe absoluto vitalicio de Colombia, como los Santos aliados dejaron a Bernardotte en el trono legítimo de Suecia". Teme, el diplomático ecuatoriano, que el precio de la Monarquía propuesta por Páez sea "la vista gorda" de Colombia para que la expedición del Brigadier Barradas pueda desembarcar, sin obstáculos, en Campeche. De Venezuela, de la misma patria del Libertador, partía la absurda especie de la coronación, y era muy natural que tal noticia chocase enormemente a Rocafuerte, quien había

combatido sin descanso contra el golpe de Iturbide.

Otro punto que ha dado asidero para estas presunciones, de carácter histórico, es la negativa de Rocafuerte para que Manuelita Sáenz, perseguida sin tregua por el santanderismo bogotano, no pudiera radicarse en Quito, su tierra natal. Rocafuerte, el más ilustre de los mandatarios ecuatorianos, desbarataba en aquellos momentos una injusta revolución fraguada contra su Gobierno. El general Sáenz, pariente de Manuelita, era uno de los cabecillas revolucionarios, y resulta muy lógico admitir que Rocafuerte atribuyese al regreso de Manuelita alguna conexión con los rebeldes.

No hay tal odio contra la que fué verdadera y segunda esposa espiritual y carnal de Bolívar; no hay, en la enérgica y por lo mismo cruel negativa de Rocafuerte, asomo de odio contra "la libertadora del Libertador", y tan cierto es ello que la orgullosa Manuelita, la eterna rebelde de aquellos duros años del *trabuquismo* en auge, acató mansamente la disposición del Presidente Ecuatoriano, y optó por retirarse a Paita, para guardarle hasta el minuto mismo de su muerte, homenaje de silencio y veneración a nuestro gran Libertador.

Doña Manuelita Sáenz, la bella y cultísima quiteña, es el eterno símbolo de la fidelidad ecuatoriana para con el Padre de la Patria.

Doy fin a este ligero, bosquejo, escrito sin pretensiones académicas; pues sólo aspiro demostrar que no existió nunca mala voluntad ni odio personal del ilustre ecuatoriano, Vicente Rocafuerte, para con el Hombre-Sol de nuestra América.

Trabajo de fuste

En la historiada Sala Capitular del Convento de San Agustín, en el mismo recinto donde los próceres quiteños firmaron en Agosto de 1809 el acta de Independencia ecuatoriana, leyó el 17 de diciembre último una brillante conferencia, el reputado escritor don Isaac J. Barrera, Miembro de la Academia Ecuatoriana de Historia.

Barrera abarca el cielo bolivariano apartándose hasta donde es posible de las vías trilladas de la narración. Interpreta la obra hercúlea de Bolívar en planos espirituales de noble ideología, sin la originalidad y desenvoltura del antioqueño Fernando González; pero de una manera propia, digna, adecuada a la talla del

Bolívar verdaderamente inmortal, del héroe por antonomasia, "que va creciendo como las sombras cuando el sol declina". Barrera, servido de su vasta ilustración y de un estilo sobrio y elegante, nos presenta al Creador de Pueblos, al prócer del Continente, a la *única conciencia americana*, con su visión fija de los mancomunados destinos americanos, con su visión fija de la Patria Grande.

Bolívar trabaja por el Nuevo Mundo desde que se embarca rumbo a España por la vía de Méjico. Lo que él dejó de hacer por hacerse está en América, según la gráfica expresión de José Martí. Es esta concepción epónima de la universalidad, la que trata Isaac J. Barrera con plausible maestría, y es bajo tal aspecto como Bolívar supera con altura determinista a Washington y a San Martín.

El Libertador va al Perú, a enfrentarse con la intriga, la traición y el abandono. Va al Perú, más que por esa ansia de gloria que le atribuyen erróneamente algunos escritores sudistas, por la suerte y felicidad de América, por la libertad de la Patria Grande, que nunca habría podido existir si dejaba, en el rico Perú, la poderosa semilla del realismo.

En Pativilca, desencajado y ardido de fiebre maligna, fué el pináculo de la *revolución*, conforme al exacto calificativo del Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta.

Incuestionablemente, Bolívar tiene todavía mucho que hacer en América. Se necesita que en cada país haya un Fernando González, y si no el ironista antioqueño, siquiera un Isaac J. Barrera, que griten la verdad y acaben con tanto regateo de veracidad y legítima gloria.

¿Qué puede ya sorprendernos que el ilustre General Mitre haya querido *presentar* las geniales campañas de Bolívar como consecuencia de "los planes técnicos" de San Martín, cuando cierto señor Max Grillo—septembrista resucitado—acaba de asegurar que el General Santander fué el organizador de las victorias y el planeador de la campaña de Boyacá?... Qui-siéramos que resucitase Pablo Morillo para oírle el terno que soltaría ante semejante audacia e impostura.

El General Santander de Cúcuta, amenazado de fusilamiento por no querer marchar cuando la campaña admirable de 1813; el General Santander sorprendido por el centauro Infante, en la acción de Boyacá tras de un rancho; el General Santander, dificultando con el laberín-



to de las *leyes* la campaña del Perú, resulta, según el desenvuelto señor Grillo, nada menos que ORGANIZADOR DE LAS VICTORIAS!! Quiere decir que si Bolívar fué el hombre de las dificultades, el General Santander debe ser, no el *hombre de leyes*, sino el de las victorias!

Magnífico, superior, el trabajo del ecuatoriano Isaac J. Barrera, porque fluye de sus páginas la sana verdad y no el ingrato chauvinismo.

El poema de Mr. Stabler

Entre los diversos homenajes espirituales que, con ocasión del primer centenario de la muerte del Libertador, el mundo civilizado acaba de rendir a Bolívar, merece figurar en primera línea el pindárico poema, "In memoriam", del poeta y diplomata norteamericano, señor Jordan Herbert Stabler quien, tomando inspiración del famoso "Delirio en el Chimborazo", acomete la empresa de narrar, en versos heroicos, la asombrosa, la épica vida del Hombre-Sol, desde el 19 de abril de 1810 hasta el 17 de diciembre de 1830, cuando apagóse para siempre el sol de Colombia, según la gráfica expresión del general Luque.

señor Stabler. El culto periodista don Henrique Chaumer, traductor de la obra, se excedió en habilidad y talento para ceñirse fielmente a la letra del poema y, sin duda, debido a esta circunstancia—que privaba al señor Chaumer de la necesaria libertad lírica—la versión castellana de “In memoriam” no pudo ser, como el original inglés, rica en sonoridad, ni en esos ritmos levemente matizados, tan propios del idioma de Edgar Poe.

El señor Stabler, que tiene en prensa un libro histórico sobre las actividades del General Miranda en Norte América y en las Grandes Antillas, pertenece a la pléyade de diplomáticos extranjeros, admiradores fervientes del Libertador de la América Hispana. Con el malogrado Jules Mancini y el siempre grato Eduardo Clavery, Jordan Herbert Stabler integra una trinidad espiritual y diplomática que, nosotros, los nacidos en las Naciones bolivarianas, debemos agradecer y tener siempre muy en cuenta.

Por lo que a mí respecta, conozco y aprecio al poeta Stabler desde aquellos años en que el autor de “In memoriam” sirvió como diplomático de su gran país en Quito, en el seno de cuya noble y severa sociedad, su cultura *sorbonnienne* y su corrección caballeresca le granjea-

ron hondas y firmes simpatías. Desde aquella época tan grata me he preocupado en seguir su brillante carrera. Secretario de Legación en Suecia, Bélgica, Inglaterra; Encargado de Negocios en el Ecuador, Consejero en Versalles y Consultor en el ya finiquitado pleito de Tacna y Arica, Jordan Herbert Stabler abandona de repente el dorado espadín de Talleyrand para ponerse a la cabeza de una empresa que involucra millonadas de pesos! El destino habría de reunirnos en esta gentil Caracas y, al manifestármele sorprendido por tan notable cambio de profesión, Stabler, con sonrisa optimista y cortesana, se dignó responderme:

—¿Acaso te has olvidado de la célebre frase de Roosevelt, tan en boga en Chile cuando tú comenzabas, en ese hermoso país, tu carrera diplomática y literaria?

“Un poeta vale más que una fábrica”.

Al correr de la máquina, como en frívola charla de sobremesa, he escrito este breve comentario sobre el homenaje que un poeta norteamericano, amigo sincero de Venezuela, se ha servido dedicar al Héroe Máximo de la América que reza a Jesucristo en el idioma de Cervantes.

En mi doble carácter de bolivariano y de representante diplomático de un país donde se recuerda y aprecia al intelectual Jordan Herbert Stabler, consigno en estas líneas mi aplauso y franca admiración.

Un libro de Vivanco

El distinguido historiógrafo ecuatoriano, autor de la utilísima obra "La Cronología del Libertador", miembro entusiasta de la Sociedad Bolivariana de Quito, y alto funcionario de la Cancillería quiteña ha rendido valioso homenaje al Padre de la Patria en el centenario de su muerte, con la publicación de su trabajo erudito, rico en referencias y en documentación, con el cual el señor Vivanco demuestra en forma categórica la fidelidad de la Nación Ecuatoriana a Bolívar, donde los deudos de los próceres del 10 de Agosto de 1809, bárbaramente masacrados en el batallón Real de Lima, junto con los próceres guayaquileños del 9 de Octubre, supieron comprender la personalidad genial de Bolívar, acatar sus designios, cooperar a su obra gigantesca de liberación continental, respetar su figura epónima y venerable siempre, en los mismos momentos en que Colombia atenta-

ba contra su existencia y Venezuela le negaba, por un cruel decreto legislativo, pan y hogar...

El señor Vivanco toma al Libertador a seguidas de la sangrienta batalla de Bomboná (1822), cuando el Hombre-Sol decide seguir a la cuna del Inca Atahualpa, sin columbrar que el futuro Mariscal de Ayacucho, haciendo prodigios de estrategia, ganaría un mes más tarde la batalla decisiva de Pichincha. Cuando Bolívar se acerca a Quito recibe la noticia del triunfo de Sucre; y lo que habría sido para él entrada bélica y difícil, contra el fuerte y atrincherado ejército realista de Aymerich, se convierte en una entrada triunfal, de las más grandiosas que el Padre de la Patria tuviera en sus quince años de campañas. En la mañana del 16 de junio del año 1822 hizo Bolívar su entrada a la hermosa ciudad, favorita de Huayna-Capac. Un millar de jinetes de todas clases sociales había salido varias leguas hacia el Norte, a encontrarlo. Durante varios kilómetros pasó Bolívar por bajo los arcos triunfales, "arcos en que las Famas erigen sus largas trompetas"; de todas las aldeas y quintas salían voces aclamadoras, niñas agitando banderas y ramos de flores. Por fin entró a la sultana del Pichincha, tan famosa por la belleza de sus hi-

jas. Pétalos de flores tapizaban el camino de Bolívar cuando de repente una gran corona de laureles cayóle con todo acierto en la cabeza. Levantó la vista Bolívar al balcón de donde le había sido arrojada la ofrenda, y sus ojos, ases de todos los peligros, se encontraron con dos grandes ojos negros, encendidos guardianes morros de un rostro encantador. El héroe de Boyacá y Carabobo, el domeñador del pirata Bianchi y burlador del capitán Renovales, el titán que había fusilado a Piar y dominado al "caltire" Páez, no pudo o no quiso resistir la mirada de la beldad quiteña. . . Siguió preocupado hasta el Cabildo y luego a la vieja Catedral, donde se cantó el solemne "Te-Deum". Por la noche, en el gran baile ofrecido en su honor, el aristócrata quiteño Juan de Larrea, del Marquesado de San José, presentó al Libertador a la señora Manuela Sáenz de Thorne!

Ella, la beldad quiteña, fué la segunda verdadera esposa del Libertador, por sobre conveniencias, rigorismos moralistas y prejuicios que aún rigen en la sociedad. La adorable loca sabría fundir el "yelo de los años" sabría rejuvenecerlo, alentarle, comprenderlo, defenderlo con su propia vida y, años más tarde, en una actitud de grandeza esquiliana, venerar por mu-

chos lustros a Bolívar, en tanto que sus manos delicadas trabajan flores de papel, y el gangoso mar de Paita le recuerda, con sus olas, los trágicos trenos de Santa Marta.

El señor Carlos A. Vivanco, con el dominio que tiene de la materia, sigue minuciosamente la peregrinación de Bolívar en ciudades y pueblos ecuatorianos. Nos pinta a lo vivo cómo lo recibió la docta Cuenca y con qué entusiasmo, vestido de cierta arrogancia, lo recibió y agasajó Guayaquil, patria de sus nobles amigas las Caraycoas y las Gainzas. Bello, muy bello el trabajo del señor Vivanco y muy digno homenaje a la memoria centenaria del Libertador.

MARGINALES

"La Daga de Oro"

En Venezuela, donde las costumbres típicas, las cosas viejas y locales, todo lo que significa el alma y folklore del país, no sufre todavía esa impugnación empeñada en suprimir lo auténticamente criollo, tiene el cuento una pléyade valiosa de cultivadores, en la que se destaca con Urbaneja Achelpohl, Arturo Uslar Pietri, Carlos Eduardo Frías, Michelena Fortoul y Nelson Hiniob, el culto y ágil literato Carlos Paz García.

Una docena de cuentos forman el libro que luce el título de la primera novelita, hábil narración poeniana, cuya hermosa factura nos



recuerda "Le Rideau Cramoisi" de Barbey d'Aurevilly o los refinamientos especiosos de ese *dandy* de la prosa que fué Jean Lorrain. Semejante al primer cuento, "Los Gimnastas" son otro cuadro cosmopolita en que la sierpe de los celos clava en la farándula sus mortales colmillos...

Se me ocurre que el autor, por un alarde ingenuo de sus cualidades imaginativas, ha creado estos asuntos que resumen la prueba plenaria de su capacidad, pues a renglón seguido la ratifica, subiendo hasta las zonas nebulosas de Wells, ya que nada hay imposible en el correr sorpresivo del Tiempo. Acaso no es una pesadilla constante, para el destronado Emperador teutón, la cercana victoria de un nuevo Atila o de un bolchevique Tamerlán?... En "Cuento Futurista" Carlos Paz García nos presenta el espectáculo de París conquistado por las crueles y bien artilladas tropas manchúes!

Pero no es en estos cuadros de fantasía universal donde el autor nos cautiva con su bien jalada prosa y con la robusta concatenación de sus asuntos. Es en el ambiente criollo, es en el andamiaje de la vida venezolana, donde Paz García se yergue y se nivela con mentalidades que han triunfado y seguirán destacándose en

el género más propicio para pintar las inquietudes indoamericanas. La novela, generalmente vaciada en los moldes cansinos de Pereda, todavía nos resulta grande; y por cuatro éxitos continentales, imposible admitirla como verdadera pauta de nuestra joven literatura.

El cuento expresa lo exacto y lo factible; y bien se ve su influjo mental por los cultivadores que tiene en toda la América hispana. Si Argentina se enorgullece con José S. Alvarez (Fray Mocho) y Roberto J. Payró, Uruguay tiene a Javier de Viana; triunfan en Chile Joaquín Edwards Bello y Víctor Domingo Silva y bastan para la fama del Perú y de Colombia los nombres consagrados de Ventura García Calderón y de Cornelio Hispano. En el Ecuador han surgido recientemente Pablo Palacio, José de la Cuadra y Manuel Muñoz Cueva. Por lo que toca a Venezuela, gran parte de su heroico pasado, es obra de su *pueblo*—el gañán de los campos y el patiquín de las ciudades—y ya dijimos que el género tiene eminentes cultivadores y que espigan con el autor de “La Daga de Oro”, además del laureado Urbaneja Achelpohl, nada menos que el malogrado orfebre de la prosa, Manuel Díaz Rodríguez.

De los cuentos de Paz García preferimos "Los Resortes de Vulcano", dramita criollo que ampliando sus detalles cobraría la talla de una comedia pirandélica!

"El Sapo" es otro acierto del autor, porque esa virgen de cálidos instintos, modelada por el sol de los cañamelares, es la que vemos llegar diariamente por todos los caminos que conducen a Caracas, donde la satisfacción sensual no es para Ana María el rojo pecado del Paraíso, sino la urgencia de la carne fuerte, de las ambiciones que no han realizado todavía el hambre de aventuras y la sed de acción personal. Todas esas Anas Marías, que tronchan indiferentes el simbólico azahar, siguen las huellas de los que, abandonando ayer la murria de los cañamelares, marcharon al Potosí, insaciables de gloria y sedientos de goce y libertad. ¡Oh, Fatalismo! Oh, poderosa ley de herencia!

Con broche de oro cierra su obrita Carlos Paz García. En dos narraciones de las guerras civiles de Venezuela nos ofrece dos figuras reales y contrarias. El hombre de la ciudad, más tarde absorbido y *abuliado* por la vida de la aldea que oscila entre el chisme cotidiano y la obligada contribución sexual; y el hombre fuerte de las llanuras, todo instinto y todo cruel-

dad, que busca en las trombas del peligro, el atemperamiento de sus concupiscencias. Juan Rodríguez, el abúlico esposo de la catira Josefa; y el bárbaro general Utrera, viven o han vivido, porque Paz García los ha pintado de mano maestra.

“Ella”

Este pequeño breviario, de nítida y bella presentación, prueba una vez más que no están en lo justo quienes aseguran que hay perpetua riña entre los versos y las ecuaciones. Hace años, un insigne español, el ingeniero don José de Echegaray, probó *urbi et orbe* que en nada se oponían los planos de puentes y de carreteras a la factura de dramas declamatorios, ya en octosílabos de fácil dicción, ya en prosa orfebresca, como aquella del “Gran Galeoto”, en que el joven Ernesto discurre con un gongorismo que ya quisieran para sí algunos dadaístas actuales.

Y ayer no más, *en faisant ma carrière*, cúmpleme recordar al querido amigo e ingeniero de la Universidad de Lieja, el diplomático chileno, don Francisco Rivas Vicuña (el tío Pancho de Teresa de la Parra?...) quien hablaba en verso cuando a guisa lo tenía y a quien una

vez, *a la suite* de un luculesco banquete, le vi escribir, en ese papel de trazar planos, un poema sobre el Sumida, el río que atraviesa, como cinta de plata, el famoso Yoshiwara de Tokyo.

“Ella”, estancias líricas del orfebre de la piedra, mi amigo Rafael Seijas Cook, forma una guirnalda de versos madrigalescos para los que el Arquitecto-Poeta tiene facilidad y facundia.

París! El París de mis veinticinco años, pletórico de vida, de amor, de arte y de locuras; el París en que eran *rara avis* los norteamericanos y la comparsa negra de Josefina Baker; la ciudad de la Mimi complaciente y de la veleidosa Manón, con su Barrio Latino, su bullicioso “Bullier”; en ese París de los vales románticos y de los estudiantes sin blanca, comenzó a escribir sus poesías Rafael Seijas Cook.

*Oh, mi pálida griseta
de perfiles delicados de musmé;
mi bohemia caprichosa
de poeta
te llamaba mariposa
de los parques del “quartier”.*

.....
.....

*¿No recuerdas nuestro nido color rosa,
tan pequeño, cual tu pie?
¿Lo recuerdas?... Amorosa
mariposa
de mis sueños del "quartier".*

En el poema "Epístola Nupcial" el autor filosofa un poco, sin duda para ajustar su grave y bondadosa fisonomía a los Jardines de Academia! pero a renglón seguido reacciona el vate, y sin salirse de Grecia (para el caso del libro, Francia) nos habla de senderos floridos como los limoneros "que huelen a alcobas, huelen a Eros". Claro está que Seijas Cook se refiere a esas tibias alcobas parisienses de la Place Pigalle, todas olorosas a heliotropo, a juventud, a mujercitas que duran, como las rosas de Malherbe, el rápido fulgor de una mañana!

Mil gracias, Arquitecto-Poeta, por su oportuno envío. Su libro me ha hecho recordar cosas lejanas, un bello tiempo ido, unos años de abundosa melena y de vaporoso corbatín. Todo era entonces amores fáciles, versos prosáicos y pobreza resignada, por lo alegre y romántica!

“Quito, arrabal del Cielo”

Jorge Reyes, autor de este libro de poemas urbanos, va tomando por la persistencia y fidelidad de su labor lírica, por su empeño hondamente evocador, el ademán bizarro de poeta genuinamente “quiteño”.

Su libro anterior, “Treinta poemas de mi tierra”, plasmado con versos fuertes, ricos, sudorosos, insinuó en factura y respiro vernáculos la decisión netamente criolla que hoy campea en su “arrabal”, tan colorista como sugestivo.

Su boleta de identidad ciudadana, más fija y exacta que la del gran trotamundos, Jorge Carrera Andrade, lo capacita para adaptarse al ritmo, casi moderno, de la vieja capital ecuatoriana.

En la urbe de las piedras historiadas y las ríspidas calles que ilustraron el lindo rostro de Manuelita Sáenz o el bélico bridón de Marieta Veintemilla, Jorge Reyes puede todavía andar embozado en su capa española, como aún lo hace el dilecto cronista, Cristóbal de Gangotena Jijón; pero no puede, el autor de “arrabal”, ignorar las cien antenas que, sobre las rojas techumbres de las casas quiteñas, recogen noche

a noche todo el parloteo frívolo del mundo, toda la música sincopada de los cabarets neoyorquinos; y si al poeta le sorprende el gallo de la madrugada y guiado por la *ever-ready* del alba enrumba hacia El Ejido, en busca de la cordial empanada de morocho, el vate y su capa española tienen que sentirse casi anacrónicos, ante el automóvil que lleno de lindas paisanas vuela al Tennis o al campo de Golf; ante los jinetes sajonzados del *paper-chase*; ante la sirena del ómnibus callejero o el silbido bárbaro y penetrante de la motocicleta policial.

Quito, gran señora dieciochesca, ya casi transformada en *flapper* de Cinelandia! dirá tristemente el poeta. Pero a seguidas exclamará: yo soy tuyo! yo abrí los ojos viendo quebrazón de soles en las breñas del Rucu-Pichincha; yo soy joven, yo debo afinar mi espíritu a la época y debo cantarte en la forma libre de la libre vanguardia!

Aquí me tienes, ciudad del Inca Atahualpa, “pescando panoramas a la orilla del día, con el anzuelo de mis ojos tristes”; aquí me tienes, guitarra criolla, “que enantes te tanteaba como hembra y eres tramposa como naipe amarrado”; aquí me tienes, barrio del Aguarico, “cholo jugador de pelota, y gritón de cantina y peleas

de gallo". Soy Jorge Reyes, el vate del suburbio, el guardián lírico del museo de tus bellezas, el *chapa* esquinero que, con su pito de innovaciones, te previene de raterillos del hemisferio y de endriagos consonantados...

Libro resuelto, libro de másculas bellezas, libro sincero como un *sucre* de plata acuñada o como un insulto de juventud, es el hermoso breviario "Quito, arrabal del Cielo". Su autor, Jorge Reyes, sacudido de telarañas retóricas, ahito de latines y de sinalefas, canta en verso nuevo a la urbe añosa del Pichincha, aunando la prestancia de la ciudad castiza con el milagroso aspecto de su renovación juvenil.

En el fondo la ciudad es la misma, por mucho que en la alta noche no suenen ya los dulces bandolines del ciego Nájera, ni la voz del tenor *chagra* acogote, con su agudo falsete, la estridencia de las ortofónicas, ni el maullido sintónico de los radios. Hizo bien en irse al Hospital y morir en la paz del Señor el poeta Antonio Toledo, autor de "Brumas", cuyo fino espíritu bohemio interpretó, con la fidelidad de un Jorge Reyes actual, el alma noble y romántica de la cuna de Manuelita Sáenz.

"Qué cosa más oronda que arrimarse a una esquina" y proyectar en el muro más próximo,

con la lente de la libre fantasía, las mil estampas de una ciudad devota y recatada, que sólo muestra sus encantos, sus sedosas intimidades, a quienes sepan verla con cariño o con esa férvida simpatía de los artistas en vacaciones.

Homenaje a Don Andrés Bello

Ante todo mil gracias, jóvenes caraqueños, por el honor que me habéis dispensado ofreciéndome la presidencia de este bello acto cultural que, auspiciado por el nombre ilustre del vencedor de Pichincha, realizáis para enaltecer aún más el nombre de don Andrés Bello, benemérito prócer del pensamiento americano.

Si para toda la América que habla y piensa en castellano la figura de Bello se destaca con relieves atenienses de verdadero *maestro*, para vosotros, jóvenes alumnos, paisanos del insigne humanista, esa noble figura tiene que seros hondamente querida, porque Bello, agraciado por la Providencia con un aspecto apolíneo y un talento superior fué el joven pobre, jardinero de su espíritu, que buscó, lo mismo que los jóvenes pobres y contemporáneos de hoy, las cordiales y rumorosas plazas caraqueñas, la sombra del samán de la Trinidad para en-

tregarse al estudio y realizar la comunión espiritual conque el sér que medita y anhela más luz interior, se acerca verdaderamente a lo divino.

Imagináos ver salir temprano, en las espléndidas mañanas caraqueñas, por el callejón de Las Mercedes, a un joven modesto casi rubio, de mirada profunda pero serena; imagináos verlo entrar al convento de los Mercedarios, a recibir la diaria lección de su maestro, Fray Cristóbal de Quezada; miradlo luego en la placita o más allá, bajo el árbol copudo y rumoroso, discutir sobre Virgilio, sobre el poema del Mío Cid, sobre versos de Racine o de Milton, en tanto que sus benevolentes amigos, los ricos jóvenes de Ustáriz y Simón de Bolívar, el más joven e inquieto de ellos—indomable discípulo del Licenciado Sáenz—le oyen con respeto y atención.

Es Andrés Bello el prócer de la cultura y ya, en esos mismos momentos, la promesa realizada del primer humanista de América. Intérprete y mediador entre el Capitán General Casas y los Oficiales franceses del Gran Corso, los destinos de América compelen al joven caraqueño a participar en la lucha, en la manera espiritual, propia de un maestro. Al poco

tiempo Bello ha de partir a Londres, más que como diplomático de su patria, Venezuela, como mentor de su amigo e impetuoso discípulo, el futuro Libertador.

La pobreza, ninfa Egeria de los hombres de talento, no le ha de abandonar nunca en Londres; pero Bello trabaja, estudia, lucha, sufre y ofrece a la grande América el acervo de sus luces. El fué, indudablemente, el *pioneer* de la propaganda indo-americana de "El Repertorio"; él hizo conocer en Europa, más que las riquezas naturales de nuestro Continente, el grado de cultura y de mayoría cívica a que habían llegado ya muchas secciones del Nuevo Mundo; y todo esto, en el diario ir y venir de la Biblioteca, del British Museum, de las cátedras de griego y latín, que le duplicaban su ya notable cultura; y todo esto entre la negra y amarga lucha por el pan, con veinte clases de castellano e historia de España dadas a veinte discípulos ingleses, dispersos en el vasto perímetro de la vasta urbe!

Pero no hay mal que dure cien años, ni Dios puede olvidarse, en su justicia superior, de quienes merecen noble recompensa. Chile, la nación que el Libertador elogiara en su carta de Jamaica, descubre a Bello, y éste ha de

engrandecer a Chile con la tea rútila de sus conocimientos. Cuando don Andrés se embarcaba para Valparaíso, Bolívar escribía al Ministro de Colombia en Londres: "No perdamos a Don Andrés; conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fué mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto".

Estas palabras, jóvenes alumnos, dichas por el "cabeza de milagros y la lengua de las maravillas"; estas palabras, dichas por el hombre que ya, en esos momentos había escalado un Chimborazo de grandezas para su gloria sempiterna, son la consagración definitiva del insigne maestro Andrés Bello. De ahí en adelante, bajo el plácido cielo de Chile, el ilustre caraqueño ha de ser el mentor espiritual de una gran República.

El pautará con seriedad y discreción, los negocios de la Cancillería chilena; él hará, de la Universidad de Santiago, la cátedra del saber; él dignificará, con sus escritos de noble elevación, el estrado de la prensa; él dará a la América, el Tratado de Derecho Internacional; a la noble y generosa Chile, aquel grandioso monumento de jurisprudencia que se llama "Código Civil"; y a su amada patria, por la que

suspirará siempre, en su larga y fructuosa vida, su magnífico "Canto a la Zona Tórrida" donde están vivificados por el numen del poeta los paisajes del Guaire, del Catuche y de Chacao.

Bello, que es una de las tantas glorias venezolanas, es orgullo de la América, porque su talla de humanista, su envergadura de maestro clásico, favorecido por una larga vida patriarcal, no tienen todavía pareja semejante. Grandes fueron Sarmiento, Montalvo, Martí y Rodó; pero ninguno de estos pensadores ejerció un magisterio tan continuado y eficaz, tan bañado de serenidad y cuajado de provecho, como el del maestro Bello.

Jóvenes caraqueños, permitidme regresar a mis tiempos de colegial, permitidme estar en la compañía de vosotros para, con el alma ingenua y bañada de sano optimismo, ofrecer al gran maestro de América, Don Andrés Bello, el homenaje de mi respeto y mi admiración.

Gil Fortoul y su último libro

José Gil Fortoul, el eminente historiador venezolano, es un amigo de la juventud, un animador de optimismo, un maestro amable que se interesa por toda actitud renovadora. Ejem-

plo de esta simpática modalidad es su reciente libro "Sinfonía inacabada", en cuyas páginas cobra singular relieve el pensador, el *croniqueur*, el jurisconsulto, el charlista—que en nuestro idioma y dentro de nuestra modalidad difiere mucho del *causeur* galo—el discutidor ironizante y, por sobre todas estas faces, el hombre amplio que derriba, en beneficio ajeno, las tapias de su huerto interior.

Dice Gil Fortoul que escribir y hablar fué su destino. Efectivamente, no nació para industrial, comerciante, financista, arzobispo, ni agente de seguros. Nació en la brava tierra del Tocuyo, hace ya un montón de lustros; nació para animarse en cosas del espíritu; pero venezolano al fin, surgido en campos de Encomenderos y de Próceres de la Independencia, el doctor Gil Fortoul ha tenido la rara voluntad de equilibrar la agotante función mental con las actividades físicas del vivir, con la juvenil elasticidad del músculo, con la acción fuerte de la naturaleza por la naturaleza, del pulmón a pleno aire y del cuerpo todo entregado al tautaje del sol y a la moldedura fresca de las aguas. En "Galope rítmico", se dice buen camarada del caballo, rindiendo así—con vistas al blasón nacional—homenaje cariñoso al caballo

del escudo. Habla luego de los perros, compañeros fieles de su amigo (alter ego) Aracil. Habla, arrebatado, ante los jóvenes beisbolistas, a quienes advierte que "todo campo de sport es liberal escuela de energía y de compañerismo". Alude a las cuestas avileñas, a los caminos fatigados por sus *oxfords* mañaneros, de doble-suelas claveteadas. Tampoco se olvida de la pipa, en cuyos humos se desvanecen íntimas filosofías, ni tampoco de la espada que afirmó alguna vez —en el terreno del honor— el coraje de una tierra que dió a la América las figuras marciales de Jacinto Lara, Pedro León Torres y Trinidad Morán...

De repente, el viejo gentleman, el maestro historiador, se cala el monóculo y, prendida la nivea gardenia en la solapa del smoking, habla elevada y superiormente de ciencia biológica, de las filosofías históricas de Taine y de Spengler, de coordinaciones jurídicas, de las nuevas tendencias de arte, del vanguardismo soviético, que este viejo amable, siempre amigo de los muchachos, ya se sabía de memoria en las páginas extraordinarias de don Luis de Góngora y Argote, o en la estética innovadora de los vates del Segundo Imperio, con los que parece musitar:

*Mon coeur multiplié juit de tous vos vices
mon ame resplendit de tous vos vertus!*

Hace poco, en el día centenario de la muerte del Libertador, realizó un estupendo vuelo de Maracay a Santa Marta (Colombia). Le acompañaba otro viejo muy culto y notable, el señor doctor Guillermo Tell Villegas Pulido. El doctor Gil Fortoul, optimista y jovial, llevó de todo en viaje tan circunstanciado! Periódicos y revistas europeos, buen tabaco rubio de Virginia, rosa centifolia en el ojal de la solapa, provisión de monóculos, buena y vieja colonia de Atkinson, un arsenal de frases cordiales, salpimentadas con su natural ironía... y nada, absolutamente nada contra la luz excesiva, contra el frío de los cinco mil metros, contra el mareo de los raudos virajes; nada, absolutamente nada contra el natural temor, experimentado anticipadamente por personas que le decían:

—¿Pero va usted a volar así, doctor Gil Fortoul? ¿Ya se hizo examinar el pericardio, la presión arterial?...

Al volver de Santa Marta me lo encontré en el Hotel Jardín de Maracay, decididor y siempre alegre. Charlamos, tomamos luégo el infalta-

ble Martell cinco letras, y al insistir yo sobre el realizado vuelo, respondiíme:

—Muy interesante, sin duda por lo corto. Los viajes aéreos, superiores a seis horas, desvanecen por sí mismos la emoción, y entonces resulta el vuelo una cosa tan corriente como caminar o dormir. En la acción deportiva, como en toda cosa rica en sensaciones, precisa no desprenderse mucho de la tierra, nuestra madre, nuestra nodriza, nuestra querida. . . Viajar, aunque sea lentamente como Gerbault, nadar como solemos hacerlo en Macuto usted y yo, galopar un buen caballo o embocar 18 huecos de golf, tienen, tal vez, más placer deportista que volar de aquí a Santa Marta, o más lejos todavía!

Me quedé viendo, de hito en hito, al maestro amigo, al siempre juvenil camarada, no sin recordar con pena que en el río del Castaño, en la playa de Macuto y en la piscina del Country Club, el doctor Gil Fortoul había resistido siempre más tiempo dentro del agua que este pendolista admirador de su maestría literaria y de su vigorosa contextura humana.

Sea esperanza de lectores y de sus amigos, el título del reciente libro: "Sinfonía inacabada". Que un segundo tomo nos traiga, tras un breve adagio nostálgico, bellas y frescas pági-

nas que culminen en *allegros* vivaces del polifacético maestro, José Gil Fortoul.

"Lorenzo Cilda"

El autor de esta novela americana es el notable escritor y culto diplomata ecuatoriano, don Víctor Manuel Rendón, Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua y miembro honorario de varios ateneos y centros culturales del viejo mundo.

Ya son varias las obras que lleva publicadas el doctor Rendón; y dos de ellas, en francés, exaltan, con acertados toques líricos, a nuestros héroes de la Gesta Magna. Esos libros, de belleza sobresaliente, son *Héros des Andes* (París, 1904) y *Flammes et Cendres* (París, 1908). En ambas obras, las glorias venezolanas, culminadas por Bolívar, Sucre, Urdaneta y Salom, están descritas con entusiasmo y cariño inspirado, revelándose de esta manera el doctor Rendón un verdadero ecuatoriano, por su consecuencia y recta hidalguía para con la Patria de los Libertadores.

La reciente novela, "Lorenzo Cilda" involucra un fervoroso homenaje del doctor Rendón para la hermosa tierra guayaquileña: radica-

do en Europa desde hace algunos lustros; conservando latente, en su pecho de patriota, los recuerdos de su primera juventud, cuando el doctor Rendón discurría por sus ricas plantaciones de cacao. En la novela describe el regreso de Cilda a Guayaquil, para el arreglo de sus intereses personales. Lorenzo abandona París al poco tiempo de recibir, en La Sorbona, la muceta de doctor; abandona la Ciudad-Luz a raíz de haberse comprometido con la blonda Elena, delicada rosa de oro de los parterres versallescos. Sólo, por razones de intereses personales, indispensables para la realización de su compromiso conyugal, Cilda cruza el Atlántico con su corazón entregado a Francia; pero lo cruza no libre de cierta dulce curiosidad para con las cosas lejanas de su patria. Llega a Guayaquil donde la arquitectura de los recuerdos medio le atenúa su honda saudade por Francia, por sus refinamientos y por su linda novia parisiense.

Lorenzo apenas si se da cuenta del conflicto, y día por día la visión del trópico, la magia del gran río festoneado de palmeras, el canto brujo de los pájaros y el langor de las pálidas paisanas, van apresándolo con bejucos que saben el secreto del pasado y se adueñan

de él, hijo de la tierra ardiente y aromada... El viaje a sus propiedades del Balzar, parte que el doctor Rendón pinta con admirables descripciones, completa la reconquista realizada por el pasado. Es la llamada del suelo, la honda solicitud de lo *propio*, la que opera sobre el corazón de Lorenzo Cilda.

En su hacienda "Almacigal" conoce a Delia, bella fruta sazónada por el sol ecuatoriano; fruta carnosa y fragante, como no pueden producirla jamás los invernaderos de Europa. Fácilmente cae en las redes de la Circe tropical, y entonces se agudiza el conflicto de su compromiso con Elena, de su palabra empeñada, de estos dos amores que tiran fuertemente de su espíritu: Francia, patria de su adopción, y Ecuador, patria de su nacimiento. Y cuando la voz del terruño parece dominar y vencer, ocurre el pavoroso incendio de Guayaquil (1896), al día siguiente de una escena de celos habida entre Delia y Lorenzo. La pálida criolla, revelando el alma adormida de sus caciques huancauilcas y de sus volcanes andinos, se deja tomar por las llamas y perece en el siniestro urbano. Lorenzo Cilda torna a Francia; pero los remordimientos, que son la acusación del terruño, ya no dejarán ventura alguna a sus días fu-

turos. La patria es lo primero y lo último en el corazón de los hombres. Hé aquí la bella tesis del ilustre autor, Víctor Manuel Rendón, a quien envió muy sincero aplauso.

“La Voz de los Cuatro Vientos”

Un aristócrata del verso, un orgulloso de su torre de marfil, acaba de publicar un libro de poemas, que él ha denominado con el título de esta apostilla y que yo nombraría, “la rosa de los vientos”, por su polifonía, por sus caricias de favonio y por los silbidos de viento marinero, hecho a galopar sobre lo inmenso de las aguas, bajo lo infinito de las nubes...

Fernando Paz Castillo, espíritu delicado, de austera y fina sensibilidad es, dentro del movimiento de renovación artística venezolana, posiblemente el poeta de mejor peso específico porque en sus poemas—donde apenas campean pruritos de novedad artificiosa—sus versos traducen verdaderos estados de alma, proyecciones iluminadas del paisaje interior, que el poeta va descubriendo con una especie de desconfianza o rubor estético, signos inequívocos de su profunda honradez artística.

Sin ser un hosco, un hurraño denunciado por el espeso mechón que cae descuidadamente so-

bre los frontales del poeta, Paz Castillo es un hombre de aislamientos, amigo íntimo de su propia sombra. Transita por las calles como si anduviese por sendas remotas y polvosas, sin tráfico, quemadas de sol o besadas por miríadas de estrellas, de sus estrellas camperas, estrellas venezolanas que ponen sobre la vastedad de sus llanos un escándalo de luminarias... Camina, camina el poeta como un caballero cruzado del Orgullo, que para él no es el común sentimiento de vanidad, sino la conciencia de su diario goce interior, pegado como abeja diligente a las mieles de la buena lectura, consagrado a inquietudes de espíritu, que habrán de cristalizarse en formas impecables, de belleza, de evocación plástica, de sonido nuevo...

*La sombra que proyecta mi cuerpo
sobre el muro blanco,
es la parte nocturna de mi vida
que ha querido salirse para el patio...*

Pocos son los poemas *versificados* de Paz Castillo. Sus formas, libres de cartabones rigoristas, son dulces y nobles expresiones del alma. "La mujer que no vimos", "Palabras" y diez composiciones más de su bello libro, son trabajos acabados, en los que no hace falta

un retoque, ni el más ligero estucamiento. A mi juicio, en las primeras de las que cito, el poeta se supera a sí mismo, mostrándose gran señor de su blasonada torre de marfil.

La vanguardia no podía ser, para poeta tan logrado como Paz Castillo, cosa de novedad ni de artificio. El, tan clásico en el romance, es vanguardista de los mejores, cantando los caminos, tan llenos de matices ocultos; cantando amores de espíritu (la verdadera hembra del poeta es la Belleza); cantándole al zamuro "mancha negra que parece un roto en el azul del cielo". La imagen, no obstante el inevitable epíteto celestial, es nueva, clara y plena de armonía; ella contiene todos los elementos del vanguardismo: libertad, novedad y personalidad.

Como artista, la honradez de Paz Castillo merece toda loa y debiera servir de paradigma a algunos intelectuales de labor actuante. No especula con asuntos falsamente eróticos, se ha olvidado por completo, de los vacuos y tan manoseados abates y marquesas rubendarianos, no se prodiga en madrigales de compromiso social, ni le ha dado nunca por la ya cansina trompa épica. Canta, expresa estados interiores, corta rosas de subjetivismo y echa la mi-

rada hacia el campo vernáculo, hacia la aldea noble y hosca como su propia personalidad. El autor de "La voz de los cuatro vientos", es un poeta venezolano sin traducciones del francés; y es en esta rara actitud artística, que Fernando Paz Castillo cobra mayoría ciudadana del verso, mayoría suficiente para prestigiar a la Venezuela contemporánea en cualquier ambiente de pensamiento y de cultura verdaderamente depurada.

No terminaré esta nota sin referirme también a la prosa de Fernando Paz Castillo, ajustada a períodos que responden a la precisa necesidad cerebral, como requerimiento de la expresión. No hay en ella preciosismo, ni ese afanoso *orfebrerismo*, por desgracia, muy en boga en las capillas venezolanas. Fernando Paz Castillo se adentra con soltura y cierta frialdad saludable, por los vericuetos arenosos de la crítica. Su fiera honradez le mantiene alejado del *jazz-band* de las mutualidades. . . Como lee mucho, y asimila lo bastante, auguramos en Paz Castillo un ensayista (ensayista de verdad, no de calificativo periodístico) para más adelante; y tal vez, obedeciendo a las ineludibles leyes evolutivas, el logrado poeta de "La voz de los cuatro vientos", sea mañana un pontífice de

cosas estéticas, superiores, alimento imprescindible de espíritus de selección.

Cuestiones Americanas

El atildado escritor y fecundo ensayista ecuatoriano, señor doctor J. M. Velasco Ibarra, acaba de enriquecer la bibliografía de la patria grande—la que va del Río Bravo a Magallanes— con su nueva obra “Cuestiones Americanas”, en la que están agrupados cuatro hermosos estudios o ensayos sobre Bolívar, el maestro Rodó, el educador Vasconcelos y sobre el significado histórico y sociológico del primer centenario de la muerte del Libertador.

Son meditaciones profundas, son logradas inquietudes filosóficas, son atisbos al futuro y honrada sed de mejoramiento moral, los factores de estructura, ensamblamiento y acabado de estos ensayos de Velasco Ibarra, cuya lectura proporciona, además de la honda emoción de belleza, un anhelo optimista, uno como viaje feliz a zonas bañadas de cultura y civilización.

Indudablemente que la excelencia de los trabajos, el esfuerzo en la meditación continuada, el estudio tesonero y la honradez con que

Velasco Ibarra se nos presenta en todos sus libros y trabajos de la prensa cotidiana, le asignan sitio destacado—el noble sitio del malogrado Mariátegui—entre la juventud pensante de toda la América Hispana.

Prueba de ello es que en su misma tierra, en la culta ciudad de los Shyris, la honrada apreciación extranjera, el constante aplauso que el autor de "Cuestiones Americanas" viene recibiendo de los meridianos culturales de nuestro continente, ha acallado definitivamente la seudo crítica ironizante, que asignaba a Velasco Ibarra un ultramontanismo arraigado, de atavismo clerical. Maliciosamente confundían sus contendores el ansia de serenidad, el deseo de equilibrio mental, *le sens de la mesure*, con las influencias didácticas de los claustros ignacianos.

El Ecuador contemporáneo puede enorgullecerse con ensayistas como J. M. Velasco Ibarra y José Rafael Bustamante; con críticos de fuste como Gonzalo Zaldumbide e Isaac J. Barrera, con sociólogos como Antonio J. Quevedo y Jesús Vaquero Dávila, con escritores como César E. Arroyo, Hugo Moncayo y Benjamín Carrión. Todos estos nombres han salvado el

escenario localista y se han hecho conocer y aplaudir en todos los países de nuestra América.

El ensayo sobre Bolívar—tema de difícil originalidad—brinda al muy inteligente Velasco Ibarra ocasión para desarrollar su filosofía de la historia, con vistas exclusivas al ambiente americano. Bolívar deja de ser el guerrero heroico, el hombre de las mil aventuras, el que podría dejar las batallas por el vals, para ser lo que es y será: el creador de pueblos netamente americanos, con su ley y su derecho propios, con su peso internacional en la balanza del mundo. Es decir, el hombre alegórico de Martí, sentado en la roca de crear, con Atahualpa redivivo a sus pies. Y como Bolívar tiene mucho que hacer todavía en la América, nosotros creemos que el verdadero siglo bolivariano—pasado o amainado el diluvio libresco de la epopeya—va a comenzar ahora, a los cien años de su muerte en Santa Marta.

Para el autor de "Cuestiones Americanas" vaya nuestro sincero aplauso, con la ingenua simpatía que nos merece el talento, puesto al servicio de la América Hispana.

"Aspectos de mi Sendero"

Este es el título de una reciente y hermosa obra de la distinguida escritora guayaquileña, Rosa Borja Febres Cordero de Ycaza.

Bajo la cordial dedicatoria, escrita con esa letra que denuncia años de internado en el "Sacre Coeur", luce el artístico Ex Libris de una rosa centifolia, inclinada, en su vigor de matices y perfumes, sobre las iniciales de la autora.

Su padre, el alto poeta ecuatoriano, César Borja Lavayen, autor del libro de bellísimos poemas, "Flores Tardías" engendró, con todas las cualidades de su noble intelecto, a un queridísimo compañero mío, a un joven de numen singular y de profunda cultura leonardina: César Borja Febres Cordero. Fui su amigo, le quise y le admiré mucho, como a lo más preparado de mi generación, porque el hijo homónimo del cantor de los "Bomberos" era poeta inspirado, comediógrafo, artista del ritmo y del lápiz, espíritu franco, inclinado a la camaradería y a la generosidad. Educado en Alemania, cultivaba con unción la música de cámara, la de los grandes maestros teutones. El frío de Europa, apache agresor con cuchillo de nieves, le atravesó hace poco, en el Alster de Hamburgo,

ambos pulmones; y desde entonces, en la tierra de los *lieds*, duerme mi buen amigo y malogrado hermano de la autora de "Aspectos de mi sendero".

Ido el vate ilustre, hoy orgullo de la tierra ecuatoriana; muerto prematuramente el vástago apolonida, creyóse acabada esta raza de artistas, producto de soñadores y de próceres de nuestra Independencia, cuando de repente, macerado su espíritu por días de dolor, surge como poetisa y escritora de inquietudes contemporáneas, Rosa Borja Febres Cordero de Ycaza.

Unos versos de ella, escritos en Alemania; un estremés romántico, estrenado en el "Teatro Olmedo", de Guayaquil, y una conferencia feminista, con su señuelo de justas reivindicaciones, ya me habían delineado a una Rosita muy distinta de aquella que yo conocí y admiré en su casa de la calle de Bolívar, en los años turbulentos y felices de mi vida universitaria. Era aquella una chiquilla blanca, estilizada, de amplia frente con grandes ojos negros y de cierta concentración mental que ya acusaba, en la señorita-bien, a la escritora en ciernes, a la mujer sacudida hoy de melindres, con la vista fija en los destinos patrios y con el oído pegado al



corazón de sus hermanas, las humildes hijas del pueblo, paradigmas de amor doméstico y de callados y nobles sacrificios.

El muy elegante libro de Rosa Borja Febres Cordero de Ycaza es una ampliación objetiva de los tres detalles o planos espirituales en que yo la venía observando con singular simpatía. "Aspectos de mi sendero" integra un hermoso programa, y nada más que eso; ofrece un "bosquejo" como diría la misma autora, una especie de presentación en que ella ha puesto de todo, desde el poema familiar hasta la meditación enjundiosa, pletórica de fina exégesis, del *poverello* de Asís. Será más adelante, fuera de los versos románticos, de los bellos poemas descriptivos como "Pueblo Gris"; será apartada de *gouaches* sentimentales como "Los Ciegos"; será, en fin, sumergida en las cosas vernáculas, con vistas al mejoramiento de la mujer ecuatoriana, donde Rosa Borja Febres Cordero de Ycaza, habrá de darnos su libro integral, todo pleno de su espíritu, de ese ademán bizarro con que ha sabido presentarse como conferencista, como líder y abogada de sus hermanas, las dulces, las ingenuas, las siempre generosas hijas del Ecuador.

Hasta aquí, versos de armonía hogareña, versos hondamente sensibleros, poemas místicos de un catolicismo exagerado, absorbían la llama espiritual de nuestras poctisas contemporáneas. Como voces esporádicas, con un tono de cierta independencia, Natalia Vaca de Flor desgrana de tarde en tarde sus inquietudes, en medio de un silencio de mezquindades; María Piedad Castillo, la compañera de mis días infantiles, desafia el eunuquismo de ciertos vates, cantando— como todo un hombre—las glorias de nuestro pasado; María Corylé, sin decidirse aún por un sendero propio, suele cantar como Alfonsina en Buenos Aires y como la bella y malograda Delmira en Montevideo. En las lejanías paradójicas de tiempos cercanos, sólo la silueta patricia y mayestática de Mercedes González de Moscoso, nos da la visión de la mujer intelectual, superior, casi libre de pragmáticas convencionales, impuestas por el medio y por la tradición.

Ah, tierra fecunda de mi Guayas querido!
Ah, tierra fuerte, levantada y hermosa, de cuya gloria, orgullo y fama son guardianas, verdaderas vestales, tús bellas y nobles hijas!

Parecía que en estos años nefastos, cuando sólo de pobreza y de ruinas se habla en diarios y revistas; parecía, en medio del pesi-

mismo reinante, cuando la fortaleza de mis conterráneos semeja ir en franca decadencia; parecía, digo, que ya no habría una guayaquileña fuerte que, con el corazón a flor de labio, hablase alto a sus hermanas encendiéndoles, con el entusiasmo propio de la virtud, esa mágica lamparita del espíritu que las haga volver la vista hacia la propia cultura, que es pedestal de positiva elevación.

Siga Rosa Borja Febres Cordero de Ycaza dictando sus conferencias; sacuda, armada de sinceridad, la inercia de sus hermanas. Recuérdeles que hace un siglo, cuando la patria estaba perdida y casi ultimaba el pesimismo a los derrotados de Huachi, un grupo de guayaquileñas, entre las que figuraba la madre de Abdón Calderón, desafió con sus puños que parecían botones de rosas, el odio y la venganza de los jefes realistas López y Ollague; recuérdeles también que ellas, desde sus amplios balcones guayaquileños, alentaron a los "cívicos" para que repeliesen las agresiones sorpresivas del Comodoro Brown, del Almirante Guise y del mercenario Botarin!

Desde la noble Venezuela, cuna de su antecesor, León de Febres Cordero, aplaudo a la gentil autora de "Aspectos de mi sendero" y sa-

P A L I Q U E S D E A Y E R

ludo en su libro primigenio las llamas espirituales de su ilustre padre y de su malogrado hermano, César, el amigo mío, que ya duerme su noche de infinito en las riberas del Elba.

CHARLA CON FERNANDO SOLER

En un rincón discreto del *hall* del "Savoy", entre volutas de humo y tintinar de copas, departo amigablemente con el joven actor mejicano, Fernando Soler.

Sin poses arbitrarias ni autobombos ridículos, Fernando me cuenta los ajetreos de su vida artística, de laborioso estudio, que hoy ya culmina en una apreciable perfección. Recalca, generosamente, la cooperación de sus hermanos, Andrés, Domingo y Julián. Con un dejo de melancolía recuerda a su bella hermana Irene, recién casada en Guayaquil con un distinguido joven de esa localidad.

—Nosotros, esta familia de artistas, contamos con muchos amigos en toda la América;

pero en ninguna parte son tan numerosos como en Ecuador, donde, con el matrimonio de Irene, ya nos consideramos gentes de esta noble casa. Guayaquil es la ciudad de la acción febril, bullanguera, entusiasta... Quito es la noble ciudad artística, poema de piedra, adecuado al buen tono y a la elevación del espíritu.

Agradezco a Fernando sus generosos cumplidos y le inquiero por el tiempo que lleva en las tablas.

—Acabo de cumplir 30 años y empecé a trabajar de catorce. Como usted puede verlo, rige en nosotros la ley de la herencia. Mi padre, actor español, ha ido haciendo de todos nosotros una familia de artistas. Yo siempre fui actor, y le cuento esto para agregarle que mi capacidad es varia: lo mismo hago el galán que el barba, lo mismo trabajo en lo cómico que en lo serio, lo mismo gusto del teatro de tesis, que del episódico y romántico. ¿Quiere usted que le diga en qué consiste el secreto de tamaña adaptación?... Pues, en el estudio, en el trabajo tesonero, en mi sinceridad afectiva por el arte. Hay quien asegura que el artista nace, y ya le dije que en nosotros, los Soler, es cosa evidente la ley de herencia; pero le confieso, amigo, que no basta con el favor de sangre.

Precisa estudiar, cultivarse hacia adentro, sufrir la tiranía del arte, como precisa el golpe del martillo para la consistencia del acero...

—No le falta razón, amigo Soler. Ya es bastante para usted haber triunfado en “El Amigo Teddy”, que este público quiteño acaba de aplaudirle al formidable Vilches; pero entiendo que usted se inclina al género cómico y que gusta mucho de su blasón programero: *el intérprete de Arniches*.

—Pues verá usted. Gusto de él porque considero a Arniches un excelente comediógrafo español y porque ese pregón me lo han dado escritores de la talla de Luis G. Urbina, Querido Moheno, Roig de Leuchsenring, Medardo Angel Silva, Eduardo Castillo, Andrés Mata, Ezequiel Valarezo (Gastón Roger), Félix del Valle y otros. Sin embargo, le confieso a usted que mi gran anhelo de *artista mejicano* es ganarme el título de “intérprete del teatro hispanoamericano”; esto es, con una mayor amplitud que la obra de arte y belleza argentinos de Camila Quiroga y su Compañía.

—Magnífico, pero ¿cuándo va a emprender usted esa labor?

—Desde ahora mismo; sólo que esa labor, más que de mí, depende de los autores hispano-

americanos. Naturalmente, mi estudio no puede ser dedicado sino a verdaderas obras, y de ninguna manera á ensayitos o calcos que evidencien la falta de originalidad. Créame usted, en América hay varios Florencios Sánchez, que para revelarse sólo necesitan contar con un medio adecuado de interpretación: ese medio esperamos serlo mi compañía y yo...

En el curso de esta grata charla de arte, el tiempo ha volado, van a sonar las ocho de la noche, y Fernando me dice:

—Vaya al “Sucre” a verme en “A campo traviesa”, de su amigo Sassone. Le esperaré en mi camerino con un cigarrillo turco y una copita de Martell, cinco letras, auténtico como este cordial apretón de manos.

EL POETA A. J. CALCAÑO HERRERA

Alguien me había dicho que el director y fundador del importante diario caraqueño *El Herald*, era persona de carácter duro, proclive a la palabra cortante, sin matices que sirvan de asidero a comercio espiritual. . .

Poco tiempo después, la inserción de una carta en la que cierto autor de un amasijo histórico-geográfico, procuraba enturbiar el agua de la crítica, casi me convenció de tan peregrina referencia; pues la dicha carta se la había escoliado con un epígrafe mezquino, ajeno por completo a la cuestión literaria, motivo de la misiva. No faltó persona culta y generosa que me contara lo mal que le había parecido, al

malogrado poeta, A. J. Calcaño Herrera, la inserción de una carta estrictamente personal y de un comentario tan oblicuo como insidioso.

Era un venezolano eminente, historiógrafo respetado y aplaudido en toda la América, quien me puso al cabo de lo ocurrido; y en consecuencia, decidí verificar por mí mismo, en una especie de conferencia, lo que hubiere de cierto sobre la personalidad del director y fundador de *El Heraldo*.

Cuando le anunciaron a Calcaño Herrera mi nombre, se levantó de la mesa en que escribía, y con la mano abierta y extendida, me dijo:

—Yo estaba por invitarlo a que visitase usted este periódico, siempre amigo de su noble país, y casa siempre abierta para los escritores extranjeros. A usted, sin conocerle personalmente, le queremos todos en Caracas, porque desde lejos usted siempre ha tenido un recuerdo cariñoso para nuestra tierra. Los venezolanos, entre muchas debilidades y defectos, tenemos el de ser sensibles a la amistad desinteresada...

—Gracias, mil gracias. A la verdad, yo deseaba venir y felicitarle por su diario, de labor tan clara como vertical. Me detenía la idea de que, tal vez, mi visita no le fuera ciertamente

grata... Mi cosmopolitismo no me priva de ahondar en la idiosincracia criolla y yo—que en el fondo soy también muy criollo—me doy cuenta de ella y la respeto...

—Ah, pero ya caigo, mi amigo! De manera que a usted le han contado la monserga aquella de mi “carácter bilioso”, de lo que me dieron las selvas del Orinoco en premio de mi audacia juvenil?... No hay nada de eso, señor mío; y ahora mismo voy a explicarle mi disgusto por la inserción, inoportuna, de esa carta entre privada y literaria; y más que todo, por el epígrafe, inadecuado, conque se permitió escoliarla uno de los redactores. Quisiera que usted y el notable autor de “El Condor” se decidiesen por mi periódico para dilucidar su conflicto histórico-literario; pues ello, sobre ser altamente ameno, prestigiaría las columnas de este diario. Mi deseo es contar con usted—buen amigo de Venezuela—como miembro honorario de esta redacción...

Y desde entonces, fué una amistad franca, cordial, sin falsas melosidades, como cumple a la mutua consideración máscula, lo que me hizo asiduo camarada del inspirado poeta, A. J. Calcaño Herrera, quien más de una vez me

decía, tocado de hondo entusiasmo y noble patriotismo:

—Usted no se irá de Venezuela, mi querido amigo, sin que vea en esta casa una prensa moderna y veloz, una Duplex ultra-rápida, por ejemplo. Tiraremos entonces quince mil ejemplares de ocho o doce páginas y, sin pelearle los avisos a nadie, ni entrar en acción desleal—que repugna al programa de esta casa—usted verá, mi buen amigo, un *Heraldo* colmado de ilustraciones, repleto de avisos y servido de colaboraciones escogidas cuidadosamente entre lo más calificado del país y lo más famoso de nuestro continente. Para ese entonces este diario, que es el exponente de esa misma fuerza anímica, de ese mismo patriotismo que me llevó al corazón de la selva venezolana, será entonces “un palo de diario”, al servicio de los ideales puros, de la Patria ennoblecida, de las ciencias, las artes, el comercio; en fin, de todo lo que constituye el acervo de un país civilizado!

Su voluntad, su recia voluntad de *araguaney*, ha sobrevivido al poeta y celebrado autor de “Horas de Vivac”. Ahí está, vibrando de fuerza y modernismo, la famosa Duplex que él ansiaba para su diario. Ahí están al pie de ella, en cumplido homenaje de cariño y simpatía

para el fundador de *El Herald*o, los que le comprendieron, le secundaron y nunca le abandonaron.

Y con esos nobles camaradas de la diaria labor también está el fino espíritu de una mujer dulce y comprensiva, la señora Elisa Romero Zuloaga de Calcaño, viuda del poeta.

Sean para el muerto apolonida y nobilísimo fundador de *El Herald*o, estas cuartillas de amistad, homenaje póstumo al alto aprecio con que se dignó distinguirme siempre.

Con Lady Dorothy Mills

Primeramente, en los regios salones del "Caracas Country Club" y luego en la residencia de mi apreciado amigo, Herbert Jordan Stabler, me ha sido sumamente grato conocer y tratar a la notable escritora inglesa, Lady Dorothy Mills, de tránsito en esta capital, ultimando sus preparativos para un largo y difícil viaje hacia el alto Orinoco, hasta allá lejos, donde según los datos geográficos, existe un proyecto de pueblo que se llama San Fernando de Atabapo...

Lo primero que he observado en la interesante figura de Lady Mills es el sello inconfun-

dible de su raza, el tipo seleccionado de esa aristocracia tan amiga de la aventura, del romance misterioso, de los viajes matizados de exotismo y pletóricos de riesgos. Tiene Lady Mills la fisonomía agudizada de esos rostros hechos a recibir los navajazos del viento. Su nariz es fina, oteadora, perspícaz por sus róseas y móviles ventanillas que quieren como aspirarlo todo, como constatar los misteriosos perfumes de la *jungle*, de las piedras ilustradas por la pátina de los siglos, del hálito vital—sin duda *puant*—de aquellas tribus negras con las que conviviera en los fangosos ríos africanos o sobre los quemantes y móviles arenales de Dakar y Costa de Marfil. Su cutis, protegido por el casco de corcho y macerado por la leche de almendras, conserva hábilmente su suave velvetina.

Sigue, esta culta y atractiva dama de la aristocracia inglesa, la tradición de Sterne, de los románticos como Shelley, Byron, Keats, atraídos todos por las ruinas y túmulos del Lacio; sigue a hermanas de noble estirpe literaria, como la célebre Lady Stanhope, la linda Lady Astor y la inquieta Lady Hay Drummont, quienes, sin ocultar los encantos y debilidades de su sexo, han penetrado a los países polígamos

de Persia, Arabia y Tunisia, a ver de cerca a esos hombres de bárbara belleza, árabes crueles y sensuales, como plasmados en barro color de siena. Al igual de aquellas hermosas Ladies, que supieron sustituir el vestido suntuario de la Corte por vestimentas hombrunas de kaki, que más bien acusan que ocultan las suaves redondeces, Lady Mills ha recorrido las islas venusinas del Bósforo, en cuyos bosquecillos de laureles trotan todavía faunos de barbas cosquilleantes. Ha atravesado luego las selvas de Liberia, las marañas del Congo Francés y los ríos y lagunas de la Guinea Portuguesa.

Frutos de sus viajes y de sus observaciones son los siguientes libros: "La ruta del Tumbuctú", "Más allá del Bósforo", "Al través de Liberia" y "Tierra dorada". También ha publicado en la editorial Duckworth de Londres las siguientes novelas, de asuntos exóticos: "La tienda azul", "El camino", "Dioses oscuros" y "Flechas de sol", obras que la crítica literaria de Inglaterra ha acogido con verdadero entusiasmo.

—Dígame, Lady Dorothy: ¿no la preocupan las posibles dificultades con que usted va a encontrarse en su viaje a San Fernando de Atabapo?...

—Esas dificultades no me preocupan porque no pueden ser mayores que las encontradas por mí en las grandes selvas de Africa. Piense usted que he vivido entre los “leopardos humanos”, entre negrazos canibales. Ahora viajaré por grandes rios y llanos de Venezuela, donde careceré de relativo *confort*, pero sin peligro de ser materialmente devorada por mandíbulas insaciables... Voy a encontrar grandes soledades, mucha escasez de gentes; pero podré dormir tranquila, sin tener el revólver entre las manos. Hablo sin metáforas, pues aquellos negrazos de la Guinea, cuyas fotografías usted ha visto en mis libros, despedazan a los seres blancos, medio lo sancochan y se los comen, como usted y yo podríamos comernos un *spring-chicken!*

—¿Pero es posible que aún existan verdaderos antropófagos?...

—No trate de reírse porque usted sería una magnífica vianda para esos “leopardos humanos”. Sepa usted que no es la carne femenina la que ellos prefieren. Dicen esos golosos que la nuestra es carne áspera y fofa... en tanto que la de ustedes (hijos de Adán) es carne sustanciosa y muy nutritiva!

—Vaya con el gusto tan singular de esos negritos! Y dígame, Lady Dorothy, ¿publicará usted un libro sobre su próximo viaje al Alto Orinoco?...

—Naturalmente; pero a mis narraciones habrán de precederlas algunas páginas sobre la belleza y notable cultura de Venezuela, sobre la magnífica acogida que amigos tan buenos, como el Ministro O'Reilly y Mr. Stabler, se han servido dispensarme. Tampoco me olvidaré de usted y le prometo retornarle su "Sandalia del Peregrino", desde Londres, con algún libro mío. Mientras tanto, como prenda pretoria, conserve este retrato, cuyo original ha merecido los elogios de su galantería diplomática.

Agradezco muy cumplidamente, a Lady Dorothy, sus minutos de amena charla y le pido permiso para despegar, de su reciente libro "Golden Land", el retrato al desnudo de la muchacha *sou-sou*, cuyo negrisimo cuerpo paradisiaco, me revela a una auténtica hermana de Josefina Baker.

Luis Varela y Orbegoso

En la coronada Villa del Oso y Madroño, donde concurríera como representante del

periodismo peruano a la inauguración del Palacio de la Prensa, ha muerto Luis Varela y Orbegoso, destacado intelectual limeño, correctísimo diplomata y profesor eminente de la ilustre Universidad de San Marcos de Lima.

En el periodismo, en la confección diaria del pan espiritual, es donde Varela y Orbegoso había logrado destacarse con firme relieve. Desde hace un cuarto de siglo venía firmando en "El Comercio", de Lima, con el seudónimo *Clovis*, ágiles crónicas que le habían hecho popular en las tierras del Pacífico, ya por la sencillez y pulcritud de estilo, ya por la erudición política e histórica que acusaban sus escritos de la "hora actual".

Como investigador de nuestro pasado, América le debe al malogrado escritor peruano el descubrimiento y publicación de la famosa "Crónica" del P. Anello Oliva, escrita al poco tiempo de la captura y muerte de Atahualpa; crónica que ha puesto en claro muchas cosas oscuras sobre Quito, el Cuzco y el austral Tiahuanaco. La admirable autocracia de los Incas, el perfecto comunismo del Imperio que, erróneamente, se lo quiere equiparar hoy al cruento régimen de los Soviets, es asunto hondamente estudiado en la célebre "Crónica" del Padre Oli-

va, comentada por el catedrático de San Marcos, Luis Varela y Orbegoso.

Su breve, pero brillante actuación en la diplomacia del Rimac, le valió señaladas distinciones de los gobiernos de Holanda, Bélgica, Grecia, y también del glorioso poeta y dictador de Carnaro, a quien Varela y Orbegoso fué a visitar en unión de Gonzalo Zaldumbide y de Ventura García Calderón. Conozco una curiosa y bella fotografía del gran Gabriel D'Anunzio con los tres ilustres visitantes de la América Hispana.

Fuí viejo amigo y traté mucho a Luis Varela y Orbegoso. Le tuve siempre por uno de mis mejores camaradas en aquellos días limeños, de tan grata recordación. Hoy, ante la negra realidad de su muerte, evoco, emocionado, aquellas tertulias de la calle Divorciadas, en la vasta biblioteca de su casa solariega, donde se reunía lo más granado de la juventud limeña de aquel entonces. Se discutían con entusiasmo, cosas de nuestra América, y era siempre la voz de Luis—erudita y oportuna—la que pautaba los temas y sellaba con síntesis cordiales nuestras controversias, plenas de inquietud.

Al malogrado escritor, al correctísimo caballero, al amigo siempre leal y generoso, quie-

ro ofrendar esta siempreviva cariñosa, expresión de mi condolencia para los distinguidos deudos de Luis Varela y Orbegoso y para la cultísima prensa peruana, de la que *Clavis* fué valiosísimo exponente.

Duerma en paz, en el noble solar de sus antepasados, quien hizo de la corrección y la nobleza espiritual la norma rigorista de su vida.

Un escultor mejicano

Ha regresado de nuevo a Caracas el notable escultor mejicano, Manuel de Arzave, conocido en el mundo del arte como "el Fidias de la tragedia", a causa de aquel desgraciado accidente que le dejara baldado uno de sus brazos creadores. El gran vate azteca e insuperable místico, Amado Nervo, contó al mundo, en óptima crónica, el lamentable suceso, que si bien no cortó las alas del artista, refrenó en parte los atrevimientos de su vuelo.

Manuel de Arzave, el escultor de una sola mano, realiza verdaderos milagros de arte, porque al plasmar sus obras las insufla con su propia vida, estampando en sus detalles el hermoso sentido de la realidad. Sus bustos le han conquistado merecida fama, especialmente en

los Estados Unidos, donde no hay potentado que no luzca en su salón o biblioteca su retrato—sólido y viviente—gracias a los cincelos y buriles del notable mejicano. En el Palacio de la Unión Pan-Americana de Washington, en las residencias presidenciales de las repúblicas centro-americanas, en Cuba y en la hermosa “ciudad de los Palacios” las obras escultóricas de Arzave se imponen por su belleza, por su acertada proporción y por su fidelidad estética.

El señor de Arzave—que desde su primera visita me fuera recomendado por mi colega, el Ministro del Ecuador en Panamá, señor Colón Eloy Alfaro—se manifiesta muy contento de su regreso a Venezuela.

—Quería—me dice—como buen hijo de América, hallarme en Caracas para el centenario de la muerte del Libertador, la figura máxima del Continente. Yo lo tengo, desde hace tiempo, concebido en su actitud genial, de verdadero Libertador, de creador de Repúblicas y gestor de la unión indo-española. Pueden ser geniales aquellos trabajos que lo presentan meditativo, triste, casi en derrota, por el atentado en Bogotá o por su fin—tan místico—en Santa Marta; pero yo no simpatizo con ellos porque ya Bolívar es un símbolo—el mayor símbo-

lo de la América Hispana—y, respetando su exí-gua plasmación corpórea, hay que presentarlo con toda la grandeza y seducción del genio. Creo debe hacerse con el Libertador lo que con Jesucristo que, esculpiéndolo magro, coronado de espinas, alanceado, hay que parar pocas mientes en tales miserias para presentarlo siempre como la imagen de Dios!

—Vea esta fotografía—prosigue el señor de Arzave—del busto que hace poco trabajé en Méjico. Naturalmente la concepción monumental que yo tengo de Bolívar abarca proporciones máximas; pero observe usted con atención el busto, y dígame qué le parecen el fuego de esos ojos, la extensión genial de la frente, la nariz enérgica y el rictus pleno de carácter y decisión?...

—Muy nobles, muy másculos, muy bellos—le contesto al gran escultor azteca, en tanto que le observo y analizo el brazo para siempre baldado! Es curioso, es genial que un artista, así discapacado por las estupideces de la vida, la desafie y, buscando sus encrucijadas, logre imponerse a ellas.

Don Manuel: es usted todo un hombre, noble hijo de la brava Anáhuac; es usted un artis-

ta digno de plasmar en bronce o en mármol a Bolívar, el UNICO, el GENIAL.

El novelista Mr. Curle

Fué huésped de Caracas, por algunas semanas, el novelista Robert Curle, literato inglés de señalada notoriedad, quien vino de visita por cierta simpatía romántica de Albión para los venezolanos que, como Miranda, Bolívar y Bello, tuvieron en la *élite* intelectual de Londres, no solamente el trato comprensivo de un gran centro civilizado, sino también admiración manifiesta, como lo prueban la oferta hecha a Miranda para que secundase al Duque de Wellington en las operaciones de España; el deseo de Lord Byron de encaminarse—antes que a Grecia—a este suelo en lucha por la libertad y el ruego del general Wilson para que Bolívar admitiera, en la clase de edecán, a su hijo primogénito. El señor Curle, de acuerdo con estos antecedentes, dedicóse a observar a Caracas, hojeó el libro del pasado heroico, constató las realidades presentes, de positivo progreso general y prometió a sus amigos de Venezuela decir, en un próximo libro, la verdad vestida de simpatía personal, que es la actitud en que debe escribirse cuando no hay motivos reales que jus-

tifiquen el encono contra países extranjeros. Ricardo Curle, como anticipo de su honrada promesa, publicó en el grandioso rotativo "The Daily Telegraph" de Londres, tres columnas de impresiones ajustadas a la realidad venezolana, en tono cordial y amistoso.

"En el Oriente", libro de Curle que leímos de un tirón, pertenece al género literario del viaje "psicológico", contemplación de panoramas y sucesos al través del propio espíritu, despojado del vulgar *baedeker*. Este género, mucho más difícil de lo que ciertos zoilos se imaginan, lo creó Lorenzo Sterne con aquel su "Viaje Sentimental", hoy agrupado entre las obras de la literatura clásica. "Into the East" es una personificación de Curle haciendo la sobremesa en casa del amigo Stabler o ironizando en el salón de Mr. Pannill: comentarios precisos, subjetivos, hábiles paradojas de la más pura escuela *wildeana*...

Hace unos años nosotros recorrimos también la "ruta de Mandalay", para inebriarnos con el llamado veneno de Oriente, que ni el cine, ni el radio, ni el aeroplano podrán alterar, ni mucho menos suprimir, ya que las probetas de su elaboración cuentan milenios y son de un material irrompible! Egipto, Colombo, Singapur,

mosaicos de razas y de refinamientos inauditos, los hemos vuelto a ver bajo un aspecto personal y delicado, sin el f3rvido anhelo *d'3pater le bourgeois*, del que no quiere librarse el 3gil Paul Morand, autor de s3ntesis injustas o fant3sticas.

Ricardo Curle no deja de ser, en sus p3ginas, el buen hidalgo que tratamos en los c3rculos aristocr3ticos de esta capital. Despojado de toda vanidad gallinácea y de toda biliosa importancia, 3l confiesa no haber logrado penetrar el esp3ritu complejo y misterioso del vasto mundo asi3tico, donde han fermentado las razas, las religiones, las ideolog3as, las ciencias y las artes. Ante el m3sero ga3n3n chino que realiza, hier3tico, una simple labor agr3cola de hace cinco mil a3os, Curle—hombre supercivilizado—se inclina respetuoso, considerando a ese pe3n amarillo como a un hombre de distancias, mientras que 3l, tanto en lo esp3ritual como en lo material, se juzga a s3 mismo producto de serie, expresi3n ego3sta de la mec3nica contempor3nea!

Felicitemos cordialmente a nuestro amigo, el notable escritor ingl3s, Roberto Curle, y le agradecemos su cordial visita y el valioso regalo de su bello libro "En el Oriente".

Conny, artista insuperable!

Acaba de aparecer "Bisturi", álbum de caricaturas por *Conny*, hoy señora Conchita Méndez de Rincones Baldó. Lo ha editado "Le Livre Libre" de París y trae, a guisa de prólogo, dos cordiales comentarios de los intelectuales Armando Maribona y Pedro-Emilio Coll.

Conchita, para llamarla así, por su nombre familiar, es una mujercita bella, menuda, cultivadísima, de un temperamento artístico que la destaca en el ambiente frívolo de la vida contemporánea. Conchita, servida de su talento, comprende el contraste y procura disimularlo con actitudes de mundanismo fácil y gregario. Charlestonea, consume raudamente un cigarrillo Chesterfield, habla de Ramón Novarro y de Gilbert, recuerda con femenil xenofobia los chaguaramos de Niza y las *boites* parisienses, abarrotadas de *gigolots* argentinos; habla, en fin, de trapos y del francesito maltusiano, experto en el masaje del rostro y en la *mise en plie* capilar. Pero los ojos, los enormes ojos de Conchita, aquellas pupilas color de miel, de papelón fresco, la denuncian, la denuncian, la denuncian... hasta quitarle la mascarita de frivolidades y presentarla como ella es en realidad: hembra

hondamente cultivada, bien al tanto del pensamiento moderno; mujer estilizada en zonas del espíritu, con la comprensión rápida y la suave ironía que imprimen sello especial a la cultura contemporánea.

—Conchita, canta; Conchita, toca; por favor, *Conny*, recítanos un poema; Conchita, baila; Conchita, juega bien, procurando declaración de *sans atout*...

Conny accede a todas las demandas; pero en el acto mira al más empeñoso con una fijezaza irresistible; el iris de sus ojos cobra cambiantes de burla, de rabia, de desprecio; su sonrisa se torna en una leve mueca volteriana, porque gran señora, toda refinamientos y toda urbanidad, habrá de abatir la cabeza, tomar la guitarra, rasguear un galerón criollo, trezado de alusiones incisivas con que dar término a la incesante agresión de lo mediocre. Esa es Conchita Méndez, virtuosa caricaturista venezolana, tan breve de cuerpo como grande, inmensa de espíritu; ésa es *Conny*, quien sin duda ha derivado hacia la caricatura su vigoroso temperamento artístico para buscar, en la dentellada simiesca de la plombagina, un desahogo contra el gregarismo urbano que la obsede.

Pinta Conchita, y lo hace con notable acierto. Poco antes de partirse para Nueva York, donde habría de aceptar la coyunda matrimonial, me invitó a su casa para que viera el retrato al óleo de su señora madre, honorable mantuana caraqueña, de severos rasgos fisonómicos. Conchita, con la magia de sus pinceles y el acierto de su arte, logró animar y dar vida al querido lienzo filial. El competente y aplaudido pintor caraqueño, señor Monasterios—artista retraído, pero de robusta y personal ejecutoria—rompió su silencio, su misantropía orgullosa, para decirme: “créame usted que éso está bien; hay parecido sin vacilaciones, proporción en el dibujo y mucha desenvoltura y verdad en los matices”.

Escribe Conchita. Lo hace con soltura en nuestro propio idioma y correctamente en inglés, que lo habla como una bostoniana; como en francés, que la denuncia buena educanda del célebre “Sacré Cœur”.

Su género favorito es la crónica, el comentario volandero, burlesco, salpicado de gracia; pero ceñido a la verdad, como una ajorca de jade al tobillo de una bayadera. A raíz de haber editado Paul Morand su libro “Hiver Caraibe”, yo publiqué, en “El Universal” de Caracas, un

comentario ractificador, que luego reprodujeron algunos diarios hispano-americanos. Conchita Méndez fué de las primeras caraqueñas en felicitarme, prometiéndome secundar mi actitud en la revista "Nos-Otras" de la proteica señorita Luisa Martínez. *Conny* cumplió su promesa narrando regocijadamente sus dificultades en el París xenóforo de la *post-guerre!*

En "Bisturi" hay veintisiete aciertos gráficos de Conchita Méndez. Se inicia el álbum de caricaturas con el insigne escritor y destacado crítico continental, señor Gonzalo Zaldumbide. Sobre la amplia frente pensadora del notable crítico ecuatoriano, el pelo *camuflea* en blanco y negro toda una vida doble de arte y mundanismo, confesada por la sonrisa anatolesca de Don Gonzalo...

La caricatura del ex-Rey Don Alfonso XIII es de una originalidad maravillosa; lo mismo ocurre con la del Coronel Lindberg, hecha como de un celaje estirado al capricho de los vientos. Nina Crespo Báez, la bella retratista venezolana, famosa también en el arte punzante de la caricatura, está bocetada de mano maestra. Bien se ve que estaban de potencia a potencia, y *Conny* echó en los rasgos de su lápiz el resto de su habilidad artística. El Príncipe

de Gales, Teresa de la Parra, Mauricio Chevalier y Vallenilla Lanz difícilmente podrían lograr caricaturas mejores que las ejecutadas por *Conny*. Hay en todas ellas un propalamiento decoroso del ridículo amalgamado a una generosa exaltación de cualidades intrínsecas. El rostro, la sonrisa del Príncipe Inglés, son *freudianos*; pero el conjunto trasuda majestad, simpatía personal, charme cosmopolita; en fin, los atributos en que reposa la simpatía universal de Eduardo de Windsor. Teresa, con su pulposa boca *en carreau* tan parisién, es por la expresión de la mirada y por la firmeza ceñosa de las cejas, la "Ifigenia" mantuana capaz de todas las virtudes como también de todas las locuras. Chevalier es un acierto, una feliz conjunción de apache *montmartrois* y de artista genial. A Don Laureano se le ven su ironía en la comisura florentina de los labios y su gran capacidad literaria, en el conjunto rectangular de los frontales y de los occipucios básicos.

Dicen que el lápiz del caricaturista unas veces es histuri, y otras puñal. No dudo que pueda ser lo segundo en manos de *Conny*, si tal fuera su deseo; mas, en el álbum, motivo de esta apostilla, la artista venezolana ha sabido ser consecuente con el título, prestado al filudo

instrumento quirúrgico. No ha sucedido lo mismo con mi aplaudido amigo. Conrado Walter Massaguer, quien ha tratado a Conchita con un acierto extraordinario; pero convirtiendo el lápiz en puñal. *Conny*, la de los ojazos cargados de misterio, no es más que una bruja shakespeariana, agorera de Lady Macbeth; no es más que una de esas harpías, que inmortalizara el pincel de don Diego de Silva y Velázquez, con la salvedad de que lo grotesco de Massaguer tiene vida, mucha vida en la mirada velada, pero penetrante, y en esa risa "hacia adentro", tan peculiar de la señora de Rincones Baldó, *née* Conchita Méndez, la insuperable!

"Bisturí" está integrado por notabilidades mundiales, cien veces caricaturizadas, y en esto consiste el mayor mérito de *Conny*: en invitar ampliamente al observador para un juicio de cotejo y justa consagración. Yo, miembro modesto del jurado de la crítica, califico a *Conny* con los 20 puntos del sobresaliente! Pero vocero también del ambiente caraqueño, de esa *peña* inolvidable del antiguo Country Club de La Quebradita, pido a la aplaudida *Conny* otro álbum criollísimo, con las Yuyes, las Belenes, las Mercedes, las Corinas caraqueñas, seguidas de unos cuantos tercios *bien*, campeones del chiste

V I C T O R H . E S C A L A

vernáculo y, por lo tanto, gente joven, abierta y muy simpática. Manos a la obra, Conchita, y hasta muy pronto!

CHARLA INALAMBRICA

La Empresa "Radio Broadcasting" de Caracas, exponente del progreso y prosperidad que ha logrado actualmente Venezuela, me ha pedido que os dirija la palabra, con ocasión de ser hoy el día patrio del Ecuador. Nada más agradable para mí que hacerlo valiéndome de este portentoso invento, que me permite hablar y ser escuchado por muchos venezolanos, para quienes es también gloria familiar la épica acción del 10 de Agosto, como les son gloria propia el 19 de Abril y el 5 de Julio.

No os repetiré, en sus varios y cruentos episodios, la heroica jornada que la Ilustre Quito realizó el año 1809. Vosotros bien la conocéis, la Historia la ha recogido; y el mármol, y el

bronce, y el verso, y los pinceles, y cuanto es gala del talento, y cuanto sirve al hombre para perpetuar sus nobles acciones, la han plasmado en belleza, para orgullo de América, y para ejemplo saludable de nuestros futuros destinos. Mas, para rememorar en este instante el primer eslabón de la firme fraternidad que une al Ecuador con Venezuela, permitidme que os haga una breve reseña de cómo, bajo la gallarda dirección de José Félix Ribas, el adalid de La Victoria y el estoico mártir de Los Horcones, Caracas se adelantó, con un elocuente homenaje, a las palabras con que Bolívar consagrara, entre las descargas de Bomboná e Ibarra, el heroísmo de Quito en su larga lucha por la independencia.

Cuando en la madrugada del 10 de Agosto de 1809, los quiteños se adueñaron de los cuarteles y depusieron, en su propio palacio, al Conde Ruiz de Castilla, representante del poderío monárquico de España, las masas procedieron bajo la dirección de la arisocracia que, con su docena de marqueses y de condes criollos, declaró por sí y ante sí que el antiguo Reino de Quito era dueño de sus destinos y que estaba en perfecta capacidad para gobernarse. Así lo discutieron y así lo resolvieron aquella

noche memorable, en casa de esa espartana que fué la insigne quiteña, doña Manuela Cañizá-rez. El 10 de Agosto de 1809 Quito fué libre, dueña absoluta del gobierno, de las fuerzas armadas, de la voluntad y del brazo de la plebe que son—para todo movimiento libertario—los factores ciertamente decisivos. En seguida, como acto soberano y fraternal, el Cabildo de la cuna de Atahualpa se dirigió a las principales metrópolis del Continente Americano instándolas a rebelarse contra la Monarquía Española, y pidiéndoles ayuda colectiva y eficiente. En aquellos tiempos, las ideas libertarias y republicanas apenas si eran del estudio y conocimientos de grupos muy reducidos. No fué precisamente, el silencio la respuesta que la América Hispana dió a la revolución de Quito! Fué algo peor; fué la voz recia y contundente de la fuerza; fueron tropas de Lima, Popayán y Panamá las que partieron a estrechar a los patriotas ecuatorianos y a ver de ahogarlos—como por fin lo consiguieron—en mares de sangre!

Agobiados por el número, cercados y vencidos a la postre, más de sesenta patricios quiteños fueron encarcelados y ahrojjados en los sombríos cuarteles del “Real de Lima” y “El Presidio”, al escaso correr de un año; pero la

plebe, sangre y músculo de nuestra joven América, se irguió poseída de singular heroísmo. Asaltó los cuarteles y cuando ya creía poder libertar a sus próceres, fué atacada inesperadamente por una división de 2.000 pastusos realistas, comandados por el coronel Angulo. Una matanza horrible de los inermes prisioneros fué el corolario con que los soldados del "Real de Lima", coronaron la afortunada sorpresa del realista Angulo. Este crimen se realizó el 2 de Agosto del año 1810, cuando ya Caracas se gobernaba por sí misma. Al saberse, en la noble patria del futuro Libertador, el cobarde asesinato de los patricios quiteños, el pueblo de Caracas—dirigido por José Félix Ribas—pidió a las autoridades independientes la realización de inmediatas represalias: la muerte de todos los españoles que se ocultaban en la ciudad del Guaire, por aquellos días, para vengar así a los hermanos de Quito! El gobierno libre de Venezuela, inspirándose en los sentimientos humanitarios, propios de las gentes civilizadas, no complació a los enfurecidos vengadores; pero sí decretó en el acto solemnes funerales en honor de las víctimas quiteñas, y estos se realizaron, con toda pompa, en la iglesia de Alta-gracia, donde José Félix Ribas hizo pronunciar un exultante panegírico sobre el arrojo y mar-

tirio de los próceres del Ecuador. Fué, pues, en esta bella Caracas donde se realizaron las primeras honras fúnebres de América, en honor de los mártires de la libertad continental!

Poco tiempo después, inspirándose sin duda en la actitud de Caracas, fué que Chile decretó se inscribiese, en el faro monumental de Valparaíso, este bizarro pensamiento, que tanto glorifica a mi patria ecuatoriana: QUITO, LUZ DE AMÉRICA!

El Ecuador, señoras y señores, ha sabido corresponder, en todo momento el cariño inalterable de la heroica Venezuela. Tiene mi patria por declaración expresa de un Congreso Venezolano, el procerato de la *lealtad* bolivariana. Ninguna sección del Nuevo Mundo amó más, ni respetó más, ni lamentó más la muerte del Libertador que la Nación Ecuatoriana. Un poeta guayaquileño le llevó, con su lira, al Olimpo: José Joaquín Olmedo. Otro ecuatoriano, con su formidable estilo de fuego, le puso a mayor altura que Washington, Napoleón y San Martín: Juan Montalvo; y una bellísima hija de Quito, le libró del puñal de un grupo de asesinos. Los valientes Ibarra y Fergusson, y los humildes soldados, heridos sorpresivamente en el Palacio de San Carlos de

Bogotá, fueron testigos del coraje y afecto de la heroica Manuelita Sáenz.

En este día de gloria americana y, para mí, de hondo júbilo personal, evoco, emocionado, los nombres de los grandes venezolanos que supieron amar y servir al Ecuador: Sucre, Bartolomé Salom, Juan Paz del Castillo, Febres Cordero, Luis Urdaneta, Juan José Flores y el valiente negro Camacaro, que en la Batalla de Tarqui, a la cabeza de los montuvios de Yaguachi, clavó su lanza vencedora en las cureñas de los cañones invasores.

Venezuela, la nación americana del más brillante pasado continental, tiene ya su radio-so y seguro porvenir. Necesitaba, la figura incommensurable de Bolívar, un pedestal de fortuna, de bienestar, de orden, de sólida serenidad pacífica sobre el cual erguirse, sempiternamente, el Padre de la Libertad Americana. Ya lo tiene en la rica y vigorosa Venezuela de hoy, donde su inteligente juventud contemporánea, atisba días de mayor gloria.

COMENTOS

El libro de Uslar Pietri

Aquella colección de cuentos, admirable por su afán de estilo propio y de narraciones originales, transportó al querido amigo, Arturo Uslar Pietri, del localismo vernáculo al gran balcón de nuestra América. Las páginas de "Barra-bás", dobladas de arte e independencia, se fueron por los tortuosos caminos continentales, sin protección ni padrinzos de las gentes mayores, oxidadas de sabiduría y suficiencia. Arturo, con los pasos de sus piernas largas, se echó a andar con lo "suyo", salvando meridianos doctorados en el arte de la narración criolla, como Argentina y Uruguay. Por esas tierras del sur, que entre la malla de los grandes

rios y por sobre las eminencias de la cordillera, atisban con fraternidad los llanos del trópico; por esas tierras tendidas de Martín Fierro, Santos Vega y Segundo Sombra, circularon, en aro fogonero de gauchos, los relatos folkloristas del novel escritor caraqueño.

Abandonado el claustro de la Universidad, complacido el natural orgullo paterno y colgado—como cosa inútil—el título doctoral, nuestro amigo, Uslar Pietri, abandonó las capillas familiares del comentario artístico para ir a aterrizar en Montpensier, a la caza de nuevas y complicadas inquietudes de la mente. Allá, ambulando por los malecones de la orilla izquierda; comprando en las *boutiques* rarezas de bibliófilo y caprichosas *bois* de algún Doré en embrión, nos regaló, al comienzo, enjundiosas meditaciones sobre las novedades literarias de la Francia actual—Cocteau, Giradoux, Croisset—que Pedro Sotillo bautizó con el título de Montaigne, insertando los *ensayos* en sitio de honor de “El Universal”.

Se nos sale, se nos sale Uslar Pietri de los carreteros nuestros para transitar, escéptico y alegre, por las acogedoras *chaussées* del gran viejo Anatole. Maldito París, que no nos da

quitar siempre lo mejorcito de esta América, atrozmente latina!

Larga pausa espiritual, laguna de espera que confirma los temores. De repente, sin aspavientos ni anuncios previos, el homenaje de un venezolano, descendiente de aquel señor de Hannóver, general Juan Uslar, a Bolívar, Padre y Libertador. Rosa roja de los jardines franceses, echada por Arturo en la tumba del Macabeo americano, el día centenario de su muerte: "Las lanzas coloradas"! Libro macho, libro fuerte, libro trágico, pensado en noches parisinas, y que ahora fosforea como golpe de ola caribe, sobre el sarcófago del Libertador!

En dos centenares y medio de páginas jugosas, más dueño de ese estilo que quiebra y descompone—como el prisma la luz—la cristalina estructura de los pensamientos; parco en el uso de giros y frases labriegas, etiqueta fácil del barato criollismo, Arturo nos cuenta en "Las lanzas coloradas" un ciclo bravo de la guerra a muerte, una episódica reseña de cruentos sucesos que comienzan con la invasión de Boves y sus siete mil lanzas, y terminan en la batalla de la Victoria.

En esas pocas páginas, enfocadas en "El Altar", la rica hacienda de las familias Arce-

do y Fonta, desenvuélvense—como en cromática película—los distintos aspectos y estados de la vida venezolana de hace apenas un siglo, vida que en la actualidad no se ha modificado mayormente. Fruto de las tierras asoleadas, que refrescan desde lejos el grande Orinoco y sus caudalosos tributarios, es el cobrizo Presentación Campos, fuerza humana, ciega, mal contenida, rugiente de asaltos que, como vibrante cosa de la Naturaleza, se manifiesta en un momento dado, rompiendo calmas que creyeron definitivas.

Para Presentación Campos lo mismo da pelear por el Rey de España—en esos días, acogedor y amparador de los negros esclavos—que pelear por los patriotas, núcleo de mantuanos rebeldes. Campos es una fuerza desatada que necesita luchar, acometer, destruir... En un minuto inesperado, sin que medien ni provocación ni pretexto alguno para ello, Campos incendia la rica hacienda "El Altar"; viola en el acto, en forma terrible, a su "ama", la señorita Inés Fonta, cándida cultora del clavicordio y enamorada cursi del Capitán David, británico atraído a Venezuela por las prédicas de Miranda. Trucidada Inés en su pureza, déjala Campos entre el incendio para que se con-

suma como un cirio. Baja de la casa en llamas; le echa la pierna al caballo y seguido de la liberta negrada empieza a lancear gentes, a *cubrir* hembras y a quemar esos largos pueblos venezolanos, tendidos como brazos laceadores, en los bordes de los caminos...

Son largos meses de lucha diaria y fe-roz. Su lanza está mellada de huesos y siempre tinta de sangre criolla; sus pupilas están rojas de tanta quemazón de pueblos; su virilidad está ahita de azahares morenos y de pubis lampiñas.... Ganada la acción de "La Puerta" sabe por fin este Tamerlán criollo, hijo de las llanuras y de los caños macerados de sol, que otro venezolano, nervudo, pequeño y cetrino como el mismo Presentación Campos, anda acabando con las mejores lanzas realistas, sin dar siquiera—con sus vuelos de cóndor y su agilidad de jaguar—ningún reposo a los contrarios! Es mantuano de Caracas, se llama Bolívar y, como los patrones Arcedo y Fonta, ha sido y es todavía dueño de grandes haciendas y de ricas minas.

Ah! qué ansia, qué desasosiego, qué rabia no haberse encontrado todavía, frente a frente, con el mantuanito caraqueño. Con qué gusto le quemaría las haciendas, con qué hondo

placer le violaría las hermanas, con qué personal satisfacción le sacaría los riñones en la punta de la lanza!

Villa de Cura quemada. Avance destructor por los valles de Aragua hacia la ciudad de La Victoria, donde Simón, el caraqueño, ha lanzado reto contra el bravísimo Boves. Aquí está el feroz lancero, Presentación Campos; aquí está, jinete-centauro, sobre su brioso alazán. Ha sonado por fin el momento; sus soldados le dicen que por ahí anda Bolívar, que lo han visto pequeñito y aferrado a su caballo blanco, trepando una loma sembrada de cadáveres.

“Nicolás, Cirilo, Natividad, muchachos! Nos fuimos!”

Choque brutal, clarines agudos de odio y ferocidad, resistencia inaudita de otras lanzas tan coloradas como las de ellos. De repente, una palabra nueva, como silbido de bala hiere las orejas brunas de Presentación Campos: el Libertador, el Libertador, el Libertador!!!

Nube siniestra, sombra mortal, horamen doloroso en el amplio tórax. Fiebre, mucha sed, delirio: la señorita Inés Fonta desmayada, sangrando en su pureza sobre los bordes del gran lecho de caoba; la “Carvajala”, mu-

jer fuerte como la tierra de los Llanos; maestra en lides venustas, maestra en dulzuras cristianas, maestra en generosidad y desprendimiento personales; venezolana al fin, flor campera y sencilla de la tierra lasajeadada de ríos, de la tierra roja de sangre y renegrida de quemazones.... Afuera, voces, voces y más voces que sólo dicen: el Libertador, el Libertador!

Abundan, en el magnífico libro de Uslar Pietri, las páginas que podrían llamarse aguas fuertes de un joven Durero americano. La crítica extranjera, especialmente la francesa, lo ha elogiado sin ambages, aparejando "Las lanzas coloradas" a las obras triunfadoras del argentino Güiraldes, del colombiano Rivera, del chileno Edwards Bello y del venezolano Gallegos.

Arturo Uslar Pietri ya es algo más que una "promesa". Acaba de triunfar en toda la línea, y lo prueba el hecho de que la "Nouvelle Revue Française", le haya pedido la venia para traducir y publicar su libro en el idioma de Gustave Flaubert.

Miss Terry

Nada de misterioso, nada de complicado, nada de excesivamente extraño tiene la distinguida dama caraqueña que escribe y trata de ocultar su persona bajo este nombre inglés.

Dueña de un espíritu dilecto, poseedora de una cultura muy *up-to-day*, consciente de un valor moral, que pone en sus actitudes sociales y en sus frases de escritora una bizarría singularísima, Miss Terry goza de franca admiración en las redacciones de diarios y revistas ilustradas, y goza también de cierta reserva o encono entre las cultivadoras de la dulzomanía romántica, todavía devotas de los relatos santificantes de Monsieur Ardel o de las truculencias cristianas de la señora Invernizzio.

Conversando o escribiendo es la misma persona, siempre dotada de un ágil golpe crítico, resuelto a veces en forma irónica y desconcertante. A su primera educación francesa debe Miss Terry tan valiosa cualidad, pues como ella misma lo dice, desde muy niña la obligaban a pensar en la lengua del curita de Meudon; pero su instinto racial la hacía hablar alto y fuerte, defendiendo así los fueros del idioma de Santa Teresa. Más tarde, años de estudios meto-

dizados por una severa *gouverness*, atemperaron un tanto la vivacidad y crudeza combinadas, arrastrándola espiritualmente por los lagos escoceses del análisis, sondeando con interrogantes de curiosidad semi-oculta la solidez y valor de las personas y de sus manifestaciones mentales. Hoy, doña Mary Matos Ibarra de Pérez Matos, colocada en la bisectriz de sus modalidades primarias, es valiosa voz de la crítica actuante y coeficiente definido en la cultura femenina de la Venezuela contemporánea.

Discretamente, sin alardes efectistas ni continuado reclamo, Miss Terry toma parte en toda actividad espiritual del ambiente caraqueño. Gran señora por su abolengo y medios económicos, lo es también para alentar con su voz generosa a los artistas que ya prometen algo en los centros juveniles. Poetas de vanguardia, pintores impresionistas, músicos inquietos que pegan sus oídos a las partituras de Dubussy o de Falla; todo embrión de ala humana que tenga en Caracas fiebres de vuelo, hallará siempre, en la pluma de la cultísima redactora de "Nos-Otras", un perifoneo alentador, convencido y persistente.

Yo me honro y me inebrio con la noble amistad de Mary; yo busco su amena compañía en los salones del gran mundo capitalino; yo la excito a que abandone a Beaumarchais para que hable y comente las cosas de nuestro mundito localista con el bello desenfado del Arcipreste de Hita... La bizzaría de sus opiniones, el valor especial que tiene para decir las y sostenerlas es cosa ciertamente notable, que yo le aplaudo, sin reservas de obligada diplomacia...

—Miss Terry, ¿qué le han parecido los versos de nuestro amigo Brumas?

—Magníficos, de lo mejor que se ha publicado últimamente, sobre todo, por su casticismo tan personal, tan fuera de lo gregario. Por cierto, me ha hecho mucha gracia que calificuen a Brumas de vanguardista. Es peligroso este calificativo. Yo creo, como Lucía Delarue-Mardrus, que la ignorancia y la pereza se acogen al vanguardismo literario, de la misma manera que los ociosos sin paraguas se acogen a los zaguanes abiertos en momentos de lluvia. Para mí, esta opinión de Lucía es una especie de evangelio actual: *Le vers il a son squelette comme le corps humain, armature qui ne se voit pas et qui seule restera encore quand tout le reste aura*

disparu; il a son solfège comme la musique, le solfège, squelette de la symphonie. Demandez donc aux strophes désossées de trop, de modernes, de survivre à la vogue coupable qui leur permit de voir le jour!

—¿Y la poesía femenina, de actualidad caraqueña?...

—Casi toda, desastrosa, como se lo digo siempre a Luisa Martínez! Ya sé que usted va a objetar mi juicio, y para que no lo haga con el fervor donjuanista de siempre, oiga mis excepciones que son todas de su agrado: Luisa del Valle Silva, Enriqueta Arvelo Larriva, Caridad Bravo Adams, Sara Franceschi Venturini y Ada Pérez Guevara. De los hombres, nada me pregunte! Entre la avalancha de los nuevos, mis excepciones son contadísimas: Arraiz, Cedillo, Morales Lara y Barrios Cruz, imponiéndose a todos éstos, polifacético, dadaísta, vanguardista, superrealista, y en las formas que lo quieran, Andrés Eloy Blanco!

Por cierto, que se puede esperar mucho de los "nuevos". Leo con gusto y preferencia a los *avancistas*: Luis Castro, Pablo Rojas Guardia, Carlos Augusto León y Luis Alvarez Marcano.

—¿Y el libro de...

—Pero hombre!, no sea tan fastidioso. Basta de literatura y de literatizantes! Hábleme de chismes, de cosas mundanas, de la última *gaffe* social con barruntos de escándalo, y dígame todo eso y algo más, a los compases de este lindo danzón: “La mujer de Antonio camina así”.

“*Repisas*”

Original, hermoso el título de la nueva colección de cuentos que acaba de editar en Guayaquil el talentoso escritor, José de la Cuadra.

El armario de su alma, abierto con la llave de la curiosidad juvenil, estaba completamente vacío, paradójicamente “lleno de silencio”. Como cuatro sarcófagos, de la Cuadra vió las oquedades de cuatro repisas, que desde aquel momento anheló colmar con invenciones de la mente; y lo ha hecho con bellas estratificaciones, que responden a bien definidos períodos de su vida. Sus “Repisas” son, pues, verdaderos estados de alma, ofrecidos en “narraciones breves” de forma; pero profundas, en la concepción anímica y en la penetración del análisis.

Gusta a José de la Cuadra escribir en frase elegante, ajustada a los medios modernos de

la vida actual. Correcto es su estilo, como son elegantes los muñecos de que se sirve para el desarrollo de sus farsas. Desde este punto de vista tal vez aparezcan un tanto exóticos algunos de sus cuentos, propios más bien de ciudades cosmopolitas, congestionadas de población flotante en que medran conflictos de diversos matices. Se me ocurre explicar esta modalidad del autor de "Repisas", atribuyéndola a un atisbo cultural de adentro para afuera, a una noble manifestación de capacidad literaria, que ha de ser mejor apreciada en medios más amplios y por lo tanto ayunos de absorción mezquina. De acuerdo con lo sentado, "Repisas" es un libro agradable para toda latitud, pues si el armario y las maderas que las forman son vernáculas (base y fondo de las "breves narraciones"), los asuntos son tan de Guayaquil, como de Buenos Aires o Méjico.

El género literario a que pertenece "Repisas" sólo tiene como cultivadores ecuatorianos, de algún valor continental, a Pablo Palacio y a Manuel Muñoz Cueva, con la diferencia de que estos dos autores espigan en asuntos más localistas, más de casa adentro. Ellos, con Fernando Chaves y Benjamín Carrión, son los zapadores de la nueva novela ecuatoriana, que

habrán de modelar con el barro bruno y doloroso de nuestros suburbios. José de la Cuadra, autor de dos libros de buenos cuentos, cerrará el cielo futuro de los novelistas criollos, capacitados para culminar en obras logradas, de bien pegada etiqueta nacional.

En los anaqueles extraños—fuera de la dulzura y chatobrinesca “Cumandá”,—nada nuestro figura como trabajo bien logrado y definitivo. Bosquejos, vagas promesas de un libro-verdad, que pueda acunarse junto a “Doña Bárbara”, a “Don Segundo Sombra”, es lo que hasta hoy tenemos. Tal vez ya está columbrada y en víspera de escribirse la novela ecuatoriana que todos esperamos: algo de los días coloniales, del período cruento de la independendia. Algo sucedido en nuestras largas guerras civiles; pero mejor todavía, un conflicto contemporáneo, florecido en nuestro pobre proletariado administrativo o, más sincero y más patriótico, un conflicto o trama social en que actúen el chagra o el montuvio, los sostenes cobrizos y prometedores de nuestra joven nacionalidad.

José de la Cuadra, autor de la bellísima colección de “narraciones breves” titulada “Repisas”, tiene la palabra, y ya, por su labor modesta y dignificada, tiene también un compro-

miso de honor, para secundar en la obra a sus hermanos mayores: Benjamín Carrión, Pablo Palacio y Muñoz Cueva.

Basta ya del aplauso meloso y localista, fruto de afectos familiares o de pequeños intereses. Lo único que verdaderamente cuenta—para mayor gloria de la patria—es la atención, el respeto o el aplauso que logremos alcanzar afuera. Se impone la lucha, la meditación depurada, la obra de arte verdadero para conseguir, en medios extraños, este supremo galardón. Amigo de la Cuadra: manos a la obra.

Mi prócer favorito

A la señora María Bixio de Busi.

Cuando tenía yo apenas un metro de estatura y, con el "Mantilla" bajo el brazo me encaminaba a la escuela de la señorita Cristina Cornejo, solía detenerme largo rato en el almacén del señor Difilippi, cuya hija Victoria (italiana tostada por el sol del Guayas) era mi condiscípula.

El almacén del señor Difilippi, sito en el ángulo de las calles de Sucre y Boyacá, se lla-

acer le violaría las hermanas, con qué personal satisfacción le sacaría los riñones en la punta de la lanza!

Villa de Cura quemada. Avance destructor por los valles de Aragua hacia la ciudad de Victoria, donde Simón, el caraqueño, ha lanzado reto contra el bravísimo Boves. Aquí está el feroz lancero, Presentación Campos; aquí está, jinete-centauro, sobre su brioso alazán. Ha sonado por fin el momento; sus soldados le dicen que por ahí anda Bolívar, que lo han visto pequeñito y aferrado a su caballo blanco, trepando una loma sembrada de cadáveres.

“Nicolás, Cirilo, Natividad, muchachos! Nos fuimos!”

Choque brutal, clarines agudos de odio y ferocidad, resistencia inaudita de otras lanzas tan coloradas como las de ellos. De repente, una palabra nueva, como silbido de bala hiere las orejas brunas de Presentación Campos: el Libertador, el Libertador, el Libertador!!!

Nube siniestra, sombra mortal, horamen doloroso en el amplio tórax. Fiebre, mucha sed, delirio: la señorita Inés Fonta desmayada, sangrando en su pureza sobre los bordes del gran lecho de caoba; la “Carvajala”, mu-

natismo y la autocracia; había logrado unir su país, y al grito formidable de "O Roma o muerte", había entrado a la ciudad de Rómulo, reduciendo al silencio y a la impotencia al Papa Pío IX.

Garibaldi, con su gorrito y camisa colorada, era mi héroe favorito, mi león de pelea! Yo mismo me decía: "cuando sea grande voy a leer su historia".

Los años se disipan como el humo de una pipa marinera... Ya, más crecido, fui a Paita (Perú) y ahí seguí los pasos de Garibaldi. Entre la calle de la Marina y el Zanjón, conocí la casa habitada por Manuelita Sáenz. En ella, conversando con la Libertadora del Libertador, pasó un día el insigne Guiseppe Garibaldi. Más tarde en Buenos Aires, y luego en la riente Montevideo, vi las claras huellas de sus peregrinaciones. Allá, en las tierras planas del sur, vistió el *chiripá* de los gauchos y se prendó del poncho americano, que habría de ser vestimenta favorita en sus victorias de Gaeta y Volturmo. Finalmente en Roma la imagen de mi héroe, su grandioso recuerdo, siempre estuvo cerca de mí. Habité una casa frente a la Porta Pía, junto a cuya brecha de libertad y heroísmo, se alza hoy la estatua del gran camisa roja. Recorrí la *vallata* del Volturmo; estu-

ve en la hermosísima costa de Liguria, en la peña de Quartto, donde Garibaldi desembarcó con los mil de Marsala; estuve en Niza, en su barrio favorito, solar de sus antepasados, y fueron muchas las tardes romanas en que trepé al Janículo, para verle sentado a caballo (qué bien sentado) envuelto en su poncho gaucho, con la mirada fija y penetrante sobre la cúpula de San Pedro. De su boca enérgica, de sus labios recios, parecían salir las electrificantes palabras del 20 de Setiembre: "O Roma o muerte".

Hoy me lo encuentro en Caracas, gracias a una gentileza de mi amigo, el señor Spinetti. Garibaldi, el gran romántico de la libertad, se me presenta amarillento; pero iluminado de gloria, en una fotografía daguerrotipo, con su autógrafo de hombre recto, fuerte, bravo, veraz. Lo he mirado y mirado largo rato, y lo he saludado con mi entusiasmo infantil de hace 30 años! Ojalá el mundo diese con frecuencia muchos Garibaldis!

ERRATA

Página
236

Dice
"moldedura"

Léase
mordedura



I N D I C E

	PAG.
Rebeldías	9
Medardo Angel Silva	93
Fiesta de la lengua	101
El Callao Histórico	107
Un Centenario glorioso	115
Siempre Berruecos	131
Las Apostillas de Pasto	147
La Marquesa, Alfaro y otras cosas	163
Sucre deportista	173
Vitrina Bolivariana	179
Marginales	221
Charla con Fernando Soler	257
Charla inalámbrica	285
Comentos	291

La Editorial Elite terminó de
imprimir este libro en los
talleres de la Lit. y Tip.
Vargas de Caracas
el 21 de octubre
de 1931



